

4925
LAS

GRANDES IDEAS

ESCOGIDAS Y COMENTADAS

POR

JUAN DE LA PRESA



MADRID

LIBRERIA EDITORIAL

DE BAILLY-BAILLIERE É HIJOS

Plaza de Santa Ana, número 10.

5

7925



LAS
GRANDES IDEAS

PRINCIPALES CORRESPONSALES

ALAVA.—Vitoria: L. Munian, P. L. Larrañaga.
 ALBACETE.—Sebastián Ruiz, V. Vilar.
 ALICANTE.—V. Tonda, F. Alemañy. *Alcoy*: Botella, C. V. Laplana y comp.^a
 ALMERÍA.—G. Gajate, M. A. Robles.
 AVILA.—Lucas Martín.
 BADAJOZ.—González, Claramont y C.^a
 BALEARES.—Palma: Juan A. López. *Mahón*: M. Busutil.
 BARCELONA.—J. Güell, Juan Llordachs.
 BURGOS.—Hijos de Rodríguez, C. Avila.
 CÁDIZ.—J. del Pozo y Mesteos.
 CÁDIZ.—Ibáñez y Prados, Morillas. *Jerez*: José Bueno.
 CANARIAS.—Santa Cruz de Tenerife: Delgado Yúmar. *Santa Cruz de la Palma*: T. Torres Luján.
 CASTELLÓN.—J. Rovira Borrás.
 CIUDAD REAL.—R. C. Rubisco.
 CÓRDOBA.—M. G. Lovera, F. A. de Muela.
 CORUÑA.—E. Carré, A. Escudero. *Ferrol*: E. Varela, Obertin. *Santiago*: J. Escribano, J. Gali, Campos.
 GERONA.—Paciano Torres.
 GRANADA.—Guevara, Viuda é hijos de P. Ventura Sabatel, D. Santaló.
 GUADALAJARA.—A. Concha.
 GUIPÚZCOA.—San *Sebastián*: Baroja, V. Benquet «Librería Central», Viuda de Osés.
 HUELVA.—J. Dominguez, Viuda é hijos de Muñoz.
 HUESCA.—F. Iglesias Lacostena, J. M. Pérez.
 JAÉN.—C. Uribe, M. Ramirez.
 LEÓN.—Maximino Alonso Miñón.
 LÉRIDA.—J. Amorós, E. Ribelles, Sol y Benet.
 LOGROÑO.—Viuda de Alesén é hijos, Viuda de V. Pablo, C. Garcia.
 LUGO.—Juan Antonio Menendez.
 MADRID.—Bailly-Bailliére é hijos.
 MÁLAGA.—J. Duarte, G. Pérez, S. Durán.
 MURCIA.—López y C.^a, Viuda de J. Pirelló. *Cartagena*: W. L. Garcia hermanos.
 NAVARRA.—Pamplona: R. Bescansa, Roldán Pérez y comp.^a, Aramburu, Viuda de M. Carrion.
 ORENSE.—N. Pérez, V. Miranda.
 OVIEDO.—Juan Martínez. *Gijón*: Herógenes Adrade, L. Menéndez.
 PALENCIA.—Rincon, A. Z. Menendez.
 PONTEVEDRA.—B. L. Paratcha, A. Garcia. *Vigo*: E. Dominguez, J. Nieto, E. Kraphé.
 SALAMANCA.—Viuda de Calón, Manuel Hernández, Vicente Oliva.
 SANTANDER.—L. Gutiérrez, G. Carriles.
 SEGOVIA.—M. Mecina.
 SEVILLA.—Sanz, Fe (J. A.), Torres.
 SONIA.—P. N. Sebastián.
 TARRAGONA.—J. Font é hijos, S. Ginesta Salas.
 TERUEL.—P. Pünter Navarro.
 TOLDO.—Menor hermanos, Viuda é hijos de J. Pelaez.

VALNCIA.—P. Aguilar (en testamento), R. Ortega, Pastor y comp.^a
 VALLADOLID.—J. Montero, Nuevo (Hijos de), Andrés Martín Sanchez, L., Miñón.
 VIZCAYA.—Bilbao: Bully y comp.^a Dochoa, Viuda de Ouralou, Villar.
 ZAMORA.—Viuda de M. Rico, P. Sendin.
 ZARAGOZA.—Gasca, Sanz, Crespo y Alconchel, A. Allué.
 Isla de Cuba.
 HABANA.—Viuda é Hijos de Chao, J. Lopez, S. Lopez, M. Ricoy.
 MATANZAS.—G. Moreno. *Cardenas*: Albitos.
 PINAR DEL RÍO.—Mijares.
 SANTA CLARA.—E. Peguilo.
 SANTIAGO DE CUBA.—J. Perez Dubrull, José Irigoyen.
 Puerto Rico.
 PUERTO RICO.—Sucesion de J. J. Acosta, B. F. Sanjurjo Vidal, J. G. Font. *Majaguez*: José Leandro Montalvo.
 PONCE.—Olimpio Otero.
 Filipinas.
 MANILA.—Herederos de Bota, P. H. Po-blete.
 ILAGÁN.—J. D. de la Campa.
 ILO-ILO.—Pineda hermanos.
 América central.
 GUATEMALA.—A. Partegás.
 NICRAGUA.—León: F. Mayorga.
 REPÚBLICA DOMINICANA.—*Santo Domingo*: Henriquez y Carvajal.
 América septentrional.
 MÉJICO.—Balleca y C.^a, Herrero y C.^a *San Juan Bautista*: J. M. Graham.
 SAN FRANCISCO DE CALIFORNIA.—Tauxy y compañía.
 América meridional.
 ARGENTINA (REPÚBLICA).—Buenos Aires: Etchepareborria, G. Mendescu, «La Argentina». *Coroba*: L. Simián.
 BOLIVIA.—*La Paz*: J. M. Farlán, Forgues.
 CHILE.—*Concepción*: Serrato. *Santiago*: R. Miranda. *Valparaiso*: C. F. Niemeyer.
 COLOMBIA.—*Bogotá*: Camacho Roldán y C.^a, J. Roa. *Barraququilla*: P. C. Angulo. *Cartagena*: Velez, Panama. Preciado y compañía.
 ECUADOR.—*Guayaquil*: P. Janer. *Quito*: N. Monte-deuca.
 PERÚ.—*Lima*: Colville y C.^a. *Arequipa*: R. Albareda. *Callao*: M. D. Arrus.
 URUGUAY.—*Montevideo*: J. A. Fontela.
 VENEZUELA.—*Caracas*: Correa Pérez. *Maracaibo*: M. N. Rincon y comp.^a
 Antillas holandesas.
 CURAÇAO.—*Willemstad*: Bethencourt é hijos.
 Extranjero.
 PARÍS.—J. B. Bailliere et Fils, Roger et Chernoviz.
 LONDRES.—Bailliére, Tindall and Cox.



LAS
GRANDES IDEAS

ESCOGIDAS Y COMENTADAS

POR

JUAN DE LA PRESA



MADRID

LIBRERÍA EDITORIAL

DE BAILLY-BAILLIÈRE È HIJOS

Plaza de Santa Ana, número 10.

1897

ES PROPIEDAD



PRÓLOGO

Todos los hombres tenemos algo que decir.

En el viaje que hacemos por la vida adquirimos algún conocimiento de lo que vemos, y aunque tenemos la evidencia de conocer el fondo de lo visible y de lo invisible, ridícula presunción del humano linaje, ello es que las observaciones que sugieren los conocimientos de las cosas al pequeño número de sabios ó discretos son muy dignas de ser sabidas ó meditadas.

Pocos tienen en España afición al estudio. En esta hermosa nación no existe eso que podríamos llamar *pudor público*. A los profesores de primera enseñanza no se les paga en muchas regiones, y son numero-

sos los pueblos en que los hombres no saben leer.

Triste es, por lo tanto, el estado de la cultura en general. Los libros se consideran en España como una bagatela, y esta es nuestra mayor calamidad.

Se impone, pues, el apostolado de la enseñanza con verdadero ahinco, porque de nada sirve que en las grandes capitales haya regular cultura si en el resto de la nación se ignora todo; lo cual obligó á nuestro excelente poeta *Leopoldo Cano* á decir, en triste y memorable ocasión, que los españoles

«Sólo se daban razón
de que en España vivían,
porque á menudo tenían
que pagar contribución».

Es muy conveniente para aquellas personas que por sus circunstancias disponen de poco tiempo para el estudio, hallar los apetecidos conocimientos, no en la abundancia de las narraciones, sino en la pro-

fundidad de los conceptos, pues tengo para mí que lo que se pierde en extensión se gana en profundidad. Si todos hicieran así, habría menos oradores, pero en cambio habría más pensadores, lo cual sería una ventaja.

A este fin se encamina el presente libro; á ilustrar la opinión general con aquellos elevados conceptos de los sabios, y á distraer también al lector con las ingeniosas agudezas de los discretos.

Dijo *Voltaire* que "la ignorancia es la mayor enfermedad del género humano,,. Soberbio fundamento para decirnos más tarde que "nadie se mata en un acceso de razón,,.

El hombre que no adquiere la cultura suficiente para gobernarse, no posee el equilibrio necesario entre su razón y sus necesidades, y puede encontrarse algunas veces, como decía *Mirabeau*, con que "las acciones pueden ser atroces y las intenciones puras,,.

El problema de la educación es en nuestro país el gran problema; yo achaco todas las calamidades que nos afligen á los españoles á la ignorancia.

Decía *Mardj-Annadhir* que "el sabio vive eternamente después de su muerte, aun cuando sus miembros sepultados estén reducidos á polvo. El ignorante es muerto aun cuando camine por la tierra; es contado en el número de los vivos, pero, sin embargo, no existe,,.

La humanidad se precipita en las entrañas del tiempo, y las grandes muchedumbres pasan sin que los destellos de la sabiduría esclarezcan sus entendimientos, enseñándoles el camino por donde se puede llegar al conocimiento de Dios. ¿Por qué no instruirse? ¿Por qué resignarse á ser máquinas eternas y elementos productores de ajenos intereses? La cultura y la independencia son el porvenir del hombre.

Sócrates ha dicho que "vida sin examen no es vida,,.

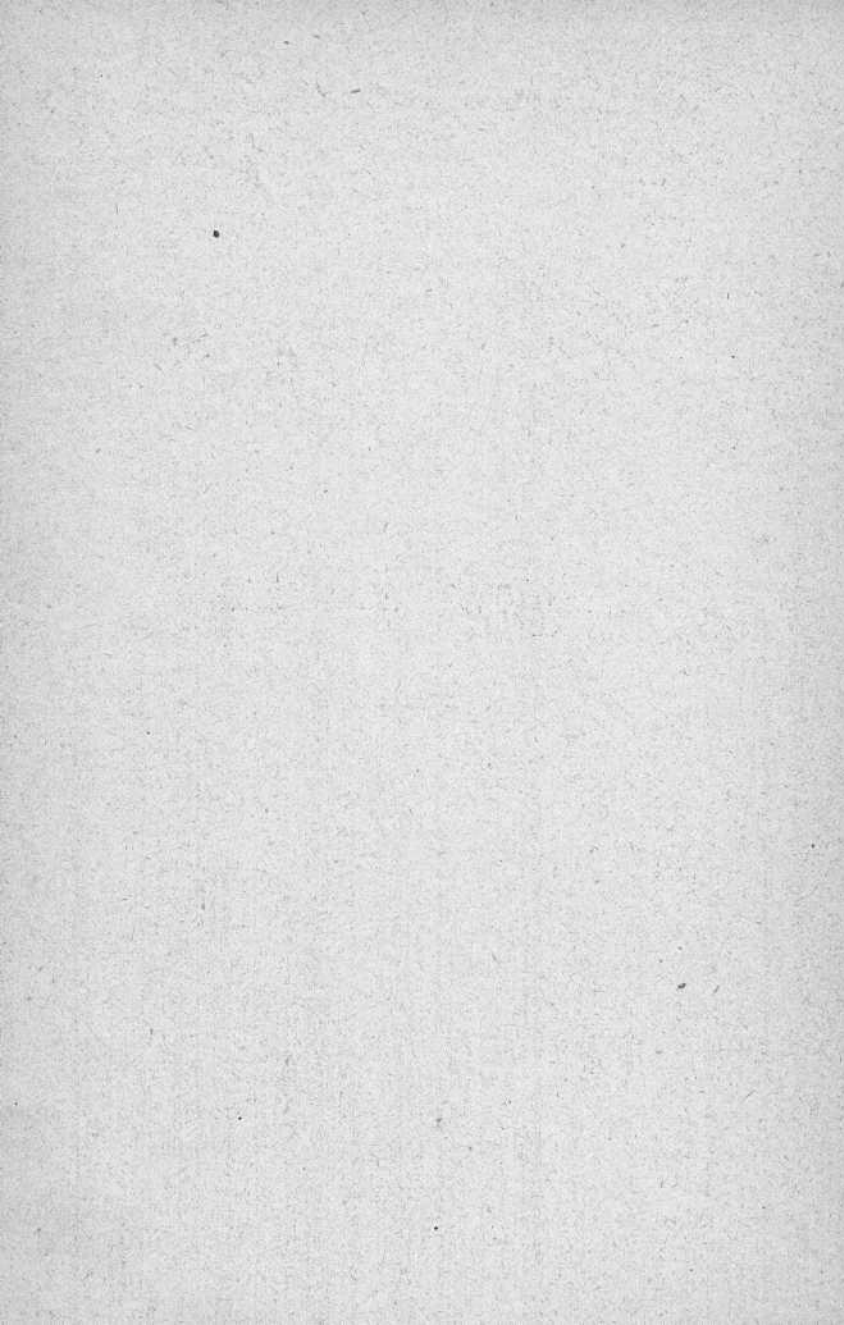
Mirabeau declara que “todo es excusable menos el indiferentismo”.

Maquiavelo exclamó que “los fantasmas imponen más de lejos que de cerca”.

Montesquieu decía que “los países no están cultivados en razón de su fertilidad, sino en razón de su libertad”.

Y hay que tener presentes en todo momento aquellas prudentísimas frases de *Salomón*: “No te fies de tu prudencia y no te tengas á ti mismo por sabio”.

EXCELENCIAS DEL CALLAR





EXCELENCIAS DEL CALLAR

«Los grandes habladores son como los vasos vacíos, que hacen más ruido que los que están llenos.»

FOCIÓN.

Mucho se ha escrito en el mundo sobre la prudentísima virtud del callar; los clásicos de todo el orbe han declarado las excelencias y prodigios de tan loable condición.

Uno de los siete sabios de Grecia, *Solón*, ya dejó sentado el precedente de lo provechoso que es hablar y callar á tiempo.

Nada mejor ni más difícil que reprimir un hombre su verbosidad en los momentos en que la inspiración empuja á la elocuencia; especialmente en España, donde cada hombre se cree dotado de las facultades de *Demóstenes*.

«España es el país de los discursos», dicen en el extranjero. Es preciso que volvamos por nuestro crédito y demostremos que también

hay en España buen sentido, y no se queda todo en vana palabrería, que por algo es muy español el concepto de que «al buen callar llaman *Sancho*».

La política, con sus atavíos de oropel, es la que principalmente arrastra á nuestros meridionales temperamentos á la tribuna, donde cada uno dice lo que sabe, y á veces más de lo que sabe.

La pícara epidemia discursiva ha invadido todas las esferas sociales y se habla por cualquier motivo, la cuestión es hablar.

Aconsejamos á los sempiternos charlatanes el precepto de *Tales de Mileto*: «las muchas palabras no indican mucha sabiduría»; ó aquella intencionada frase de *Voltaire*: «en todas materias debemos callar, cuando no tenemos nada nuevo que decir».

Tienen los creyentes de *Mahoma* un proverbio muy notable y de gran aplicación á nuestros oradores; dice así: «si la elocuencia es plata, el silencio es oro». Afirmación concreta, que pone de relieve su condición y sus costumbres. En algo de esto debíamos imitarlos, porque como dice otro adagio, «en boca cerrada no entran moscas».

La seriedad inglesa recuerda en algo á la famosa Esparta. Tienen los ingleses la concisión

enérgica de los espartanos, pero carecen de su grandilocuencia. Su famosa frase «el tiempo es oro» termina todo inútil negocio ó conversación.

La filosofía popular tiene una magnífica colección de máximas que encarecen la importancia del silencio: «La mejor palabra es la que está por decir». Este concepto es tan corriente, que se oye á todas horas, y sin embargo, ¿de qué sirve? todo el mundo habla en la creencia de que la mejor palabra es la que cada uno va á pronunciar. Y sin embargo, «las palabras que decimos son nuestros amos, y las que no profesamos son nuestros esclavos».

Decía un escritor que «el tiempo es un charlatán que escamotea lo presente, haciendo brillar lo porvenir».

Imitemos al tiempo, que escamotea la tela de que se compone la vida sin decir una palabra al auditorio. Resulta una paradoja; pero completando la frase, podría decirse que el tiempo es un charlatán que no habla.

«Más da el que calla que el que habla», y por algo se dijo también «el que calla otorga».

Es inmenso el número de personas que hablan por el prurito de decir algo, aunque ignoren el todo ó parte de lo que van decir. Si tuvieran presente la sentencia de *Zoroastro*, mejor

obrarían. Todos debemos estampar en la memoria estas palabras suyas: «si dudas, calla». Es decir, que no debemos hablar sino cuando sea preciso, y cuando sepamos bien lo que haya que decir, y no como siempre, «hablar por hablar».

La sabia Providencia, decía el excelente autor de *El Escudero Marcos de Obregón*, D. Vicente Espinel, nos puso dos ojos para ver, dos orejas para oír, dos conductos para oler, varios para gustar y no pocos para tocar. De donde se infiere que al estar doblados los sentidos es para que el hombre se aproveche con abundancia de cuanto le rodea, y en cambio nos dió una sola lengua, para que entendamos se debe hablar lo menos posible y lo mejor posible. Debe el hombre culto ser discreto, porque la prudencia aconseja no decir lo que se hace. Pero tampoco debe hacerse lo que no se pueda decir.

Generalmente los jóvenes dicen lo que hacen; los viejos dicen lo que han hecho; los necios, lo que piensan hacer.

Hay un proverbio persa que dice: «muchas veces la lengua corta la cabeza». Nada más cierto, y revelar un secreto importante es hacerse esclavo de la persona á quien se confía.

«Guarda tú mismo los secretos», dice otro adagio, «nunca los des á guardar».

Bacón, el ilustre filósofo y canciller de Inglaterra, decía que «la discreción es al alma lo que el pudor es al cuerpo».

Muchos escritores son, á mi modo de entender, reos de lesa discreción, porque se parecen con sus escritos á aquellos charlatanes que sacan varas y varas de cinta por la boca, y como desgraciadamente se leen bastante las obras malas, se estraga el gusto de los lectores, y la cultura general se estanca, cuando no se extra-
vía; en los libros hay siempre que distinguir.

Decía *Buffón*, que «los que escriben como hablan, por bien que hablen, escriben muy mal».

Exactísimo; en España, sé de presumidos oradores que se pasan la vida discurseando y sus escritos están ofendiendo á la Gramática.

He leído, no sé dónde, que «quien habla, siembra; quien escucha, coge».

Y *Vital Aza*, nuestro ingenioso autor cómico, dijo también que «según un sabio moralista, nada hay tan difícil como saber escuchar». «Este sabio», agregaba, «se refiere exclusivamente á los sordos».

Sin embargo, hay muchos que oyen las cosas como quien oye llover, aunque no sean sordos.

«La manía de decir cosas nuevas, escribió *Voltaire*, ha hecho decir cosas muy extravagantes».

tes». Se refería sin duda á esa pléyade de sofistas que, queriendo innovar, erraban los verdaderos caminos de la filosofía, y se internaban en las espesas selvas de lo desconocido, para concluir por despeñarse en los abismos de la duda ó de... la tontería.

Las palabras no son más que convencionalismos para facilitar el comercio con nuestros semejantes; usemos de ellas nada más que lo preciso.

No demos importancia á determinadas frases, que según *Sarrasin*, «las palabras son como las campanas: se las hace decir lo que se quiere».

Scuderi medita con acierto cuando dice que «las acciones son mucho más sinceras que las palabras».

En los grandes dolores, no digamos esas vulgaridades que circulan entre la gente como cosas naturales y discretas.

Nuestro gran historiador *Melo* dijo que «las más veces el silencio suele ser efecto del mayor dolor».

«Los dolores intensos son mudos», decía también *Torcuato Tasso*, «no se expresan más que con lágrimas».

En las conversaciones frecuentes de los hombres debemos guardar siempre algo, y no des-

embuchar todo el arsenal de nuestros conocimientos, sea ó no ocasión.

Nuestras opiniones, no debemos tampoco decir las en absoluto; hay que tener «reservas mentales», porque toda la vida es una continua evolución progresiva, moral y material, y es justo que estemos prevenidos contra esos ignorantes que llaman apostasía á la evolución; sin analizar las circunstancias ni comprobar las causas, y así, como no saben distinguir los ejemplos eternos que la Naturaleza presenta á sus ojos, hay que armarse contra ellos de una previsión intencionada.

En mis defectos, sigo siempre la costumbre de *Nicole*; cuando me advierten de alguno, supongo que nunca me dicen sino la mitad de lo que es, y de ese modo estudio á los hombres por lo que dejan de decirme y me aprovecho mejor de las advertencias.

«En presencia de personas ancianas», decía *Salomón*, «habla poco, y apenas debes hablar algo de tus cosas propias. Escucha en silencio, y con tu modestia te granjearás el amor de todos».

¿Y para qué argumentar más en apoyo de mi tesis? El más sabio es el que habla menos. Dios... no *dice* nada.

CURIOSIDADES DEL NÚMERO 3



CURIOSIDADES DEL NÚMERO 3

«El hombre ejecuta 3 actos importantes sobre la tierra: nace, vive y muere.»

El número 3 posee tales condiciones aritméticas, que no dudamos en afirmar es el número mejor y más importante de cuantos maneja el hombre para facilitar su vida de relación en la sociedad.

El 3 es número primo y susceptible de muchas combinaciones aritméticas.

La regla de 3 tiene por objeto hallar el cuarto término de una proporción.

Y si nos separamos de la ciencia de *Pitágoras*, veremos también que la naturaleza se manifiesta siempre bajo 3 aspectos: sólido, líquido y gaseoso; 3 son los reinos que componen la Historia Natural: Animal, Vegetal y Mineral; y los estudia bajo 3 fases: Zoología, Botánica y Mineralogía.

El hombre, considerado fisiológicamente, se

compone de 3 elementos: químicos, orgánicos y anatómicos.

3 son también las funciones que un hombre ejecuta: de nutrición, de reproducción y de relación.

3 edades son por las que el hombre atraviesa: infancia, juventud y vejez.

La vida se sostiene por 3 medios: comer, beber, y dormir.

El tiempo transcurre en 3 formas: mañana, tarde y noche.

3 son las personas de la Santísima Trinidad: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

El tercer mandamiento del Padre, según las sagradas escrituras, se refiere á su obediencia é imitación; santificar las fiestas; mandamiento de grandísima trascendencia social.

Al tercer día resucitó Jesucristo de entre los muertos, y subió á los cielos.

3 son las Santas Marías que acompañaron al Calvario al Redentor de los hombres.

3 también son las mujeres que simbolizan las vicisitudes de la raza humana: Eva, que nos perdió; Elena, que nos degradó, y María, que nos purificó.

El hombre cristiano hace la señal de la cruz en 3 formas: la primera en la frente, para que aparte de sí los malos pensamientos;

la segunda en la boca, para que no pronuncie malas palabras, y la tercera en el pecho, para que no dé acceso en su corazón á las malas obras.

La obra tercera de misericordia es «dar de beber al sediento».

El espíritu se ejercita en 3 amores: amor á Dios, á sus semejantes y á sí mismo.

Las 3 galas del ingenio humano son: memoria, entendimiento y voluntad.

La Geografía se divide en tres partes: Física, Política y Astronómica.

La Historia también se divide en 3 edades: Edad antigua, Edad media y Edad moderna.

Al derrumbarse el mundo antiguo, 3 fueron los hombres que se unieron para sellar dignamente con sus nombres la gloriosa historia de tantas hazañas: Augusto, Mecenas y Horacio.

En la tercera guerra púnica, fué destruída Cartago.

Daniel hincaba 3 veces al día sus rodillas para adorar á Dios y darle gracias.

Los enemigos del alma son 3: mundo, demonio y carne.

El tiempo y el espacio son dos factores que acaban siempre con el tercero, que es la humanidad.

La riqueza tiene dos compañeras inseparables, la envidia y la miseria.

3 son las formas de agradar á Dios: con la paciencia, con la caridad y con la humildad.

¿Y quién no ha oído hablar de las inimitables 3 gracias, de las 3 picarescas hijas de Elena y del tercero en discordia?

El ejército en campaña se fracciona en 3 partes: vanguardia, centro y retaguardia.

El tercer entorchado es la aspiración de todo militar.

La Divina Comedia, de 3 partes se compone: El Infierno, El Purgatorio y El Paraíso.

Los masones usan el triángulo como símbolo principal en sus actos.

Hasta los industriales inventaron el aguardiente triple anís.

Los escritores festivos han compuesto obras como *Una mujer de 3 caras*, *3 hombres para una mujer*, *La joven de las 3 enaguas*, *La dama de los 3 corsés*, *3 tristes trogloditas*, etc.

A la tercera va la vencida, suelen decir las gentes cuando acometen ó esperan algún suceso.

El arte tiene 3 hijas predilectas: la Poesía, la Pintura y la Escultura.

3 filósofos eminentes, *Sócrates*, *San Agustín* y *Pascal*, han dicho 3 grandes máximas á propó-

sito del conocimiento de sí mismo. *Sócrates* dijo: «Conócete á ti mismo». *San Agustín* exclamó después: «Conociéndome á mí, os conoceré á Vos, Dios mío». *Pascal* concluyó diciendo: «No solamente es justo, sino útil para nosotros, que Dios esté en parte oculto y en parte descubierto, porque es igualmente peligroso para el hombre conocer á Dios sin conocer su miseria y conocer su miseria sin conocer á Dios».

DISTRACCIÓN Y AMENIDAD



DISTRACCIÓN Y AMENIDAD

« Debemos conceder algún descanso á nuestro espíritu y renovar sus fuerzas con algunos recreos; mas estos mismos recreos deben ser siempre ocupaciones útiles y provechosas. »

SÉNECA.

Recomendaba siempre el maestro del buen decir, *D. José de Castro y Serrano*, la amenidad en todos los escritos como condición esencial para que un escritor sea leído por todos con agrado.

Su máxima era ésta: « Para ejercer presión eficaz sobre los espíritus sagaces de nuestro tiempo, se necesita escribir corto, escribir claro y escribir culto ».

Nada más excelente que esta recomendación; nuestra época necesita lectura compendiosa y amena; los grandes libros (al tamaño me refiero) han caído en desuso, y salvo aquellas publi-

caciones de verdadera necesidad social, ya hay pocas personas que lean tomos voluminosos.

En todos los grandes escritores se observa cierta inclinación al donaire y á la anécdota; y en general, á introducir en los escritos la nota amena.

El profundo escritor sagrado *San Francisco de Sales* decía: «Forzoso es, de cuando en cuando, dar ensanche con alguna recreación al espíritu y al cuerpo. Es vicioso, ciertamente, un genio tan riguroso, ágreste y severo que no quiera usar de alguna recreación ni permitirla».

De *San Juan Evangelista* refiere *Casiano* que encontrándole un cazador acariciando una perdiz que tenía en la mano, le preguntó cómo siendo un sujeto de tal calidad pasaba el tiempo en cosa tan frívola y despreciable. ¿Y por qué tú, le replicó *San Juan*, no llevas siempre flechado el arco? Porque temo, respondió el cazador, pierda la fuerza de extenderse cuando sea necesario. No extrañes, pues, dijo el apóstol, que yo remita algún tanto el rigor y atención de mi espíritu para tener alguna recreación y poder entregarme después á la contemplación con más viveza.

Pasear, entretenerse cada uno en lo más propio de su edad y sexo, leer libros amenos, ir al

teatro y otros mil pasatiempos son tan necesarios en la vida social como las cosas más indispensables, porque las preservan de un agotamiento prematuro.

Campoamor dice en una de sus populares humoradas:

«Mis penas con mis libros distraía,
porque la ciencia con discreto modo,
excepto la virtud, lo suple todo.»

No debemos conformarnos con la opinión del filósofo *Diógenes* cuando exclama: «El amor es la ocupación de los desocupados».

Ariosto tiene la palabra para contestarle: «Siempre ha sido mi opinión, y he dicho con frecuencia, que el hombre no podía ser enteramente bueno sin una mujer á su lado».

Sthendall tampoco se conforma con la afirmación de *Diógenes*, y replica: «Ir sin amor por la vida es como ir sin estrella por el mar, como ir al combate sin música, como emprender un viaje sin libro».

«Cierto», dice también *Walter-Scott*, «uno de los mejores estímulos para las acciones grandes es tener por testigo á una mujer que nos ame».

Velarde, nuestro excelente poeta, interviene

en este extraño debate, y resume la cuestión de este modo:

«Ten de amor y virtud el alma henchida;
la virtud purifica los amores,
y el amor es la esencia de la vida,
como la miel la esencia de las flores.»

Sócrates decía: «Dios ha mezclado con la mayor parte de los males que atormentan á los hombres un fugitivo regocijo». Este fugitivo regocijo es precisamente la nota amena.

Pope nos dice en un arranque de buen humor: «Para penetrarse de cuán poco caso hace Dios de las riquezas, no hay más que ver cómo las ha distribuído».

Debemos divertirnos todos según nuestra esfera y condición social, sin que atesoremos con egoísmo bienes materiales para gozar, que al fin hemos de volvernos como vinimos y lo tendremos que dejar todo por acá.

El doctor *Espina* dice que «en la vida agitada de esta época, en que el corazón padece opresiones é impresiones morales deprimentes, se necesita la compensación de la alegría como medio de evitar las enfermedades y trastornos de órgano tan importante».

«La equitación», decía *Mad. de Stael*, «la

caza y los festines son útiles como diversión; como ocupación, embrutecen».

«La mesa», decía también *Brillat-Savarin*, «es el único lugar en el cual uno no se fastidia jamás durante la primera hora».

¡El sueño! ¡la esperanza!... son las notas amenas de la vida.

¡La gracia! ¡la hermosura!... es la amenidad de una mujer.

Lo ameno agrada á todo el mundo. Los pensadores son mejor escuchados cuando desde la altura augusta de los principios descienden á la particular demostración de los hechos.

Jesucristo enseñaba con parábolas, y el apólogo intencionado corrige mejor que la crítica más severa.

Y para terminar, allá va una fábula que oí referir á *Castro y Serrano*:

«Existe una fábula de *Esopo*, apenas repetida, por su carácter especial. Se titula «El poder de las fábulas». Refiérese á un orador griego que, en la plaza de Atenas, se esforzaba por hacerse oír de sus conciudadanos sin conseguirlo. Las conversaciones y murmullos de desatención molestaban su ánimo, cuando de repente se para y variando de tono dice:—«Cierta día caminaba Ceres acompañada de una anguila y una golondrina».—El silencio se restableció por

encanto.—«Juntas llegaron (prosiguió) á la orilla de un río, y mientras la anguila lo pasaba á nado, la golondrina lo atravesaba al vuelo».—El orador continuó después las cláusulas de su primitiva arenga, como si nada hubiese intercalado; pero el pueblo gritóle:—«¿Y Ceres? ¿qué hizo Ceres?»—«Ceres, repuso gravemente el filósofo, se quedó á la orilla, aguardando á que le prestaran atención á lo mucho importante que tenía que decir».

UTILIDAD DE LOS LIBROS



UTILIDAD DE LOS LIBROS

«Los libros hacen libre á quien
los quiere bien.»

VICENTE ESPINEL.

La mayor calamidad de los pueblos es la ignorancia. Un pueblo que no estudia se degrada, y concluye por ser una masa móvil que maneja á su capricho cualquier dictador.

El hombre estudioso que persigue el conocimiento de la verdad é investiga el modo de interpretar la Naturaleza fielmente, podrá sufrir las privaciones y reveses de la lucha por la existencia, pero su ánimo templado en la filosofía le obligará siempre á colocarse sobre los acontecimientos pasajeros, y esperará el día de la justicia.

Ya decía *Epicuro*: «La sabiduría es un bien tan sólido, que impide al que la posee salir de su estado natural ó cambiar de carácter con la cólera, aun cuando su voluntad fuese ésta».

El deber principal de todos es encauzar el progreso por derroteros seguros, y no extraviarle por las escabrosidades de nuestra ignorancia; y la mejor manera de servir á la humanidad, es estudiando; todos los hombres deben saber leer y escribir; deben tener una biblioteca propia, según la fortuna de cada cual; el dinero de la taberna debe pasar á la librería, y con esto solo se resuelve ese pavoroso problema social que preocupa á los pensadores.

Dice así *Barado*, notable escritor militar: «Es linda cosa una biblioteca, y, por pequeña que sea, no debe carecerse de ella. Pero esa biblioteca ha de ser algo más que un mueble; ha de ser casi un *ara*, la casita en que viven algunos fieles amigos. Suponed que habéis leído ya todos vuestros volúmenes. Tanto mejor, así conoceréis más á fondo el contenido de cada uno de ellos. Cada lomo, cada título os traerá á las mientes *una fisonomía*. Veréis á los inmortales asomados al borde de los estantes rígidos, mudos, en traje más ó menos vistoso, en apretado haz, unos más altos, otros más gruesos, éstos más engalanados, aquéllos míseramente cubiertos.

»Pero no os dejaréis deslumbrar por las apariencias; vuestra mano sabrá encontrar el que más convenga, y él os dirá puntualmente, sin

vacilaciones de ningún género, lo que es preciso que sepáis».

«¡ Oh libros, decía el maestro *Espinel*, fieles consejeros, amigos sin adulación, despertadores del entendimiento, maestros del alma, gobernadores del cuerpo, guiones para bien vivir y centinelas para bien morir! ¡ Cuántos hombres de oscuro suelo habéis levantado á las cumbres más altas del mundo, y cuántos habéis subido hasta las sillas del cielo! ¡ Oh libros, consuelo de mi alma, alivio de mis trabajos, en vuestra santa doctrina me encomiendo!»

Un libro siempre tiene algo útil. Son los libros las mejores acciones de los hombres cultos. Al estudio de los libros debemos, pues, encaminar nuestros momentos de libertad, para hacerla más completa.

Decía *Almeida*, notable escritor portugués, que tenía en su casa una asamblea escogida de personas, las más bien instruídas en las ciencias, las más amenas en la conversación y más distinguidas en la elocuencia. Esas personas no le faltaban á ninguna hora, y tenía tal felicidad, que sin agraviar á ninguna, sólo hablaba con aquella que tenía más deseo.

«Si estoy en sazón, decía, de probar las amenidades del Parnaso, tengo poetas admirables; si apetezco noticias de países remotos,

siempre hay quien me informe con menudencia y verdad. Si me recrea la historia, tengo arte para hacer venir á mi presencia los héroes más famosos que produjeron los siglos, y que me representan en el pequeño teatro de mi casa los más raros sucesos que acontecieron en el mundo.»

Ya supone el discreto lector que la asamblea escogida era una biblioteca, y las cultas personas los libros.

John Lubbock decía que, «de todas las ventajas que disfrutamos en el siglo XIX, ninguna hay quizá de que debiéramos estar más gozosos y reconocidos que de la facilidad para procurarse libros».

Esta ventaja la tenemos también los españoles, pero no sabemos aprovecharla como los ingleses, y así nos vemos de cultura.

«Tengo amigos, exclamaba también *Petrarca*, cuya sociedad me es en extremo agradable. Son de todas las edades y de todos los países.»

«Aquel que ama á un libro, dice *Isaac Barrow*, jamás dejará de tener un amigo fiel, un sabio consejero, un compañero jovial, un consolador eficaz.»

«Los libros, dice *Jérémy Collier*, nos hacen soportar la soledad y nos impiden ser una car-

ga para nosotros mismos. Nos ayudan á olvidar la dureza de los hombres y de las cosas, calman nuestras pasiones y aduermen nuestros enojos. Aun cuando somos vivos, podemos dirigirnos á los muertos, que no tienen ni acritud, ni orgullo, ni intención oculta en su conversaci6n.»

Carlyle ha dicho con buen acierto que una colecci6n de libros es una verdadera universidad.

Hasta los árabes tienen un proverbio que tiene aquí aplicaci6n; dice así: «El día de un sabio vale más que la vida de un necio».

Las ventajas morales que proporciona el estudio son bien notorias; yo encuentro por el mundo gentes sencillas que me dicen con la mejor buena fe que no tienen tiempo de leer libros porque el trabajo no se lo permite. Es una disculpa, porque todos podemos disponer de algún tiempo si nos place, pero la ignorancia se vale de la pereza y de poco sirve entonces la voluntad.

España es un país lastimoso por esta circunstancia; las palabras derecho, justicia, economía, libertad, ciencia, se las conoce porque hablan de ellas los periódicos, pero la masa del país no sabe lo que encierran.

Decía *Olózaga* que, «si queremos conservar

el juicio claro y la razón serena, en medio de las borrascas políticas de nuestra patria, debemos leer libros y no periódicos». El libro (se habla del libro bueno) tiene ideas fijas; es algo así como la imagen de Dios, que guarda eternamente su primera palabra y la perpetúa por los siglos de los siglos.

El periódico no es así; es suave, ondulante; unas veces arrebatada la opinión y otras arremete contra ella, y siempre la engaña, la seduce y la cansa; pero vuelve con nuevos sucesos á interesarla y vuelve á burlarse de ella. Cada periódico sigue sus fines y conveniencias políticas, y valiéndose de artificiosos recursos hace su reputación, consolida una estabilidad relativa y sigue llamándose pomposamente eco de la opinión.

Se discute la política en la taberna más que en el comité, y generalmente sin saber lo que se dice; la experiencia de los años, unida á la ignorancia de las ciencias, presentan en las discusiones de los hombres extraños matices, y nunca consiguen los contendientes ponerse de acuerdo.

Contra todas las calamidades que afligen á nuestro país no hay mejor remedio que la instrucción, y para instruirse hace falta la cooperación del tiempo, y no pretender los conocimien-

tos repentinamente. La verdadera sabiduría sólo se adquiere con los años y con los libros. La ciencia del bien y del mal se llega á adquirir cuando el espíritu imparcial se aparta de prejuicios ajenos y se deja guiar por su conciencia.

«Gran maestro es el pueblo para enseñar á errar», dice el sabio *Luis Vives*. Bueno es que nos apartemos de las pintorescas y desordenadas discusiones del vulgo, y nos sirva de provecho el precepto de *Cicerón* que aconseja acudamos solícitos á las controversias de los sabios y nos alimentemos con los encantos de sus escritos é inventos.

«¿Qué imperio, qué magistratura, qué reino, decía también *Cicerón*, puede superar al estado de aquel que, contemplando desde la altura de su sabiduría todas las cosas humanas á ella inferiores, sólo se ocupa de las eternas y divinas, persuadido de que, siendo todos hombres, sólo lo son propiamente aquellos que reúnen los atributos de la humanidad?»

Dijo *Milton* que «la censura de los libros es el mayor de los monopolios».

Yo diría á las gentes si mi débil voz pudiera ser oída: «No sigáis la rutina; ilustraos, aprended en ese corto número de hombres que fueron sabios lo que estáis muy lejos de aprender en

el comercio frecuente de la vida. Desterrad vuestros hábitos si no son rectos, acordándoos de *Balzac*, que decía que «las costumbres son la hipocresía de las naciones».

El obispo de Durham, *Buri*, decía de los libros que «son maestros que nos instruyen sin azotes ni palmetas, sin sobrecejo ni asomo de interés. Cuando se les llama, no se hacen el desentendido, y cuando se les busca, no se esconden. No vienen á zaherirnos por nuestros yerros, ni á escarnecernos si no sabemos».

«Los libros antiguos, decía *Madama de Cottin*, son para los autores, los nuevos para los lectores.»

Addison decía también que «un buen libro es un legado que hace el autor á la humanidad».

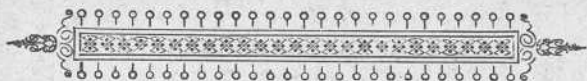
¿Por qué no nos aprovechamos todos de tantas riquezas intelectuales como nos han legado los grandes autores, toda vez que al repartirse se aumentan?

Y como dice *Luis Vives*: «Si quieres parecer sabio, trabaja por serlo, que no hay camino breve».

Pero también debe tenerse muy en cuenta esta máxima de *Goethe*: «Si el talento se forma en el retiro del gabinete y se enriquece con el silencio y el estudio, se forma y fortifica el carácter en medio del torrente del mundo».

Es decir, que debe el hombre estudiar, porque no se vive solamente de los alimentos que digiere el estómago. Son los libros el alimento intelectual, y con ellos se disfrutan las dulces digestiones del pensamiento y se conciben los principios de la eterna verdad; pero no sea el estudio motivo para que nos apartemos de las corrientes del mundo, desatendiendo las circunstancias que forman nuestro carácter, porque es más sabio el que más puede demostrarlo.

ALGO SOBRE LA IGNORANCIA



ALGO SOBRE LA IGNORANCIA

«Aquel ignora el sér de las cosas que no comprehende todas sus partes, y comunmente en las materias de estado, que vistas á diferentes luces y en diversos aspectos unas veces parecen justas y otras injustas; no es lícito al vulgo juzgar de las ocasiones supremas, conténtese con mirarlas, ni á la majestad es decente satisfacer á la ignorancia del pueblo.»

CARDENAL BORJA Y VELASCO.

He aquí en pocas palabras una especie de resumen de la antigua política española, y cuyo espíritu se ha ido conservando en nuestros diferentes sistemas políticos; y aun hoy, nuestro actual sistema democrático se halla desposeído de aquellas francas libertades que poseen los pueblos verdaderamente ilustrados.

De este modo, y con arreglo al citado pasaje, los poderes directivos han utilizado á los pueblos como instrumentos pasivos, como rebaños que van al matadero, á servir intereses particulares, sin recibir las más veces la natural satisfacción y debida recompensa.

Decía *Beccaria* que «cualquier acto de autoridad ejercido por un hombre sobre otro es tiránico, si no lo reclama absolutamente el bien público».

El bien público ha sido el pretexto de los tiranos para ejercer presión tremenda sobre los pueblos ó llevarlos al exterminio.

«Las guerras, dijo *Barthelemy*, durarán mientras los hombres sean bastante necios para admirar y aplaudir á los que les matan.»

Las debilidades humanas deben ser toleradas relativamente, y en los casos más graves ha de usarse de gran templanza y serenidad, teniendo por fin la clemencia, pues todos los hombres tenemos debilidades parecidas, y no es justo ver en lo ajeno materia penable y en lo propio ocasión de disculpa. Cierto es también que hay hombres que nacen con inclinaciones criminales. Con éstos no rezan mis reflexiones; yo me dirijo á los hombres de buena voluntad. A los desgraciados que desconocen y desvían los fines de la humanidad, hay primeramente que educarlos para que guarden á sus semejantes el natural respeto, y si es preciso, tratarlos con la dureza necesaria para que teman á la ley. De este modo se consigue un fin saludable: hacer hombres honrados y cultos. La ley, llegado este caso, debe ser progresiva, porque si se estanca

en sus procedimientos, llegaría á resultar arbitrario lo que en un principio fué justo, y entonces tendrían derecho los hombres á protestar en cualquier forma de un poder tiránico.

Los acontecimientos contemporáneos se aprecian en su justo valor por los hombres discretos.

El vulgo en cambio los adultera y hace de ellos la famosa bola de nieve, que se va engrosando más cuanto más rueda.

Si es así en el tiempo que las cosas acaecen, ¿cómo extrañar que las gentes ignorantes crean tanta patraña tradicional y estén convencidos de infinitas simplezas que heredan sin comprenderlas, y legan después aumentadas á los que les suceden?

Achaques son estos de la gran ignorancia de las gentes que no tratan de investigar la verdad y prefieren aceptar las cosas como quieren dárselas.

Si algún sabio, estimulado por los justos impulsos de su conciencia, procura llevar á la humanidad por seguros derroteros, como es uno solo entre tantos, le llaman loco ó extraviado, y sucede lo del cuento famoso en que un hombre, con su vista natural, hizo un viaje al país de los tuertos y se rieron de él, encontrando en su perfección natural un gran fenómeno.

Cosas son éstas de la ignorancia, que hizo exclamar á nuestro gran poeta *Zorrilla*:

«El que no sabe leer, no sabe nada;
la luz, la idea, el alma está en el libro :
el Evangelio, nuestra historia patria,
el Código civil, el Catecismo.
El que no sabe leer, leer no puede eso,
y ni aun sabe rezar más que de oído:
no sabe orar á Dios, no le conoce,
la ignorancia sofoca hasta el instinto.
El que no sabe leer, no adquiere ideas:
piensa con las que le hayan imbuído».

Este es uno de los mayores azotes que en España sufrimos; hay muchos millones de españoles que no saben leer, y ¡ es claro, qué idea puede tener del derecho un hombre que no sabe leer esa palabra!

Por eso se otorgan aquí los votos á esos vividores que prometen moralidad; observemos su vida; fijémonos en su situación económica antes y después de desempeñar los cargos que solicitan y consiguen, y meditemos.

«Mal administrará la hacienda pública, observaba *Plutarco*, quien no sabe administrar su casa». Elijamos siempre para que nos gobiernen á aquellos prudentes varones que se desvelan por el bienestar ajeno y no están

atentos á granjerías de partido y á miserias de la pasión; que tengan por norma de conducta aquel precepto que señalaba *Victor Hugo*: «haga la sociedad por el individuo tanto como la naturaleza».

Porque «el problema que un legislador, según *Maupertius*, debe resolver, es éste: á una multitud de hombres reunidos en sociedad, procurarles una gran dicha».

Lanzados al mundo, son los hombres como las ideas. Las más hermosamente presentadas, aquellas de forma irreprochable y galana, son mejor recibidas que las que se presentan en forma descuidada, por buenas que sean.

Los hombres son igual; el traje hace al hombre en sociedad, porque al que viste bien todo el mundo le saluda y le trata, mientras que aquel que por desidia ó escasez no cuida la forma exterior, todos sus conocidos le esquivan el saludo y los extraños se apartan de él.

Ocurre que hay formas huecas sin ideas que las sostengan, así como también hay figurines que no tienen fósforo en el cerebro; prefiero mil veces á Diógenes en su tonel que á cualquiera de estos desgraciados.

Pero conste que una buena idea bien escrita, y un hombre inteligente bien vestido, son siempre recibidos con gusto en todas partes.

La ignorancia de un pueblo es el mejor motivo de medro para los ambiciosos y la más cruel satisfacción para los malvados, porque como decía un gran escritor: «Cuanto menos se sabe más se cree; cuanto menos se comprende más se admira».

Demócrates dijo que «la ignorancia del bien es la causa del mal».

El *Barón de Holbach* agregó que «la ignorancia y el error son manantiales de mal humor y de constantes zozobras».

También *Salomón* dijo: «El ignorante, si calla, será reputado por sabio, y pasará por entendido si no despliega sus labios».

«La guerra es una necesidad para la paz», se dice, pero ¿por qué? si no hubiera ignorancia no habría malos gobernantes, que son la ocasión y motivo principal de la mayor parte de las guerras. La imprevisión, cuando no las pasiones de los gobernantes de este jaez, originaron esos desastres que contemplamos aterrorizados en la historia. ¡ Pobres hombres que se causan el exterminio sin conocerse, olvidando sacrosantos deberes de fraternidad y siguiendo á los carniceros que les arrastran sugestionados por falsas palabras y mentidas ocasiones !

Medítese la historia; profundícese en las causas primeras, y no habrá quien deje de conve-

nir que casi todas las ocasiones de ruptura no las han dado los pueblos, sino quien los gobierna.

Y en cuanto á que no es decente á la majestad satisfacer la ignorancia del pueblo, podemos argüir que la nación paga sus empleados. ¿Y qué empleado no da cuenta á sus jefes de su buena ó mala conducta?

El pueblo es soberano, y su conveniencia exige un gobierno. Las muchedumbres se someten voluntariamente al principio de autoridad, pero los poderes están obligados á dar cuenta de su conducta al pueblo que los nombró, no en cualquier forma, sino en la más ajustada á las circunstancias, porque como decía *Girardin*, «la ignorancia puede poner en peligro la libertad».

Decía *Victor Hugo*: «Quien dice ignorancia dice ceguedad, preocupación, error, superstición, despotismo, arbitrariedad, humillación, miseria é inmoralidad».

«La tierra, exclamaba *Jovellanos*, no produce para los ignorantes sino malezas y abrojos.»

«El que no tiene más opinión y gustos que la opinión y gustos de los demás, decía también *Klopstok*, el que no hace otra cosa que imitar, es un siervo; el que piensa mucho é imita raras veces, es un hombre libre; el que por sus

propios descubrimientos se eleva á cierta altura, es un hombre noble.»

«Nadie vive como hombre sino aquel que sabe», dijo *Gracián*.

«Es artificio muy común, decía *Feijoo*, hablando de la sabiduría aparente, arrastrar la conversación hacia aquello poco que saben los que saben algo. Esto en las personas de autoridad es más fácil. Conocí un sujeto que, cualquiera conversación que se excitase, insensiblemente la iba moviendo de modo que á pocos pasos se introducía en el punto que había estudiado aquel día ó el antecedente. De esta suerte siempre parecía más erudito que los demás. Esto es, como el villano Caco, traer con astucia á Hércules á su propia caverna para hacer inútiles sus armas, cegándole con el humo que arrojaba por la boca.»

Voltaire manifestó que «la ignorancia afirma ó niega redondamente; la ciencia duda. Cuanto más uno ha leído, más instruído es; cuanto más ha meditado, más en estado se halla de afirmar que no sabe nada».

Hay tres clases de ignorancia, decía *Duclós*: «1.^a, no saber nada; 2.^a, saber mal lo que se ha aprendido; 3.^a, saber otra cosa diferente de lo que se debe saber».

No debemos creer las cosas como nos las

dicen. La sana meditación, el juicio claro, la consideración de tiempo y espacio, todo lo que caracteriza á la naturaleza, debe tenerse muy en cuenta antes de asimilarse ningún conocimiento.

La imaginación es un caballo loco, que suele apearse por las orejas á la razón.

Sepamos quién nos dice una cosa, cuándo nos la dice y por qué nos la dice.

¡Cuántos errores que andan disfrazados de verdad por el mundo no volverían á engañar á las gentes sencillas!

Decía *Cervantes* que «la ignorancia es un rocín que hace tropezar á cada paso á quien le monta y pone en ridículo á quien le conduce».

Asegura *Benot* que «No es posible que el hombre nutra su inteligencia ni aquilate su corazón si ha de ganarse el cotidiano pan con el constante sudor de sus miembros; y, por tanto, el problema de la educación del género humano exige previamente la conquista de las fuerzas naturales, para que nunca dedique el hombre la habilidad de sus manos á ninguno de los artefactos que puedan realizar los vientos, el carbón, los saltos de agua, las mareas, el calor del sol, el calor central de nuestro globo... Fuerza *cerebral*, no fuerza *física*, es lo que debe gastar el hombre, á fin de que el hoy na-

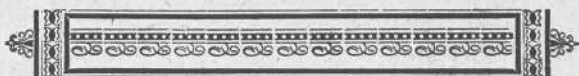
tural horror á la fatiga corpórea, se transforme en el prolífico amor al trabajo intelectual.

«Hoy el trabajo es una maldición; el dominio de la naturaleza lo hará mañana una incomparable y codiciada voluptuosidad».

El hombre que no medita viene á ser como el hombre que no se lava. Su cuerpo adquiere todas las suciedades que le rodean, y forman parte de su misma persona. Así, pues, el hombre sin meditación propia adquiere todo el desecho de los demás, y su suciedad moral le caracteriza como imbécil.

Tengamos presente que no hay peor mal que la ignorancia, ni ventura mayor y más segura que el conocimiento de la verdad de las cosas.

DISQUISICIÓN ACERCA DE LA MUERTE



DISQUISICIÓN ACERCA DE LA MUERTE

«Nadie conoce la muerte, ni sabe si es para el hombre el mayor de todos los bienes; y sin embargo, todos la temen, como si supieran ciertamente que es el mayor de todos los males.»

SÓCRATES.

Nadie conoce la muerte, es verdad; es el límite de donde no puede pasar la ciencia de los hombres, y sin embargo hay en el sentimiento presentimientos que no puede explicar la razón.

Procuraremos encontrar en las augustas alturas de la metafísica, combinando el pensamiento racional con aquellas profundas especulaciones de los filósofos más distinguidos, ó con aquellas sublimes inspiraciones de los grandes poetas, alguna explicación eficaz á ese momento terrible de transición, en que el yo desaparece.

Vayamos examinando lentamente la materia: La vida ejemplar y la pura conciencia, dicen

los teólogos, no temen á la muerte. La muerte es precisamente la vida para los justos.

Es una gran calamidad para las especulaciones científicas que los hombres que nos precedieron hayan dejado los frutos de su conocimiento en oscuros simbolismos. La mayor parte de la filosofía antigua es simbólica; ¿por qué rodear de tinieblas lo que por sí es un misterio?

La naturaleza nos explica sus misterios lentamente; ¿por qué no conservar con sencillez y claridad las experiencias adquiridas en tantos siglos? De ese modo, el mundo llevaría una marcha segura, y tal vez conociendo exactamente lo pasado, se podría adivinar mejor lo porvenir, porque «hay un poder de adivinación en el espíritu humano», según *Sócrates*.

Esos presentimientos de otra vida que la razón es impotente para explicar, tal vez hallarán un fundamento sólido en el sencillo conocimiento de las verdades ya adquiridas; pero la humanidad, cuando no ha sido egoísta, se ha mostrado ignorante, y sus observaciones no han sido bien transmitidas á la posteridad.

Es preciso que nos acostumbremos á dejar á nuestros sucesores ideas concretas de las cosas; limitadas y escasas por la ignorancia de los hombres, pero claras y precisas.

«La vida, decía *Enrique Heine*, no es más

que un punto donde el hombre espera el amor, la gloria y la fortuna. La única que acude á la cita es la muerte.»

«La muerte (¡desdicha fuerte!);
¿que hay quien intente reinar,
viendo que ha de despertar
en el sueño de la muerte?»

que decía nuestro gran *Calderón*.

«¡La muerte!...
Pequeño el mundo, dilatado el cielo,
infinito el amor que tras la tumba
sube al Eterno con potente vuelo;
la muerte no es verdad.

.....
¡El sepulcro es el templo
de donde nace el alma!

.....
¡El dolor tiene fin, la tumba es fosa
de claridad divina!

hermosos pensamientos de *Bernardo López García*.

Preguntaban á *Julio César* qué muerte era la mejor, y respondió que la impensada, la de repente y no prevista.

«Apartad la imaginación de los sucesos ad-

versos que os puedan venir, decía *Cervantes*, que el peor de todos es la muerte, y como ésta sea buena, el mejor de todos es el morir.»

¿Por qué no hemos de mirar á la muerte frente á frente, con tranquilidad, y penetrar el misterio que la rodea?

Debemos admitir todas las ideas por contradictorias que nos parezcan, pues de la contradicción sale la luz.

Rossmassler decía que «la materia es eterna, y sólo cambia de forma».

Büchner aseguraba que «la materia ha existido, existe y existirá».

Heráclito también decía: «El universo, que para todos es el mismo, no es creación de los dioses ni de los hombres; ha sido y será siempre un fuego vivo, que se reanima y se extingue en virtud á determinadas leyes; es un juego con que Júpiter se divierte á sí mismo».

¿Por qué ese afán de hacer un símbolo de la muerte, cuando la muerte es una razón de la vida?

Los antiguos griegos preferían explicar la cesación de la vida por medio de simbolismos; así vemos que nos la representan en un amor que apaga contra el suelo la luz de su antorcha.

Los cartagineses pintaban á la muerte con

corazón de bronce, alas negras y una red ominosa en las manos para envolver en sus mallas á las víctimas.

Y así por este orden, todos los pueblos y todos los tiempos han encerrado en símbolos todas sus especulaciones filosóficas relativas á la muerte.

Prefiero las disquisiciones de los sabios, aunque padezcan error, porque tratan de investigar la verdad.

Büchner dijo: «El cuerpo, en su forma individual, es mortal indudablemente, pero no así en sus elementos».

«Si no quedamos anonadados por la muerte, dice *Fechner*, el modo en que se verifica nuestra actual existencia queda por lo menos sujeto á esa misma muerte; no puede librarse de ella. Realmente nos convertimos en el polvo de que hemos sido formados; pero en tanto que nosotros cambiamos, la tierra permanece inmutable y se desarrolla incesantemente; es un sér inmortal, y los astros lo son como ella.»

Sebastián Frank, sabio alemán que vivió por los años de 1528, dice: «La materia existía al principio en Dios, y por eso es eterna é infinita. La tierra, el polvo y todas las cosas creadas mueren; pero no es posible afirmar que muera aquello de que han sido creadas. La sustancia

es eterna; conviértense en polvo los seres, pero nacen otros de sus restos. La tierra es, como dice *Plinio*, una especie de fénix, y lo será eternamente, de cuyas cenizas renacerá, siendo de consiguiente el mismo que antes existía».

Los filósofos italianos de la Edad Media emitían esta misma opinión con más claridad todavía. *Bernardo Telesio* (1588), dice: «La sustancia corporal es la misma en todas las cosas y permanece eternamente siendo la misma; la oscura materia inerte no puede aumentar ni disminuir».

Giordano Bruno (reformador quemado en Roma el año de 1600), dice: «Lo que se siembra se convierte en hierbas, después en frutos, después en pan, jugos nutricios, sangre, espermata, embrión, hombre y cadáver; después en tierra, piedra ú otro cuerpo sólido, y así sucesivamente. Por estos hechos reconocemos algo que se transforma en todos estos seres y que sigue siempre siendo lo mismo. De este modo, nada parece constante, eterno y digno de que se le dé el nombre de principio más que la materia. La materia, en el sentido absoluto, contiene en sí todas las formas y dimensiones; pero no toma de otro sér cualquiera la infinidad de formas con que aparece, ni exclusivamente, por decirlo así, del exterior; ella las hace

surgir de sí misma y las engendra en su seno. Cuando decimos que muere algo, debemos entender que no se verifica más que un cambio de existencia, una descomposición de esta combinación, que es al propio tiempo el principio de otra existencia».

Aun en época más remota no se ignoraba la esencia de una verdad que parece destinada á ser la piedra fundamental de toda filosofía exacta. *Empedocles*, filósofo griego que vivió cuatrocientos años antes de Cristo, dice: «Los que imaginen que nace alguna cosa que no haya existido antes, ó que algo muere ó perece completamente, son niños ó gentes de escasa inteligencia».

En la Sagrada Escritura tenemos confirmado este concepto, pues el *Eclesiastes* contiene estas palabras de *Salomón*: «¿Qué es lo que fué? Lo mismo que será. ¿Qué es lo que ha sido hecho? Lo mismo que se hará; y nada hay nuevo debajo del sol. ¿Hay algo de que se pueda decir: He aquí, esto es nuevo? ya fué en los siglos que nos han precedido. No hay memoria de lo que precedió, ni tampoco de lo que sucederá habrá memoria en los que serán después».

Veamos también lo que dice el notable filósofo *Delboeuf*: «La vida se precipita hacia la muerte, y, no obstante, lo muerto es suscepti-

ble de volver á ser vivo. No hay muerte absoluta; entre la materia llamada viva y la materia llamada muerta, la diferencia es puramente fenomenal. Lo muerto, para volver á ser vivo, exige el sacrificio de otras vidas. Lo que comienza no debe necesariamente acabar, pero lo que acaba ha comenzado necesariamente.

»En tesis absoluta, ninguna combinación se deshace sino haciendo nacer otras combinaciones más indefectibles ó una masa mayor de similares productos. Si nuestros altos hornos llegan hasta descomponer el ácido carbónico, es á cambio de la formación de otra cantidad enorme de ácido carbónico. La luz eléctrica no se crea sino á expensas de la que está encerrada en el gas y en la hulla. Destruir para producir, tal es todo el secreto de la química».

Claudio Bernard, el eminente fisiólogo, dice que «todos los fenómenos que aparecen en un sér vivo hallan sus leyes fuera de él; de suerte que se pudiera decir que todas las manifestaciones de la vida se componen de fenómenos tomados, en cuanto á su naturaleza, al mundo cósmico exterior, pero poseen solamente una morfología especial, en el sentido de que son manifestados bajo formas características y con ayuda de instrumentos fisiológicos especiales. Bajo el aspecto físico-químico, la vida no es,

pues, más que una modalidad de los fenómenos generales de la naturaleza; nada engendra, toma sus fuerzas al mundo exterior y no hace sino variar sus manifestaciones de mil y mil maneras».

Tales de Mileto, que seis siglos antes de Jesucristo explicaba físicamente y predecía los eclipses, consideraba al agua como el principio de todas las cosas; *Anaximenes* admitía el aire; *Heráclito* el fuego; pero en el fondo, todos reconocían una fuerza invisible que anima la materia inerte.

Los modernos estudios sobre Estética de *Cousin*, *Shlegel*, *Milá* y otros han puesto de manifiesto que la perfección ó belleza estriba mayormente en la *expresión*, que responde á una vida ó una *fuerza*; aunque también intervenga la *forma*, que cuando es correcta es á su vez la manifestación de una *idea*. De donde resulta que la perfección original de toda cosa no está en la materia, sino en la actividad. Siendo, pues, Dios una actividad ó *un acto puro de ser*, según *Santo Tomás*, es la esencia de las cosas, la fuerza oculta de que nos hablan los filósofos, el fuego vivo, el principio eterno que hace germinar todas las cosas y anima cuanto le rodea.

La muerte es el destino de la materia animada, que se renovará eternamente bajo nuevas

formas al impulso vivificador del fuego vivo, de la fuerza eterna, del *acto puro de sér*, de Dios, en una palabra.

No lleguemos á la desconsoladora afirmación de *Espronceda*:

«La vida es la vida. Cuando ella se acaba,
acaba con ella también el placer.
¿De inciertos pesares por qué hacerla esclava?
para mí no hay nunca mañana ni ayer».

Es preferible la duda de *Becquer*, cuando exclama:

«¿Vuelve el polvo al polvo?
¿vuela el alma al cielo?
¿todo es vil materia,
podredumbre y cieno?
No sé; pero hay algo
que explicar no puedo,
que al par nos infunde
repugnancia y duelo,
al dejar tan tristes,
tan solos los muertos!»

«La vida, decía *Sócrates*, no debe ser otra cosa que la meditación de la muerte.»

Decía *Montaigne* que «el cementerio es el verdadero campo de la igualdad».

Toda la tierra es un cementerio, luego toda la tierra es el verdadero campo de la igualdad.

Lo infinitamente grande es igual á lo infinitamente pequeño. Ante la creación es igual un átomo que un planeta.

«Todos los seres entran unos en otros, dijo *Victor Hugo*. ¡Podredumbre es nutrición! ¡Limpieza espantosa del globo! El hombre carnicero es también un enterrador. Nuestra vida está formada de muerte. Tal es la ley aterradora. Nosotros somos sepulcros.»

El famoso secretario de Felipe II, *Antonio Pérez*, también decía frecuentemente: «No hay cosa que sea menos nueva en esta vida que la muerte, con parecernos á todos cada día más nueva».

En efecto: «¡Siempre ese incansable trabajo de descomposición y reconstrucción de los organismos vivientes! ¡Siempre ese círculo infinito, esa perdurable peregrinación de la materia! ¡Siempre la muerte venciendo y anulando los vigorosos esfuerzos de la vida! ¡Y siempre la vida surgiendo de las mismas entrañas de la muerte!...» como elocuentemente decía *Pascual y Cuéllar*.

«Lo que nace, no nace... vuelve», decía el correcto escritor *Fernández Flórez*.

«La vida del individuo, dijo *González Serrano*, trasciende á la especie por medio de sus obras, y en tal sentido los que se van se

quedan y los que se mueren viven en el bien positivo que han cumplido.»

No es desagradable la muerte para aquel reducido número de pensadores que tienen la dicha inefable de contemplar la verdad absoluta, que es Dios; pues cuanto más se acerca lo creado al Creador, tanto mejor se somete á los eternos preceptos de renovación y recomposición.

«Entro en las bodas triste, decía *Castelar*, porque genera el amor siempre mortales, y resignadísimo en los entierros, porque la muerte genera siempre inmortales.»

«A los ojos del geólogo, decía también el orador ilustre, aparece cada monte como un túmulo, cada planicie como un cementerio, cada planeta como una aglomeración de sobrepuestos sepulcros; porque en la tierra entera reina con una grande tiranía la muerte, destructora y generadora también de la vida.»

«La tierra, sigue diciendo *Castelar*, cuando recoge tantos despojos mortales como caen sobre sus senos, los trueca en átomos químicos, que componen y animan seres nuevos, como las ondas amargas del mar envían á las alturas vapores que, formando luego nubes, caen sobre los campos en dulcísima lluvia. ¡Quién sabe si los átomos del más fuerte conquistador discutirán por el corazón de la tierna virgen, y si

el glóbulo de hierro que ha pasado disuelto por la cabeza de un filósofo, consagrado á predicar la paz y la libertad, irá enrojecido en la bala de cañón que siembra los desastres de la guerra !

»Descendientes de todos los siglos, debemos identificarnos con todos los muertos en la Humanidad y en la Historia.»

«El hombre muere, dijo Pi y Margall, pero la humanidad vive, y la humanidad es una en el tiempo y en el espacio.»

Decía *Cánovas del Castillo*: «Cuanto más obedece á la ley moral, menos lejos de lo sobrenatural se halla el alma».

Régulo, aquel mártir de su palabra, dijo: «Nada esperéis del que podía morir y se ha dejado cobardemente agarrotar».

Memorable sentencia que inconscientemente completó *Alarcón* (Pedro A. de): «¡Cómo se arrepentirán los cobardes de haberlo sido cuando vean que irremediablemente va á matarlos, sin devolverles la perdida hora, un cólico, un cáncer ó cualquiera otra repugnante enfermedad, más dolorosa casi siempre que el temido golpe del hierro ó del plomo !»

Y como decía también *Terencio*, «más bien parece el soldado muerto en la batalla que vivo y salvo en la huída, y tanto alcanza de fama el

buen soldado cuanto tiene de obediencia á sus capitanes y á los que mandarle pueden».

«Nunca se expone más la vida, decía *Duclós*, que cuando hay más vida que perder.»

«Las pecadoras mueren jóvenes, observaba *Beyle*; el camino del placer es un atajo de la vida.»

Salgado, obispo de Astorga, decía: «¿Qué es la vida presente? es... una breve duración que separa dos eternidades: la eternidad insondable que nos precede y la eternidad aterradora que nos seguirá. Es decir, que vivimos el tiempo preciso para adquirir conciencia de que nos hemos de morir».

A este propósito, recuerdo una bella composición de nuestro gran poeta *Dionisio Solís*:

«Hizo el Amor un día
de Primavera mofa,
porque duraban poco
sus flores olorosas.
Pero ella le replica
con risa burladora:
¿Di, niño, tus placeres
duran más que las rosas?»

Pero, como decía también el citado Obispo de Astorga, «hay en cada uno de nosotros algo que sobrevivirá á las ruinas de la vida presente, y es el principio espiritual y substancial».

El gran filósofo pesimista, el inmortal *Schopenhauer*, también tiene sobre la muerte sus especialísimas ideas.

«La muerte, dice, es el genio inspirador, el musagetes de la filosofía... Sin ella, difícilmente se hubiera filosofado.

»Nacimiento y muerte pertenecen igualmente á la vida y se contrapesan; el uno es la condición de la otra; forman los dos extremos, los dos polos de todas las manifestaciones de la vida. Esto es lo que la más sabia de las mitologías, la de la India, expresa con un símbolo, dando como atributo á Schiwa, el dios de la destrucción, al mismo tiempo que su collar de cabezas de muerto, el *singam*, órgano y símbolo de la generación; porque el amor es la compensación de la muerte, su correlativo esencial; se neutralizan, se suprimen el uno al otro. Por eso los griegos y los romanos adornaban esos preciosos sarcófagos que aun vemos con bajo-relieves figurando fiestas, danzas, bodas, cazas, combates de animales, bacanales; en una palabra, imágenes de la vida más alegre, más animada, más intensa; hasta grupos voluptuosos, hasta sátiros ayuntados con cabras. Su objeto era evidentemente llamar la atención al espíritu de la manera más sensible, por el contraste entre la muerte del hombre á quien se

llora encerrado en la tumba y la vida inmortal de la naturaleza.

»Si le concediesen al hombre una vida eterna, la rigidez inmutable de su carácter y los estrechos límites de su inteligencia le parecerían á la larga tan monótonos y le inspirarían un disgusto tan grande, que para verse libre de ellos concluiría por preferir la nada.

»La conclusión de toda actividad vital es un maravilloso alivio para la fuerza que la mantiene; esto explica tal vez esa expresión de dulce serenidad difundida en el rostro de la mayoría de los muertos.

»Por su persistencia absoluta la materia nos asegura una indestructibilidad, en virtud de la que quien fuere incapaz de concebir otra podría consolarse con la idea de cierta inmortalidad. ¿Qué? se dirá, la persistencia de un puro polvo, de una materia bruta, ¿sería esto la continuidad de nuestro sér?

»¿Pero conocéis ese polvo, sabéis lo que es y lo que puede? Antes de menospreciarlo aprended á conocerlo. Esta materia, que no es más que polvo y ceniza, disuelta muy pronto en el agua, se va á convertir en un cristal, á brillar con el brillo de los metales, á producir chispas eléctricas, á manifestar su poder magnético... á modelarse en plantas y animales, y á des-

arrollar, en fin, en su seno misterioso esa vida cuya pérdida atormenta tanto á vuestro limitado espíritu. ¿No es nada, pues, el perdurar bajo la forma de esta materia?»

Según *Schopenhauer*, en la creación todo se renueva; los hombres *nos vamos*, pero *volvemos* en principio substancial, bajo formas siempre nuevas. La Primavera *se va*, pero *vuelve* siempre distinta. No es igual á la pasada en un orden determinado del tiempo, pero es igual en las manifestaciones del espacio. Todo es distinto, pero todo es igual.

Dijo *Marco Aurelio*: «La muerte y la generación, cosas entre sí muy parecidas, son un misterio de la naturaleza; ésta es una condensación de aquellos mismos elementos de que *aquella* es una disolución; en suma, nada hay en aquéllas de que deba uno avergonzarse, no hallándose en ellas cosa que no sea conforme á un viviente animado é inteligente, ni que repugne á su estado y condición».

Calderón de la Barca dijo en su drama memorable que «la vida es sueño». No se equivocó en gran parte, pero nunca debió afirmar tal cosa en absoluto. Concedo que para la mayoría de las gentes es un sueño la vida, porque nacen, viven y mueren sin darse cuenta de su paso por el planeta, y sin dejar otras huellas de

su paso que aquellos gérmenes necesarios á la propagación de la especie. ¿Pero puede decirse igual de aquellos seres que, inspirados por la centella divina, saben dejar el fósforo de su cerebro en obras inmortales por los siglos de los siglos?

Para esos genios no es un sueño la vida; para esos seres privilegiados es la tierra un paraíso que no les es dable gozar sino después de su muerte, mejor dicho, después de su transformación.

Creemos oportuno consignar también algunos conceptos de la muerte que pueden arrojar luz sobre esta recopilación.

DAVID.

«Dios redimirá mi vida del poder de la sepultura.»

SAN PABLO.

«Si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con él á los que durmieron en Jesús.»

SAN JUAN.

«Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor, porque descansarán de sus trabajos.»

SAN AGUSTÍN.

«Una lágrima sobre un muerto se evapora, una flor sobre su tumba se marchita, una oración por su alma la recoge Dios.»

QUILÓN DE ESPARTA.

«No hables mal de los muertos, porque no pueden responder.»

PLINIO.

«Cuando sobreviene la muerte, no experimentan ni el cuerpo ni el alma más sensaciones que antes de haber nacido.»

LACTANCIO.

«La muerte se embosca ú oculta en el seno de los placeres.»

EURÍPIDES.

«¿Quién sabe si el vivir es morir, y si allá en el otro mundo creen que morir es vivir?»

SHAKESPEARE.

«Morir es dormir.»

TRUEBA.

«Viajeros son los hombres,
que visten, al viajar,
los unos de chaqueta,
los otros de gabán.
El viaje de la vida
debe hacer cada cual
contento con la ropa
que Dios le quiso dar.»

No hay razón para llamar accidental y pasajero al placer, llamando seguro y permanente al dolor. En la naturaleza todo es igual: nace, progresa y muere.

No debemos ser pesimistas y creer eterno lo que nos mortifica. La vida es muy sensible y los hombres nos desviamos fácilmente de sus verdaderos fines, por lo cual no hacemos gran aprecio de lo que nos favorece y olvidamos nuestros momentos gratos. En cambio sabemos dar extraordinaria importancia á lo que nos hace sufrir y no podemos olvidar los dolores. De lo que se infiere que tiene el hombre que ser desgraciado, no porque *deba* serlo, sino porque *quiere* serlo.

¿Y por qué se temerá tanto la muerte? ¿no es acaso un bien que la vida empiece y acabe, como empiezan y acaban las estaciones del año?

Todo se renueva en la naturaleza, y de todo hay y todo es momento presente en la Creación. La muerte no es la nada; es la transformación, porque todo obedece á una ley universal.

Se inaugura una Exposición Universal en cualquier punto del globo. ¡Qué espectáculo más civilizador! ¡Quién pudiera ir! ¡Quién pudiera admirar tantas maravillas como habrá depositadas en los amplios pabellones de suntuosos palacios! Se considera uno feliz si puede ir, verlo y admirarlo todo, para decir más tarde: «Yo estuve en tal Exposición y vi tales maravillas». ¿Qué son las molestias del viaje? ¿Qué los contratiempos de la estancia en el país que se verifica? Todo se reduce á llevarlo con paciencia y á soportarlo todo lo mejor posible; el objeto principal es admirar en conjunto y en detalle la Exposición.

La tierra es una grandiosa Exposición Universal. Si los hombres supiéramos agradecer al Creador el habernos traído á contemplar tan grandes maravillas, seríamos dichosos, y en vez de titular este planeta «valle de lágrimas», le llamaríamos con justicia «paraíso terrenal».

La humanidad se ha desviado de sus fines; los muchos siglos transcurridos nos han internado en el error, y es muy difícil encontrar el buen camino.

Algunos prácticos desean con buena voluntad llevar á los hombres por derroteros seguros, pero sus palabras se pierden en el griterío universal, y sólo acompañados de unos pocos siguen el camino de la verdad.

¿Por qué no nos contentamos con vivir, ver y admirar, y no ansiamos locamente lo que no podremos poseer mucho tiempo, y cuya posesión es la causa de nuestras desdichas?

La ciencia de la felicidad consiste en tomar lo preciso para vivir, y en admirar lo demás, sin pensar en una posesión que creemos absoluta y sólo es efímera.

La ambición y el interés originaron siempre los cataclismos.

Seamos en la vida visitantes de esta gran Exposición Universal, y cuando llegue la hora del regreso á la tierra de donde vinimos, demos gracias á quien nos envió para admirar tan infinitas maravillas.

OBSERVACIONES SOBRE EL AMOR





OBSERVACIONES SOBRE EL AMOR

«Amor, eterno amor, alma del mundo!»

NÚÑEZ DE ARCE.

Nada más lejos de mi ánimo que señalar los misterios psicológicos del amor. El ilustre pensador mi querido maestro *D. Urbano González Serrano*, ya dijo en su excelente libro «*Psicología del amor*» cuanto pudiera ocurrírsele á su humilde discípulo.

El objeto de estas recopilaciones del ingenio universal es deleitar enseñando; por eso escojo y aprovecho algo de lo que se ha dicho en el mundo referente al tema que me propongo desarrollar, y lo voy engarzando como Dios me da á entender.

Decía el erudito *Feijoo* que «el amor es el primer móvil de todas las acciones humanas, príncipe de todas las pasiones, monarca cuyo vasto imperio no reconoce en la tierra algunos límites, máquina con que se revuelven y tras-

tornan reinos enteros, ídolo que en todas las religiones tiene adoradores».

Cierto que es así; el amor ha originado grandes catástrofes.

Adán y Eva fueron expulsados del paraíso por el amor; Troya fué destruída por el amor; España sufrió la invasión sarracena por el amor; Urías sufrió la muerte por el inicuo amor de David á Betsabé; Sansón se perdió por el amor de Dalila.

Muchas épocas se retratan gráficamente por el amor, á veces se sintetizan por una pareja; ejemplo:

Marco Antonio y Cleopatra.

Romeo y Julieta.

Abelardo y Eloísa.

Isabel y Marsilla.

Gonzalo de Córdoba y Zulema.

Y muchísimos más, que son los personajes de la realidad, de la leyenda tradicional, de la obra literaria, y los cuales representan á la humanidad en el templo del amor.

Si preguntáramos al citado *Feijoo* qué es lo que ocasiona el amor de los mortales, nos diría abriendo su «Teatro Crítico», capítulo de amores, que «los ardores del amor se encienden en cada individuo por aquella perfección que se halla en otro y no en sí mismo».

Es decir, que el amor es producido por la belleza, tanto moral como material; ó por el instinto carnal que habla á los sentidos, ó por la perfección moral que habla á la virtud.

Jesucristo decía: «amaos los unos á los otros»; *Victor Hugo* dijo también: «toda la ley es amor».

Cierto es que nada hay más viejo ni más nuevo que el amor. «Lo que experimenta el que ama no se puede expresar con palabras», dijo en una obra memorable *Victor Hugo*; «la conmoción es siempre nueva y el vocablo ha servido ya siempre; de ahí la imposibilidad de expresar la conmoción.» ¿Con qué palabras expresar esa turbación que sentía *Gilliat* cuando consideraba la cantidad de forma femenina que puede tener un ángel?

Los poetas lo han dicho casi todo; el amor es la fuente de la poesía.

Oigamos á *Espronceda*:

«Brotó en el cielo del amor la fuente
que á fecundar el universo mana,
y en la tierra su límpida corriente
sus márgenes con flores engalana.

.....
¡Oh llama santa! ¡celestial anhelo!
¡sentimiento purísimo; memoria
acaso triste de un perdido cielo,
quizá esperanza de futura gloria!»
.....

El amor es la ley de gravedad de lo invisible: las atracciones de los cuerpos son amor. El amor es fósforo.

«Dios no ha hecho el corazón del hombre para que calle. Puesto que Dios promete la eternidad, es evidente que quiere que dos sean uno.»

«La mujer, decía *Shakespeare*, es un manjar digno de los dioses cuando no lo guisa el diablo.» En efecto, muchos y grandes poetas se han quejado de mal de amores; pero bueno es saber que «en las guerras de amor el huir es vencer», y que como decía *La Rochefoucauld*, «en amor, el que cura primero es el que sale mejor curado».

Ovidio aconsejaba en los amores desgraciados la más viva y continuada reflexión que se pueda sobre los defectos de la persona amada.

Propertio recomendaba también la ausencia contra amor.

Y lo mejor de todo es darse un baño ruso con la célebre frase de *Balzac*: «la virtud de las mujeres es quizás una simple cuestión de temperamento».

«Es locura el mal de amor,
locura que cura un cura,
y es locura que se cura
con la locura mayor.»

como dice *Blanco Asenjo*.

También es curioso el desacuerdo que existe entre los grandes escritores.

Decía *Dumas* que «de todas las tonterías que el hombre puede hacer, al menos el matrimonio es la única que no le es dable cometer todos los días», en tanto que *Voltaire* dijo antes que «mientras más casados haya habrá menos crímenes».

De todos modos, decía *Arsène Houssaye*, «la felicidad no se conjuga nunca en presente, sino en futuro imperfecto».

Blanco Asenjo asegura que

. «El amor
siempre es funesto regalo;
pues si no nos quieren, malo,
y si nos quieren, peor».

No es extraño; según *Bossuet*, «el corazón tiene sus razones que no conoce la razón».

San Jerónimo, repitiendo lo que ya habían dicho *Aristóteles*, *Séneca* y *Plutarco*, dice: «El amor es un olvido de la razón, muy cercano á la locura; vicio poco conveniente al espíritu sano, turba el entendimiento, desvía el ingenio, priva la memoria, destruye las fuerzas, consume la hacienda, estraga la hermosura, quebranta los altos y generosos deseos y hace abatir los más elevados á cosas viles y rastreras; hace á

los hombres iracundos desmedidos y arrebatados en el mandar, blandos y viles en el servir, inútiles en todo y por todo; porque mientras arden en el deseo de alcanzar lo que huir debieran, gastan lo mejor de su vida en sospechas, celos, asechanzas, quejas, iras y lágrimas, de tal manera que vienen á ser aborrecidos de todo el mundo, y al fin de sí mismos».

El sapientísimo *Vives* exclama: «¡ Oh malhadado amor, de cuántos males eres origen ! Por ti, el muy piadoso David envió al inocente y no culpado Urías á la muerte, por gozar más sin recelo de las ilícitas caricias de Betsabé. A Salomón hiciste idolatrar; debilitaste á Sansón; á Medea hiciste despedazar á su hermano y degollar á sus hijos; á Catalina forzaste á matar á su propio hijo por casarse con Drestilla. Además, ¿ cuántas hijas aborrecieron á sus padres porque contrariaron sus amores? ¿ cuántas no dejaron á sus madres por seguir á sus enamorados? »

Bien decía *Cervantes*:

«Es de vidrio la mujer;
pero no se ha de probar
si se puede ó no quebrar,
porque todo puede ser.

Y es muy fácil de quebrarse,
y no es cordura exponerse
al peligro de romperse...
lo que no puede soldarse».

En fin, que el amor á unos les parece bueno y á otros les parece malo. Unos afirman que es la mayor calamidad de la tierra; otros aseguran que no hay mayor bien para la humanidad.

En tan antiguo y general desacuerdo, no sabe el espíritu imparcial á qué partido quedarse. Grandes figuras desacreditan el amor; grandes figuras le ensalzan. Yo creo que, pues hemos encontrado el amor en la tierra, tomemos de él lo mejor; sirvámonos de él para nuestra relativa felicidad, y no nos entreguemos á las simbólicas flechas del niño matusalén, para evitar

«La esperanza dudosa, el dolor cierto».

que decía el poeta de las estancias.

El amor es una necesidad para la vida; se manifiesta bajo mil formas, adaptables á la edad y á las circunstancias; las pasiones que le rodean suelen echar á perder la pureza de tan dulce afecto, privándonos así de la sencilla majestad y del intangible nimbo que posee el que ama con ese tranquilo amor imitativo de la naturaleza en sus más purísimas y delicadas manifestaciones.

Antes de acabar esta amorosa recopilación, y pensando en terminarla de la manera más provechosa para el lector, observo que varios tomos

que hay sobre mi mesa *me ofrecen* silenciosamente su concurso, que acepto gustosísimo.

Tienen, pues, la palabra los inmortales y los que son mortales *todavía*:

BURGER.

¡ Oh, vosotros los sabios de alta y profunda ciencia, que habéis meditado y que sabéis dónde, cuándo y cómo se une todo en la naturaleza, el por qué de todos esos amores y besos; vosotros, sabios sublimes, decídmelo! ¡ Poned en el potro vuestro sutil ingenio y decidme dónde, cuándo y cómo me ocurrió amar, por qué me ocurrió amar!

CAMPOAMOR.

El amor es un mal; pero es el caso que siempre será un hecho verdadero, que la pasión que volvió loco al Tasso hará perder el juicio al mundo entero.

CHAMPFORT.

Cuando un hombre y una mujer tienen uno por otro una pasión violenta, siempre me parece que, sean cuales fueren los obstáculos que les separen, marido, padre, etc., los dos amantes son uno de otro por mandato de la naturaleza, que se pertenecen recíprocamente por derecho di-

vino, á pesar de las leyes y convenciones humanas.

HUGO (VÍCTOR).

La reducción del Universo á un solo sér, la dilatación de un solo sér hasta Dios, esto es el amor. Cuando el amor ha fundido y mezclado dos seres en una unidad angélica y sagrada, estos seres han hallado el secreto de la vida; no son más que los dos términos de un mismo destino; no son más que las dos alas de un mismo espíritu. ¡Amad, pues! ¡Elevaos!

JUAN DE LA CRUZ (SAN).

¡Oh llama de amor viva,
que tiernamente hieres
de mi alma en el más profundo centro!
Pues ya no eres esquiva,
acaba ya si quieres,
rompe la tela de este dulce encuentro.
¡Oh cauterio suave!
¡oh regalada llaga!
¡oh mano blanda! ¡oh toque delicado,
que á vida eterna sabe
y toda deuda paga!
Matando, muerte en vida la has trocado.
¡Oh lámparas de fuego,
en cuyos resplandores
las profundas cavernas del sentido,
que estaba oscuro y ciego,

con extraños primores,
calor y luz dan junto á su querido!
¡Cuán manso y amoroso
recuerdas en mi seno,
donde secretamente solo moras!
Y en tu aspirar sabroso,
de bien y gloria lleno,
¡cuán delicadamente me enamoras!

JUVENAL.

No te cases con una mujer que tenga un lenguaje afectado; conviene que el marido pueda cometer impunemente un solecismo.

LUIS DE LEÓN (FRAY).

Es el cuidado del amor tan grande, y está tan en vela en lo que desea, que de mil pasos lo siente, entre sueños lo oye y tras los muros lo ve; finalmente, es de tal naturaleza el amor, que hace en quien reina obras mucho diversas de la común experiencia de los hombres, y por esto, los que no sienten tal afecto en sí, no creen ó les parece milagros, ó por mejor decir locura, ver y oír las tales cosas en los enamorados; y de aquí resulta que los autores que tratan de amor son mal entendidos, y juzgados por algunos autores de devaneos y disparates. Por lo cual, un antiguo poeta de nuestra na-

ción, muy enamorado y muy honesto, hizo el principio de sus canciones diciendo en su lengua misma esta sentencia: «No vea mis escritos quien no es triste, ó quien no ha estado triste en tiempo alguno».

Así que las extrañas cosas que dicen, sienten y hacen los que aman, no se pueden entender de los libres de amor.

NAPOLÉON.

Una mujer hermosa agrada á los ojos; una mujer buena agrada al corazón; la primera es un dije, la segunda un tesoro.

NÚÑEZ DE ARCE.

¡Oh eterno amor, que en tu inmortal carrera
das á los seres vida y movimiento;
con qué entusiasta admiración te siento,
aunque invisible, palpitar doquiera!
Esclava tuya, la creación entera
se estremece y anima con tu aliento,
y es tu grandeza tal que el pensamiento
te proclamara Dios si Dios no hubiera.
Los impalpables átomos combinas
con tu soplo magnético y fecundo:
tú creas, tú transformas, tú iluminas;
y en el cielo infinito, en el profundo
mar, en la tierra atónita dominas;
¡amor, eterno amor, alma del mundo!

OVIDIO.

Antes enmudecerán los pájaros en la primavera, en el estío las cigarras y los perros huirán la liebre, que á un joven se resista la mujer suavemente acariciada; tal que pensaréis no condescienda, también condescenderá; bien así como á los hombres, engolosina á las mujeres la furtiva Venus; los hombres disimulan mal, ellas desean más encubiertamente; por eso es ley conveniente, que el varón se declare antes, y que la hembra ruegue, ya vencida. La novilla brama al toro en los herbosos prados; la yegua relincha al caballo.

PEDRO MALÓN DE CHAIDE (FRAY).

Es el amor un círculo bueno, que perpetuamente se revuelve del bien al bien. Necesariamente ha de ser bueno el amor, pues naciendo del bien vuelve otra vez á parar en el mismo bien donde nació; porque el mismo Dios es aquel cuya hermosura desean todas las criaturas, y en cuya posesión hallan su descanso...

Dice *San Pablo*: «Si yo tuviese más suelta la lengua que los ángeles del cielo, y entendiese cuantos lenguajes se hablaban en la Torre de Babilonia, y fuese más mi facundia y destreza en el hablallos que la de Tulio en latín y Platón

y Demóstenes en griego; si con esto me falta amor, seré un bacín de barbero, ó campana que retiñe en el aire».

Mas os digo, que si me diera Dios cuanto espíritu de profeta dió á Moisés y á David, y á todos los santos Profetas juntos, y conociera todos los misterios y secretos de la Trinidad, y toda la ciencia que saben los querubines, y tuviera tanta fe que mandara arrancar los montes de su asiento, y lo hiciesen así; si con todas estas grandezas me falta el amor, no soy nada.....

PLATÓN.

Que el amor es un deseo es una verdad evidente, y es también evidente que no es siempre amor el deseo de las cosas bellas. ¿Por qué medio distinguiremos, pues, al que ama del que no ama? Cada uno de nosotros debe reconocer que hay en él dos principios que le gobiernan y dirigen, y cuyo impulso le determina: uno es el instintivo deseo del placer, otro el placer reflexivo del bien. Tan pronto están estos dos principios en armonía como se combaten, y la victoria pertenece sucesivamente al uno ó al otro. Cuando el placer del bien, que la razón nos inspira, se apodera del alma entera, se llama sabiduría; cuando el deseo irreflexivo que nos arras-

tra al placer domina, recibe el nombre de intemperancia.

QUEVEDO.

Amor y sus vasallos es todo locura.

SCHOPENHAUER.

Si el espíritu de la especie, que dirige á dos amantes sin que lo sepan, pudiese hablar por su boca y expresar ideas claras en vez de manifestarse por medio de sentimientos instintivos, la elevada poesía de ese diálogo amoroso, que en el actual lenguaje sólo habla con imágenes novelescas y parábolas ideales de aspiraciones infinitas, de presentimientos de una voluptuosidad sin límites, de felicidad inefable, de fidelidad eterna, etc... se traduciría así:

Dafnis.—Quisiera regalar un individuo á la generación futura, y creo que tú podrías darle lo que á mí me falta.

Cloe.—Tengo la misma intención, y creo que tú podrías darle lo que yo no tengo. ¡Vamos á ver un momento!

Dafnis.—Yo le doy elevada estatura y fuerza muscular: tú no tienes ni una ni otra.

Cloe.—Yo le doy bellas formas y menudos pies: tú no tienes ni éstos ni aquéllas.

Dafnis.—Yo le doy fina piel blanca, que tú no tienes.

Cloe.—Yo le doy cabellos negros y ojos negros; tú eres rubio.

Dafnis.—Yo le doy nariz aguileña.

Cloe.—Yo le doy boca chiquita.

Dafnis.—Yo le doy valentía y bondad, que no podrían venirle de ti.

Cloe.—Yo le doy hermosa frente, ingenio é inteligencia, que no podrían venirle de ti.

Dafnis.—Talle derecho, bella dentadura, salud sólida: he aquí lo que recibe de nosotros dos. De veras, los dos juntos podemos dotar de perfecciones al futuro individuo; por eso te deseo más que á ninguna otra mujer.

Cloe.—Y yo también te deseo.

SHAKESPEARE.

¿Ha amado quien no amó á primera vista?

TERESA DE JESÚS (SANTA).

En el amor, cuando de alguna persona lo queremos, siempre pretendemos algún interés de provecho y contento nuestro..... aunque sea buena la voluntad, luego nos es muy natural querer ser pagada.

Venida á cobrar esta paga, es en paja, que

todo es aire y un átomo que se lo lleva el viento; porque cuando mucho nos hayan querido, ¿qué es esto que nos queda? Ansí que si no es para provecho de su alma con las personas que tengo dichas, porque ven ser tal nuestro natural que si no hay algún amor luego se cansa, no se les da más ser queridas que no. Pareceros ha que estos tales no quieren á nadie, ni saben, sino á Dios. Mucho más quieren, y con más verdadero amor y más provechoso, y con más intensión; en fin, es amor. Y estas tales almas son siempre aficionadas á dar mucho más que no á recibir, y aun con el mesmo Creador les acaece eso. Esto digo que merece este nombre de amor, que estotras aficiones bajas le tienen usurpado el nombre.

WALTER-SCOTT.

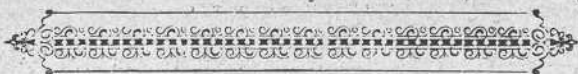
Una mujer, cualesquiera que sean los agravios que reciba de su marido, nunca debe vengarse; su mayor virtud consiste en disimularlos, y oponer á ellos la dulzura y los miramientos.

Octavia, después de la muerte de su primer marido, se casó con Antonio, que la abandonó muy pronto, habiéndose prendado de la famosa Cleopatra, reina de Egipto, la cual, tan artificiosa como hermosa, tenía más ingenio que su

rival en el escudriñamiento vergonzoso de los deleites sensuales. Octavia salió de Roma para reunirse á su marido, resuelta á acompañarle á una nueva expedición que meditaba contra los Partos; le escribió desde Atenas á Leucopolis, donde se hallaba; le manifestaba el placer que tendría en verle, y le anunciaba que llevaba consigo mucho vestuario para sus soldados, un gran número de caballos y varios presentes para sus amigos y sus tenientes, y dos mil hombres perfectamente equipados. Antonio estaba resuelto á recibir á su tierna y virtuosa esposa; pero Cleopatra, temerosa de una rival que á sus atractivos reunía la modestia y buenas costumbres, se valió de todos los artificios de una galantería refinada para conservar su conquista. Antonio, engañado ó subyugado, respondió á Octavia que no continuase su camino, y la prohibió que fuese á reunirse con él, pretextando que iba á pasar el Eufrates. Octavia, sintiendo más la pérdida del corazón de su esposo que su desprecio, lo disimuló, y le envió á decir que puesto que no aprobaba que ella misma fuese en persona á llevarle los regalos en cuestión, le señalase el lugar donde quería se remitiesen. Este segundo mensaje fué tan mal recibido como el primero, y Cleopatra no permitió á Antonio aceptar nada de mano de su mujer; ésta obede-

ció al punto. Su hermano, Octavio César, sobre quien recaía la afrenta que acababa de recibir, la aconsejó abandonase la casa de un marido que la trataba con tanto desprecio, y le prometió vengarse de la injuria. Octavia respondió á su hermano que ella no sabía más que llorar los extravíos de su marido y no vengarse de ellos; y que si no tenía otras razones para hacer la guerra á Antonio, le rogaba encarecidamente abandonase sus intereses y no derramase la sangre de sus compatriotas por los sinsabores de una mujer. Octavia permaneció constantemente en casa de su marido, continuando en ella la educación, no sólo de sus hijos, sino también la de los de su marido que había tenido de su primera mujer Fulvia.

Á PROPÓSITO DE LA REVOLUCIÓN



Á PROPÓSITO DE LA REVOLUCIÓN

«Una revolución es una fuerza contra la que ningún poder, sea divino, sea humano, prevalece; una revolución se engrandece y fortifica en la misma resistencia que encuentra.»

PROUDHÓN.

En todos los órdenes de la vida es necesaria la revolución. Observemos la marcha general de las cosas, y notaremos que sin la revolución se estancaría el mundo y llegaríamos al fatalismo de la cristalización universal.

En el orden físico, la revolución se desarrolla casi siempre en sentido evolucionista, porque la naturaleza se ama á sí misma y no se impide sus justas manifestaciones.

Pero en el orden moral es distinto. Los hombres que crean un estado de cosas tienen la pretensión de querer para su obra una permanencia absoluta, y como no permiten la reforma lenta que el tiempo y el progreso exigen, se les

echa encima la revolución con sus terribles exigencias.

Decía *Proudhón*: «¡Privar que una revolución siga su curso! ¿Acaso no es esto una amenaza á la Providencia, un desafío al inflexible destino; cuanto, en una palabra, se puede inventar de más absurdo? ¡Privad á la materia que pese, á la llama que arda, al sol que brille!»

«Se puede dirigir y moderar la revolución; la política más sabia consiste en ceder á ella lentamente, con objeto de que la evolución constante de la humanidad se realice insensiblemente en vez de realizarse con sacudidas y trastornos.»

«Una revolución es, en el orden moral, un acto de soberana justicia que procede de la necesidad de las cosas, y que el hombre de Estado no puede resistir sin cometer un crimen.»

«No hay idea que se pierda, decía *Castelar*, ni revolución que se ahogue, ni dogma racional que no triunfe, ni esperanza salvadora que no se realice, ni promesa de libertad que no se cumpla. El pensamiento libremente expresado evita las revoluciones.»

«En revolución, decía *Lamartine*, nunca está demás desconfiar de los hombres serviles; ellos solos son los peligrosos.»

También *Marat* decía: «No se hace á los hom-

bres libres con antiguos amos y viejos esclavos; y así como el amante de una prostituta no sabe apreciar una mujer honrada, de la misma manera el amante de un régimen opresor no sabe amar ni reconocer la naturaleza de un régimen libre y razonable».

«Más fácil nos sería volver las aguas del mar á las orillas que ha abandonado que á los hombres á los tiempos y á las instituciones que pasaron.»

«Las revoluciones comienzan por la palabra y acaban por la espada.»

Dijo *Mirabeau*: «Un cuerpo gangrenado no puede ser curado llaga por llaga y úlcera por úlcera: necesita una transfusión de sangre nueva».

«Yo llamo revoluciones, decía *Posada Herrera*, lo mismo las que se fraguan en las calles que las que se fraguan en los palacios para subvertir el orden social á fin de poner en peligro la seguridad del Estado».

Decía *Villele*: «Una vez lanzado el carro de las revoluciones, no son por cierto los autores del primer impulso los últimos que perecen aplastados á su paso».

«Las revoluciones se hacen antes con el corazón que con la cabeza, decía *Esquirós*. El Evangelio enseña, la revolución aplica, y ésta

no requiere más que ser agitada á la sombra; detrás está la mano de Dios que la impulsa, y cuando las ideas han sido una vez bautizadas con sangre jamás mueren, porque las ideas son como las hierbas de los campos, que es menester regarlas para que crezcan.»

Víctor Hugo dijo: «El que pone obstáculos á la corriente de un río, obtiene por resultado la inundación; el que pone bárreras al porvenir, ocasiona las revoluciones. La heroicidad y el fanatismo son cuadros propios de toda revolución».

«La revolución se respira en todas partes, dijo *León y Castillo*; la revolución llega á todas partes; la revolución se inspira hasta á sus mismos adversarios con la fuerza incontrastable de un poder que no encuentra obstáculo que no venza, espacio que no salve, dificultades que no arrolle.» Decía otro pensador que «si consultaran siempre los gobiernos la opinión pública, no tendrían que temer las revoluciones».

Dijo también *Navarro y Rodrigo*: «La revolución es un mal á veces necesario, á veces origen de grandes, profundas y salvadoras transformaciones sociales; pero las revoluciones son siempre, para todos los hombres de Estado, un triste y doloroso paréntesis á fin de entrar de nuevo en la normalidad».

«Las revoluciones son el resultado de las malas leyes», dijo *Pi y Margall*.

Roberto Robert también decía que «la revolución es la guerra de la libertad contra sus enemigos; la constitución es el reinado de la libertad victoriosa y pacífica».

Es una ley de la vida la revolución. En todos los órdenes se impone como desenlace á los accidentes que la rodean. La vida material, las aspiraciones, todo es y á todo se llega por la revolución. La obra de los físicos consiste generalmente en ayudar á la naturaleza.

Relatar algo de las revoluciones ocurridas en el globo sería escribir la historia de la humanidad. Nos falta espacio para dar una ligera idea de ellas; pero unos párrafos de *Volney*, sacados de su notable obra «Meditación sobre las revoluciones de los imperios», nos dará luz sobre este punto y podremos apreciar la eterna causa de los movimientos del pueblo.

Dice así el notable escritor:

«Por la ignorancia y la codicia ha tomado el hombre las armas contra el hombre, la familia contra la familia, la tribu contra la tribu, y la tierra se ha convertido en un teatro sangriento de discordia y latrocinio. Por ellas ha ido fermentando una secreta guerra en el seno de cada Estado, se han desunido entre sí los ciu-

dadanos, y una misma sociedad se ha dividido en opresores y oprimidos, en dueños y en esclavos; por ellas, unas veces insolentes y atrevidos los jefes de una nación, han forjado las cadenas en su mismo seno, y la codicia mercenaria ha fundado el despotismo político; otras veces, hipócritas y astutos, han hecho bajar del cielo poderes mentirosos y un yugo sacrílego: la crédula avaricia ha fundado el despotismo religioso; por ellas, en fin, se han desnaturalizado las ideas del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto, de la virtud y del vicio, y las naciones se han extraviado en un caos de errores y calamidades».

«Observando el espíritu de egoísmo que sin cesar divide á los hombres, supo el ambicioso fomentarle diestramente: lisonjeó la vanidad de unos, excitó la envidia de otros, halagó la avaricia de éste, inflamó el resentimiento de aquél é irritó las pasiones de todos. Oponiendo entre sí los intereses ó las preocupaciones, sembró las discordias y los rencores, prometió al pobre el despojo del rico, al rico el avasallamiento del pobre; amenazó á un hombre con otro, á una clase con otra; y aislando á todos los ciudadanos por medio de la desconfianza, formó su fuerza de su debilidad, y les impuso un yugo de opinión cuyos nudos se estrecharon mutua-

mente. Con el ejército se apoderó de las contribuciones, con éstas dispuso de aquél, y, por medio del resorte poderoso de las riquezas y de los empleos, encadenó todo un pueblo con un lazo indisoluble, y los Estados cayeron en la lenta consunción del despotismo.»

«Puesto que la experiencia de los tiempos pasados no sirve de nada á los actuales, y las faltas de los progenitores no han instruído aún á sus descendientes, los ejemplos antiguos se repetirán, y la tierra verá renovarse las escenas terribles de las épocas olvidadas. Nuevas revoluciones agitarán á los pueblos y los imperios; los tronos más poderosos serán de nuevo destruídos, y las catástrofes más terribles recordarán á los hombres que no se quebrantan en vano las leyes de la naturaleza ni los preceptos de la sabiduría y de la verdad.»

La Revolución francesa es el hecho de más trascendencia en la vida moderna, y cuyos benéficos resultados han llegado hasta nosotros, si bien las circunstancias de tiempo y lugar han modificado las formas de aplicación; pero los grandes principios quedan en la conciencia de los hombres, y cada día se irán desarrollando progresivos de acuerdo con la cultura general.

No lleguemos con la revolución á lo absurdo; la revolución, como hecho natural, es buena;

como sistema, es reprobable. Estoy de acuerdo en ese sentido con lo que dice el notable publicista mi querido amigo *Cristóbal Botella*, en su excelente obra «El Socialismo y los Anarquistas».

«Si los anarquistas, dice, no emplearan bárbaros procedimientos, si no mostrasen esa dolorosa preferencia en favor de la *propaganda por el hecho*, nada habría que temer de sus absurdas enseñanzas; la misma falta de organización en que viven les priva de medios para llevar á la realidad sus doctrinas, pero sus hechos no pueden pasar inadvertidos; ellos, por sí solos, reclaman la atención de la sociedad y de los Estados, que ante cierta clase de amenazas y ante cierto género de peligros tienen que cumplir los ineludibles deberes que impone la propia defensa.»

«No se trata ya de aspiraciones más ó menos prudentes, más ó menos aceptables de una clase social ó de una escuela económica; lo mismo los socialistas revolucionarios que los anarquistas, que en definitiva forman una misma agrupación, pretenden la destrucción de todo lo existente, y aun la procuran por medios violentos. Por eso la mayoría de las naciones, lo mismo las que tienen gobiernos democráticos que las que ponen el principio de autoridad sobre el de

libertad, han procurado últimamente dictar leyes represivas contra los anarquistas y contra sus atentados.»

Para demostrar cuán lejos están los anarquistas del verdadero sentido que debe inspirar á una revolución, y cuán lejos están también de aquella grandeza moral que debe informar la conducta de los grandes reformadores, citemos unos breves párrafos del «Catecismo Revolucionario» del anarquista ruso *Bakounine*:

«El revolucionario es un hombre consagrado por completo á la destrucción social. No tiene intereses personales, ni negocios, ni sentimientos, ni propiedad. Dedicar siempre su existencia á un solo propósito, á un solo pensamiento, á una sola pasión: la revolución..... No persigue más que un objeto y una ciencia: la destrucción. Para destruir, y nada más que para destruir, estudia mecánica, física, química y algunas veces medicina. Observa, con el mismo intento, los hombres, los caracteres, las posiciones y todos los elementos del orden social. Desprecia y odia la moral vigente. Para él es moral lo que favorece el triunfo de la revolución, é inmoral y criminal aquello que lo estorba..... Entre el revolucionario y la sociedad se mantiene lucha á muerte, incesante, que les hace irreconciliables. El revolucionario siempre se halla dis-

puesto á morir, á sufrir tormentos y á destruir, por sus propias manos, á todos los que levanten obstáculos á la revolución. ¡ Tanto peor para él si se halla sujeto, en el mundo, por lazos de parentesco, de amistad ó de amor ! No será un verdadero revolucionario si esas relaciones atan sus brazos. Entretanto, finge lo que no es. Penetra por todas partes: en la alta sociedad como en la clase media, en la tienda del comerciante, en la iglesia, en las oficinas, en el ejército, en el mundo literario, en la policía secreta y en el mismo palacio imperial. Ningún individuo forma parte de la asociación sin ser admitido por unanimidad, después de practicar pruebas concluyentes, no con palabras, sino con actos. Cada asociado tiene á su disposición muchos revolucionarios de segundo y tercer grado, que no están completamente iniciados, y los considera como una parte del capital revolucionario puesto á sus órdenes, y los gasta económicamente, sacando de ellos todo el provecho posible. Los elementos más preciosos son las mujeres completamente iniciadas, que aceptan por entero nuestro programa. Sin su ayuda, nada podríamos hacer».

Como se ve, los anarquistas han hecho de la revolución santa un arma criminal, extraviando el verdadero sentido de las cosas y cometiendo

actos vandálicos, con el errado propósito de regenerar la sociedad.

Laveleye cita en su obra «El Socialismo Contemporáneo» los siguientes párrafos de la introducción á los estatutos del Tribunal Popular de la «Mano Negra»: «Teniendo en cuenta que los gobiernos burgueses, al colocar fuera de la ley á la Internacional, impiden la solución pacífica de la cuestión social, conviene constituir una secreta organización revolucionaria. El triunfo está todavía muy lejos. Los burgueses continúan cometiendo sus crímenes; es necesario castigarles, y como los aliados están dispuestos á cumplir su destino, el Tribunal Popular se encarga de condenar los delitos de la burguesía. Los miembros del Tribunal Popular pertenecerán á la Internacional y serán capaces de cumplir la misión que aceptan. Los burgueses serán castigados por todos los medios posibles, por el fuego, por el hierro, por el veneno y de todas maneras».

No son extrañas estas destructoras asociaciones, si se tienen en cuenta las predicaciones que las han precedido. *Federico Lange* ha dicho entre otras cosas que «los más desheredados sucumben más pronto que los demás hombres, aunque mueran de las mismas enfermedades, porque viven agobiados por las inclemencias de

la naturaleza y por las amarguras de la miseria».

Deville dice que «la instrucción no cambia la naturaleza de la propiedad; la religión vive porque la mantienen los capitalistas, como principio de autoridad, para sojuzgar al proletariado; morirá cuando concluya este régimen, y la moral únicamente se utiliza para perpetuar las tristezas de los desheredados y las venturas de las clases privilegiadas».

Es decir, que establecen ante esas usurpaciones permanentes, según ellos, otro estado permanente de protesta, con procedimientos revolucionarios, y ya lo hemos dicho, la revolución como hecho natural es buena, como sistema es reprobable.

Cánovas del Castillo ha dicho: «Tres condiciones se necesitan para que el método de destrucción pacífica del actual orden de cosas prospere, y por lo pronto al menos evite convulsiones inauditas. La primera es, á mi ver, que vayan mitigándose de día en día los más ásperos efectos de nuestro sistema económico-social hasta donde posible sea, y por supuesto con el concurso de todos, así patronos como trabajadores, por manera que nunca pierdan los últimos la esperanza de mejorar constantemente. Es la segunda que, aprovechando el prole-

tariado las nuevas y claras luces que ya le suponen las leyes, pero está obligado á acrecentar sin tregua, por lo mismo que tanto significa en el actual orden político, se habitúe á discernir inmediatamente, siquiera de lo posible lo imposible, no sin aplicar alguna parte del escepticismo severo con que suelen juzgar las creencias antiguas á las pretendidas verdades que con tanta facilidad acepta hoy, huyendo, también respecto á ellas, de la fe del carbonero, que tanto menosprecio le inspira. La tercera — ¿por qué no decirlo?—consiste en volver á creer, si pueden, los que no crean, por su desdicha, en algo que está fuera de esta vida imperfecta, donde las inexplicables desigualdades que al presente ofrece Dios las compensa con infalible y eterna justicia. No ha de alcanzar, es claro, cuanto lo necesita, total remedio con nada de lo que acabo de exponer, y lo lamento. Porque aunque triste, es ciertísimo que allí donde el convencimiento de la verdad y el respeto espontáneo de lo razonable y justo no basten, la sociedad, tal como exista, habrá de ampararse, quiérase ó no y en la medida indispensable, bajo el derecho penal».

Sagasta también ha dicho que «no podrían mantenerse las conquistas del derecho moderno si por un instante siquiera triunfara la tenden-

cia socialista, que es la negación más absoluta de la libertad individual».

Ya hemos apuntado que la revolución debiera verificarse en sentido evolutivo, pero desgraciadamente los poderes directivos saben restringir las expansiones del derecho moderno, ajustando las más amplias ideas á la estrecha responsabilidad del Código. Es preciso que sepan todos los hombres de Estado que «las vicisitudes y las revoluciones son leyes permanentes de la naturaleza», como decía *Federico el Grande*, y por lo tanto no se deben detener las grandes corrientes, ántes bien se debe favorecer el progreso en general, para que manifestándose lentamente evite esas irrupciones terribles de los pueblos, para recabar por sí la implantación de sus justos derechos.

«Si cada uno de vosotros, dijo *Lamennais*, inactivo, silencioso, permanece inmóvil mirando cómo van las cosas y quejándose de que van mal, renunciad á la esperanza de que irán alguna vez mejor, y bajo el peso de los males que legáis á vuestros hijos no acuséis sino á vosotros mismos, á vuestra flaqueza é indolencia, á vuestro egoísmo y á vuestra cobardía. Quered tan sólo y cambiará la faz del mundo.»

«¡Atreveos! este es el secreto de todas las

revoluciones», dijo aquel fanático de la revolución llamado *Saint-Just*.

Napoleón dijo: «En las revoluciones, los que pueden ganar tiempo siempre acaban por tener razón», y *Robespierre* decía también: «Nunca se camina más en revolución que cuando se ignora á dónde se va».

Pero en cambio, *Victor Hugo* exclamó: «Levantaos, sí, pero para engrandeceros; decidme hacia qué lado vais; sólo hay insurrección hacia adelante. Cualquier otro levantamiento es malo; todo paso violento hacia atrás es un motín; el retroceso es una vía de hecho contra el género humano. La insurrección es el acceso de furor de la verdad; los adoquines que mueve la insurrección despiden la chispa del derecho».

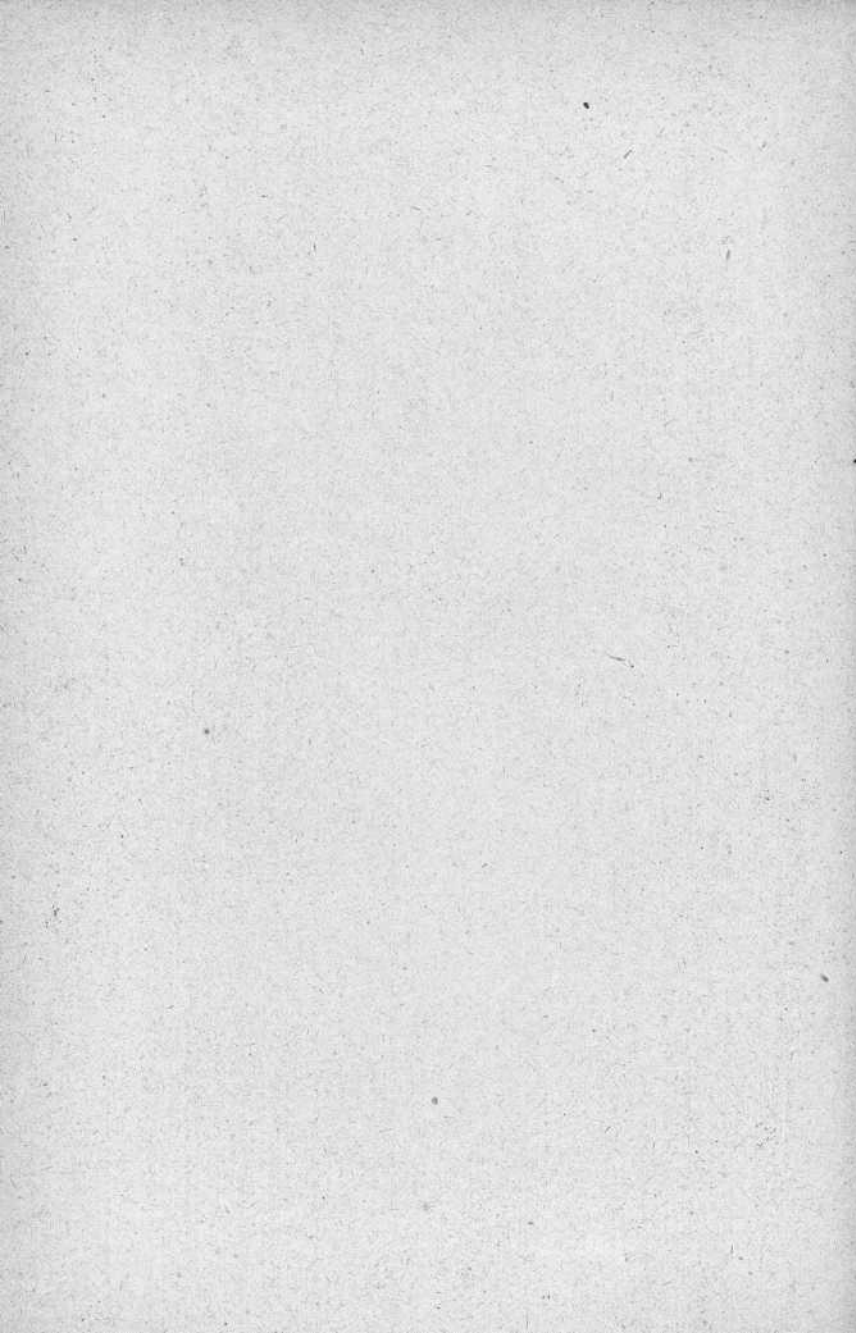
«Las revoluciones, dice también *Victor Hugo*, tienen el brazo terrible y la mano afortunada; pegan firme y escogen bien. Aun incompletas, aun bastardeadas y prematuras, aun sofocadas y reducidas al estado de revolución menor de edad, les queda casi siempre bastante lucidez providencial para que no puedan caer mal. Su eclipse no es nunca una abdicación. Sin embargo, no nos gloriemos demasiado; las revoluciones se engañan también, y se han visto graves equivocaciones.»

Pero en general, añadimos nosotros, la revo-

lución es buena; sus principios son saludables y fecundos. Pero triste cosa es también, si los hombres encargados de dirigirla la extravían; entonces la reacción asoma; el principio virtual de la revolución se convierte en motivo de venganza, y los pasiones, siempre dispuestas á la lucha, triunfan.

Debe ser la revolución grandiosa, brillante, sugestiva, pero también serena, racional y lógica. Tras la sangre inevitable de los primeros momentos, la libertad, la igualdad y la fraternidad. La sangre borra el pasado; las tres formas de la justicia sean siempre la base de las nuevas sociedades.

BELLO ES VIVIR





BELLO ES VIVIR

«Bello es vivir, la vida es la armonía!
Luz, peñascos, torrentes y cascadas,
un sol de fuego iluminando el día,
aire de aromas, flores apiñadas.»

ZORRILLA.

Soy un verdadero entusiasta de *Schopenhauer*, lo confieso, pero no puedo acomodarme á su cruel pesimismo; yo creo, como *Epicteto*, que «si un hombre es desgraciado, es culpa suya; porque Dios hizo á todos los hombres para ser felices», y no puedo aceptar la máxima fatalista del gran filósofo alemán que dice: «el bienestar y la dicha son enteramente negativos; sólo el dolor es positivo».

El mismo *Kant*, inspirador de las doctrinas de *Schopenhauer*, ha declarado que «los dos espectáculos más hermosos que pueden verse son la bóveda celeste sobre la cabeza del hombre y la conciencia de éste».

Esto es reconocer la belleza en sus más altos

principios metafísicos, y donde hay bellezas que admirar hay ocasión de placer, y estas ocasiones hacen dichoso á quien las disfruta.

«¿Qué? decía *Séneca*, ¿nada es dormir bajo el dosel del cielo, teniendo como lugar de reposo el globo de la tierra y las glorias del firmamento como espectáculo?»

¿No han reconocido la belleza *Sócrates* y *Platón*? ¿Y dónde está la belleza sino en la vida misma que disfrutamos? ¿O vamos á creer en la belleza metafísica, sin relación con la materia susceptible de formas?

Ya dijo *Lutero*: «El paraíso pudiera verdaderamente extenderse á todo el universo».

«La dicha, dijo *Antonio Zozaya*, es ciertamente un deber; tenemos el deber de embellecer nuestra vida, siquiera para hacerla racional, siquiera para que esa felicidad, desbordando en nosotros, vaya á caer sobre nuestros semejantes; el deber es una dicha, y aquel que ha conseguido elevar su corazón y su inteligencia, sabe que vale más un hombre honrado en la miseria que un cerdo satisfecho.»

«La vida es un gran beneficio, decía *Lubbock*, y cuando alcanzamos la edad de la razón, la mayor parte de nosotros se pregunta naturalmente cuál debería ser el principal objeto de nuestra existencia. Nuestra propia felicidad no

debe, sin duda, ser nuestro fin principal, y no es ciertamente buen medio de asegurárnosla perseguirla de modo egoísta. Podemos tener muchos placeres en la vida, pero no conviene dejarnos gobernar por ellos, porque pronto nos llevarían á la tristeza.»

Quiere decirse que la vida es un bien, y que agradan y embellecen la vida todas aquellas manifestaciones de la naturaleza y el arte.

El *acto de sér* en el hombre, á imagen del *acto puro de sér* de su Creador, nos da más derecho á gozar que á sufrir. Las manifestaciones de la naturaleza, como *actos* positivos, nos parecen eternos dolores inherentes á nuestro destino, y nos creemos con derecho á llorar y á quejarnos de nuestras tribulaciones; si, como Dios, fuéramos *acto puro de sér*, según *Santo Tomás*, eso que llamamos dolor no existiría; pero como somos *acto de sér*, esto es, verbo del *acto puro*, hemos de sujetarnos á leyes positivas para el desarrollo y progreso de las cosas. Si los pesimistas quieren establecer fuera de esta teoría racional la existencia del dolor como condición indispensable de la vida entiendo se equivocan, pues el dolor no es sino accidente pasajero de los actos positivos de la vida.

Debemos saber aprovechar el bien en todas formas, y puesto que sufrimos necesariamente,

tenemos el mismo derecho á gozar y ser felices, siempre que estos goces estén en relación con las condiciones que Dios concede á los seres, porque la naturaleza no abusa de nosotros y los dolores naturales están en armonía con las condiciones del que los soporta. Si alguna vez nuestros dolores son intensísimos y los creemos superiores á nuestras fuerzas, no culpemos á la pródiga y bienhechora naturaleza, sino á nuestro desconocimiento de las causas que nos apartan de nuestro verdadero destino, haciéndonos caer en actos que reprueba el buen sentido y que más tarde debe el hombre pagar necesariamente.

Y veamos si todavía es bueno nuestro Creador; después de apartarnos de nuestro destino y caer en el sufrimiento, veamos la manera de sobreponernos al mal, con palabras de un filósofo pesimista, de *Schopenhauer*: «Podemos sustraernos á nuestros pesares, lo mismo con los objetos presentes que con los pasados, pero á condición de elevarnos á su contemplación puramente objetiva, y de hacernos así la ilusión de que mientras esos objetos están presentes delante de nosotros, nosotros estamos lejos de ellos. Entonces, desasidos del odioso *yo* y convertidos en puros sujetos del conocimiento, nos identificaremos con los objetos, y como nuestra

miseria les es ajena, ajena se hará también para nosotros en tales instantes. El mundo como voluntad desaparece, y sólo queda el mundo como representación».

«Espero haber mostrado con las presentes consideraciones de qué naturaleza es el goce estético y cuáles son sus condiciones subjetivas, á saber: emancipación del servicio de la voluntad, olvido de sí mismo como individuo y elevación de la conciencia al estado de sujeto puro del conocimiento, colocado fuera de la voluntad, del tiempo y de todas las relaciones.

»Como correlativo necesario de este aspecto subjetivo de la contemplación estética aparece siempre al mismo tiempo su aspecto objetivo, la concepción intuitiva de la idea platónica.»

Ruskin dice: «Aunque todo sea bueno para el estudio y todo sea bello, ciertas cosas, sin embargo, son preferibles para la ayuda ó el placer, y nuestro deber es escogerlas siempre cuando de ello tenemos ocasión, siendo completamente dichosos con lo que está á nuestro alcance si esa ocasión no se nos presenta».

Vivir es gozar, y como decía Miguel de los Santos Alvarez en sus famosas octavas:

«¡Bueno es el mundo, bueno, bueno, bueno,
 como de Dios al fin obra maestra!
 por todas partes de delicias lleno,
 de que Dios ama al hombre hermosa muestra.
 ¡Salga la voz, alegre, de mi seno
 á celebrar esta vivienda nuestra!
 ¡Paz á los hombres! ¡Gloria en las alturas!
 ¡cantad en vuestra jaula! ¡¡Criaturas!!»

Naturalmente, nosotros descartamos la intención satírica que se propuso el autor en estos versos, y tomamos su descripción en su más sano y legítimo sentido.

Sigue así el citado Alvarez:

«¿Qué hay que pedir?... Tenéis cielo y estrellas,
 y sol, y luna, y otras dos mil cosas,
 que á más de ser á vuestra vista bellas,
 son acabadas máquinas grandiosas.
 Rayos, truenos, relámpagos, centellas
 tenéis, que os dan mil fiestas luminosas.
 Todo esto es por arriba; pues abajo,
 ¡ya te quiero un recado, si hay trabajo!»

«¿Qué me decís del mar?... ¿Y los volcanes?...
 ¿y las minas?... ¿y el reino vegetal?...
 ¡Pues dónde dejaremos los afanes
 que habrá costado hacer un animal!
 ¡Miserable mortal! no te me ufanes
 creyéndote animal excepcional,
 que el mismo tiempo malgastó en ti Dios
 que en hacer un ratón, ó á lo más dos.»

El profesor inglés Huxley dice: «Suponed que fuese completamente cierto que la vida y la fortuna de cada uno de nosotros dependiesen un día ú otro de la ganancia ó la pérdida de una partida de ajedrez. ¿No creéis que miraríamos todos como un deber de primer orden aprender al menos el número y la marcha de las piezas? ¿No creéis que condenaríamos con una desaprobación rayana en menosprecio al padre que permitiera á su hijo ó al Estado que autorizase á sus miembros á crecer sin distinguir un alfil de una torre? Sin embargo, es una verdad clara y elemental que la vida, la fortuna y el bienestar de cada uno de nosotros, y más ó menos de aquellos que están en relación con nosotros, dependen de nuestro conocimiento de las reglas de un juego infinitamente más difícil y complicado que el del ajedrez. Es una partida repetida desde los tiempos más remotos; cada hombre, cada mujer, es un jugador. El tablero es el mundo, las piezas los fenómenos del universo; las reglas del juego son lo que llamamos leyes de la naturaleza. Nuestro adversario está oculto. Sabemos que su juego es siempre leal, justo y paciente. Pero aprendamos también á nuestra costa que jamás pasa una falta y que no hace la más pequeña concesión á la ignorancia. Al hombre que sabe

conducirse, los más hermosos premios son discernidos con esa especie de generosidad sin límites con que los fuertes muestran la alegría de su fuerza. Y aquel que juega mal sufre un mate sin precipitación, pero sin remordimientos».

Dice así *Richter* en sus «Teorías Estéticas»: «El sentido delicado del griego creía que lo que conviene delante de Dios no es la queja miserable que pertenece á este triste país de ilusiones y no al cielo, sino la alegría de que lo infinito puede participar con lo finito».

«Debe existir una felicidad más grande que la pena del placer, que esta tormenta de transportes que quema y hace llorar. Así como el infinito permanece en una alegría y reposo eternos; así como en medio de esos innumerables soles que atraen ó son atraídos debe existir uno, el mayor de todos, que permanezca inmóvil, del mismo modo la felicidad suprema, es decir, aquella á que aspiramos, no es una aspiración (porque únicamente en el Tártaro la rueda de Ixión y la piedra de Sísifo dan vueltas eternamente), sino al contrario, un descanso delicioso, el *far niente* de la eternidad.»

«Era Grecia un pueblo ebrio de belleza; llevaba en su corazón y en su mirada una religión serena que no se reconciliaba con sus dioses por medio de días de penitencia, sino por días

de júbilo; que, como si el templo fuese ya el Olimpo; sólo prescribía danzas, juegos y obras maestras, y que en sus embriagadoras fiestas comprendía, como en cepas de vid, las tres cuartas partes del año; un pueblo ligado á sus dioses por medio de una sociedad más íntima y más bella que ningún otro.»

La alegría de la vida es un deber, y podemos encontrar la felicidad en cuanto nos rodea. Decía *Voltaire* que «cuando el espíritu está abatido, es menester sacudirlo».

Efectivamente, se pueden borrar todos los dolores; la ciencia, los viajes, el hogar, la amistad, el deber cumplido, todos son elementos capaces de borrar el más grande dolor moral, y en cuanto á los dolores de la carne, buscando primeramente el natural auxilio de la ciencia para su remedio, fácil es sobrellevarlos en medio de los grandes afectos y de las grandes y hermosas realidades del hombre «elevando la inteligencia, guía del espíritu, á la contemplación de la esencia sin color, sin forma é impalpable; porque en torno de la esencia está la morada de la ciencia perfecta, que abraza toda la verdad», según *Platón*.

Debemos estar satisfechos de vivir, y cualquier hombre medianamente instruído reconoce que por medio de la ciencia puede el hombre

ser feliz en la tierra. *Victor Hugo* decía que «lo bueno no se encuentra sino por medio de lo mejor».

El arcediano de Liverpool, *Farrán*, dijo: «La ciencia no solamente nos ha revelado infinitos espacios poblados de innumerables mundos, tiempos indefinidos poblados de innumerables existencias, organismos infinitos hasta entonces invisibles, pero delicados, irisados, preciosos; ha hecho mucho más aún: se ha consagrado como un ángel de misericordia al servicio del hombre. Han trabajado ella y sus discípulos, no por aumentar el poder de los déspotas ó aumentar la magnificencia de las cortes, sino por extender el bienestar sobre la tierra, por economizar el esfuerzo humano. Allí donde antes los hombres jadeaban medio cegados, medio desnudos, ante la ardiente boca de un horno inflamado, para machacar el hierro candente, ha sustituido la acción mecánica del aire invisible. Ha puesto á su servicio el rayo de sol para pintarnos con fidelidad absoluta las imágenes de los amigos á quienes amamos. Ha enseñado al pobre minero cómo puede trabajar en seguridad, aun en medio del gas explosivo de la mina. Ha hecho con sus anestésias insensible é inconsciente al paciente, en tanto que la mano delicada de algún operador hábil corta un fragmen-

to del globo de su ojo inmóvil. No presenta á nuestra admiración las pirámides edificadas durante trabajosos siglos por naciones miserables y agotadas, sino el faro y el vapor, el camino de hierro y el telégrafo. Ha devuelto los ojos al ciego y los oídos al sordo. Ha prolongado la vida, ha disminuído el peligro, ha enfrenado la locura, ha pisoteado el mal. Y por todas estas razones, espero que ninguno de nuestros hijos se hará hombre ignorando estudios que á la vez elevan la razón é inflaman la fantasía, que modelan al mismo tiempo que funden, que pueden á la vez alimentar y llenar el espíritu».

Uno de los mayores estímulos para la vida es la luz. La luz es la que inspira á pintores y poetas sus bellas concepciones.

Veamos la descripción que *Papillon* hace del sol: «El sol que nos ilumina y nos calienta es también la causa primera de todos los colores que brillan en los tres reinos de la naturaleza, y de todas las reacciones químicas que se verifican en la superficie del globo. Ese vapor de oro que él proyecta con inagotable abundancia sobre nosotros y cuanto nos rodea es infinitamente consolador y fecundo. Ni la vida de los seres animados, ni el esplendor de los espectáculos naturales, serían sin él posibles. Bendigamos, pues, esa emanación del poder divino,

siempre fecundadora y placentera, á la que se levantaron templos en los siglos antiguos y que no han cesado de celebrar desde entonces los poetas».

«El sol, padre de la luz, es un cuerpo inmenso colocado á 36 millones de leguas de la tierra. Es un globo incandescente que lanza de continuo y en todas direcciones torrentes de luz y de calor. Los habitantes de la tierra no recibimos más que la 2.300 millonésima parte de esta luz y de este calor; todo lo demás se disemina en el espacio para ser interceptado de uno y otro lado por otros planetas y otros soles. Este globo se halla constantemente en un estado de viva incandescencia.»

«Si se observa este astro con un anteojo, se nota su superficie violentamente agitada. No es una masa inmóvil de hierro candente, es una masa hirviente de materia ígnea y gaseosa formada principalmente de hidrógeno, cuya superficie se halla agitada por numerosos torbellinos, los cuales dan nacimiento á claros que se nos muestran en forma de *manchas*. La situación de estas manchas varía incesantemente; pero lo que no varía es lo que el sol hace para nosotros en el universo, á saber, el dispensarnos la luz y el calor.»

«Los rayos que ese sol envía se deben á la

vibración de una materia particular, vibración cuyo primer impulso se da por el astro mismo con igual exactitud con que una campana es el origen de las vibraciones de aire que llegan á nuestro oído, produciendo en él la sensación del sonido. Este rayo de sol se propaga, se refleja, se refracta, se descompone y se polariza. Obra sobre los cuerpos y mantiene en la naturaleza el calor y la vida, como hemos dicho al principio.»

«Las leyes del mundo son exactas y rigurosas, y si se quiere conocer el orden y el enlace tan admirable de los fenómenos naturales, es preciso resignarse á las exigencias de los estudios científicos, en compensación de reposar y espaciarse con el espectáculo maravilloso de la naturaleza sin velo alguno.»

Además, y repitiendo estas elocuentes palabras de *Lavoisier*, «la organización, el movimiento espontáneo, la vida, no existen sino en la superficie de la tierra, en los sitios expuestos á la luz. Diríase que la fábula del fuego de Prometeo era la expresión de una verdadera filosofía que no se escapó á los antiguos. Sin la luz, la naturaleza estaba sin vida, muerta é inanimada. Dios, al darnos la luz, derramó sobre la haz de la tierra la organización, el sentimiento y el pensamiento».

¡Bello es vivir! como decía el poeta; no hay mayor satisfacción que la vida, y si sabemos vivir con arreglo á aquellos preceptos que los sabios aconsejan, puede alcanzarse la felicidad, pues según opinaba *Krausse*, «siendo el hombre el compuesto armónico más íntimo de la naturaleza y el espíritu, debe realizar históricamente esta armonía y la de sí mismo con la humanidad, en forma de voluntad racional, y por el puro motivo de esta su naturaleza en Dios».

Salomón decía: «La alegría del corazón conserva la edad florida; la tristeza seca los huesos».

Cicerón decía: «La alegría es una opinión del bien presente, en la cual parece cosa justa ensancharse el espíritu».

«¡Honrad á las mujeres! decía *Schiller*. Ellas siembran de rosas el camino de nuestra vida, forman los lazos afortunados del amor y bajo el púdico velo de sus gracias riegan con mano sagrada la flor inmortal de los nobles sentimientos.»

«Las deudas acortan la vida», decía *Joubert*.

«Un corazón muy triste, decía *Almeida*, está dispuesto á cometer los mayores desatinos. En nosotros tenemos la fuente de la verdadera alegría.»

Schopenhauer decía: «Hay que vivir y dejar vivir. Si no podemos cambiar á ciertos individuos, procuremos al menos utilizarlos».

San Pablo decía: «La tristeza del mundo da la muerte».

Roque Barcia escribió: «¿Qué hay en la vida que hasta los infelices la aman tanto? Alguna ley hay en la vida, alguna verdad debe ocultarse en lo profundo de la existencia que explique el amor que nos llama á vivir. ¿Por qué no suponer que hay en la vida algún pensamiento de la Providencia?»

«¡Cuán dichosa edad la nuestra! dijo *Michélet*. ¡ Por medio del hilo eléctrico concuerda el alma de la tierra, unida en su presente; por medio del hilo histórico y la concordancia de los tiempos, le da el sentido de un pasado fraternal y la alegría de saber que un mismo espíritu le ha dado vida!»

Lubbock decía también: «Nunca sabremos apreciar los beneficios sagrados de la salud, de la fuerza y del tiempo. ¡Cuán reconocidos debemos estar por el inestimable don de la vida!»

Nuestro poeta *Trueba* también escribió:

«Canta y serás bendito
de cielo y tierra,
canta y serás salvado
de la tristeza.

Canta y no llores,
que cantando se alegran
los corazones.

Cantan con entusiasmo
Milton y Homero,
cuyos dolientes ojos
no ven el cielo,
ni el sol, ni el campo,
ni las flores que esmaltan
huertos y prados.

Cantan Tasso y Macías,
en cuyo pecho
arde el amor y habitan
penas sin cuento.

Cantan Cervantes
y Camoens, en desdichas
y en genio grandes».

Y para concluir, nada mejor que unos párrafos del admirable Echegaray, gloria de la España moderna:

«¡ La belleza! Lo que es, no lo sabemos por ahora con certidumbre matemática; quizá no lo sepamos nunca; pero que la belleza es algo, que *existe*, que palpita en la naturaleza, y que así como la ola que llega á la playa rompe en espuma, ella, al llegar á cielos y tierra, rompe en hermosuras, en luces y en colores; y que al llegar á las sociedades y á los individuos infunde

en las pasiones, buenas ó malas, hermosuras de idilio ó hermosuras de tragedia, bañándolas ya con las alegres claridades del amanecer, ya con los rojizos ó cárdenos resplandores de la tempestad; y que al llegar al cerebro humano, tanteando por las muchedumbres cráneos de ingrata piedra y cráneos de plasticidad artística, como tantea la lava de volcán resistencias y durezas de la costra sólida de la tierra para brotar en hirvientes ríos y penachos de fuego, cuando encuentra el cerebro del hombre de genio, por él brota como por sublime cráter en mármoles y bronce modelados, en lienzos encendidos de pintores, en cantos de poetas y creaciones mil, graciosas, bellas ó sublimes; y que al llegar al mártir toma palabra humana, y dice entre dolores: *creo*; y al llegar al héroe, dice entre sangrientas victorias: *muero*; y que al llegar al sabio, dice, espantando dudas: *sé*; y que al llegar al corazón, dice, besando ideales: *amo*; y que al llegar á todas las juventudes, dice con todas las alegrías de la mañana: *vivo*; y que al llegar al borde de todos los sepulcros, dice al caer en medio de fantástica ronda de tristezas y esperanzas: *espero*; y que todo esto lo realiza en la naturaleza, y en la sociedad, y en el hombre... ¡ah! que la belleza hace todo esto, nadie puede negarlo

sin negar su propio sér y sin hundirse en la nada, y ni aun hundiéndose en ella: que la belleza suprema fué á llenar los negros abismos de silencio y negrura del caos con las divinas palpitaciones de la creación».

MEDITACIÓN ACERCA DE LA MORAL



MEDITACIÓN ACERCA DE LA MORAL

I

«La moral pública es el resultado de la privada; si, pues, ha de perfeccionarse el Gobierno para los hombres, éstos han de perfeccionarse para los Gobiernos.»

BOSSUET.

Es la moral el principio de todas las relaciones sociales; sin ella, las manifestaciones generales de la cultura irían por tortuosos senderos, sin llegar al recto camino del progreso y de la verdad.

Decía *Cicerón* que «no sólo es falso que no se pueda gobernar á los hombres sin violar la justicia, sino que la pura verdad es que haciendo absoluta justicia, y sólo haciendo justicia, pueden ser gobernados los Estados».

Pero es preciso tener en cuenta que la moral debe partir de abajo arriba, para que robusteciendo el poder individualmente, vuelva de arriba á abajo y favorezca colectivamente.

Los hombres todos debemos tener una alta idea de la moral y practicarla con verdadero ahinco, haciendo cada uno de su casa un santuario del deber.

«Huid del hombre, decía *Homero*, que sin leyes vive, sin familia ni hogar, sin afecciones».....

Cuando los hombres practican cada uno por sí la moral, entonces florecen los Estados; el poder directivo, que recibe la presión de todos, ejecuta con arreglo á la conducta general, y la vida es buena, como debe ser.

Decía *Gladstone*: «Los derechos esenciales é inalienables existen en la persona humana. La familia existe también en esos derechos igualmente esenciales é inalienables que ejerce en su seno la persona humana, elevada al complemento de su dignidad. El Estado no tiene necesidad de proclamar esos derechos anteriores á él, ni está autorizado ni para negarlos ni para eliminarlos; se reduce su misión á protegerlos, y esa misión se refiere al *modo*, no á la *sustancia*; es decir, disponer la mejor manera de ejercitar esos derechos recíprocos, á fin de que no se perjudiquen los unos á los otros en su mutuo desarrollo».

Montagne decía: «La vida no es de suyo ni un bien ni un mal, sino el lugar del bien y del

mal, según que en él se practica el uno ó el otro. En mi dictamen, no el morir, sino el vivir felizmente es lo que constituye la humana felicidad».

También *Olway* decía: «La moral es la base firme y segura de la felicidad pública y particular, y sin ella se arruinan y aniquilan los Estados más poderosos y opulentos. La moral es la verdadera ciencia del hombre, la más importante para él, la más digna de ocupar toda la atención y conato de una criatura verdaderamente sociable. A la moral, pues, pertenece fortalecer el espíritu humano, dar racionalidad al hombre, quitarle los andadores de la infancia y enseñarle á caminar con seguridad y firmeza hacia los objetos realmente apreciables y dignos de que el entendimiento los desee y los busque».

Y, por último, *Balmes* dijo: «Viviendo el hombre solo, el uso de su libertad física no perjudicaría jamás sino á sí mismo; el límite moral de su libertad sería el de satisfacer sus necesidades y deseos con arreglo al dictamen de la razón. Pero viviendo los hombres en sociedad, el ejercicio de la libertad física del uno tropieza por necesidad con el del otro; para impedir el desorden es necesario restringir un poco la libertad física de cada uno, y someterlos á todos á un orden conforme á razón y con-

ducente al bien general; he aquí la necesidad de una legislación civil. Esta no puede establecerse ni conservarse por sí sola; he aquí la necesidad de un poder público. El objeto de la sociedad es el bien general, con sujeción á los principios de la moral eterna; este mismo es el objeto del poder público».

II

«Es esencial en todo gobierno combinar la legislación de modo que los cargos públicos jamás enriquezcan á los que los desempeñan.»

ARISTÓTELES.

Un pueblo honrado debe vigilar las costumbres de los hombres encargados de dirigir los negocios públicos, porque como nadie se aprovecha de lo ajeno con el simple objeto de atesorarlo, sino que trata de vivir hermosamente y rodearse de todas esas satisfacciones que hacen grata la vida, fácilmente se han de notar las diferencias por el pueblo.

Dice *Maquiavelo* que «hay un medio de conocer la bondad ó maldad del ministro. Cuando veas al ministro pensar en él más que en ti, encaminar todas sus acciones á su propia utilidad, puedes asegurar que no es un buen ministro, y que no puedes confiar en él; porque aquel que administra un Estado jamás debe pensar en sí mismo, sino en el príncipe, ni jamás ocuparse en otra cosa que en la administración que le está confiada. Pero el príncipe, por su parte,

para conservarle bueno, debe pensar en su ministro, honrándole, enriqueciéndole, haciéndole que le esté obligado, confiriéndole honores y cargos, para que la abundancia de honores y de riquezas concedidas sea causa de que no desee otras riquezas ni honores, y á fin de que la abundancia de cargos le haga temer todo trastorno en que pudiera perderlos. Por consiguiente, cuando el príncipe y los ministros obran de tal suerte, pueden confiar el uno en otro; cuando obran de otro modo, el fin será siempre funesto para ambos».

Dice *Saavedra Fajardo* en sus «Empresas Políticas»: «Significaban los tebanos la integridad de los ministros, y, principalmente de los de justicia, por una estatua sin manos; porque éstas son símbolo de la avaricia cuando están cerradas, é instrumentos de ella cuando siempre están abiertas para recibir. Esto mismo se representa aquí en el jardín, puestas en las frentes de los viales estatuas sin brazos como hoy se ven en los jardines de Roma. En ellos ningunas guardas mejores que éstas: con ojos para guardar sus flores y frutos, y sin brazos para no tocarlos. Si los ministros fuesen como estas estatuas, más llenos estarían los Erarios públicos y más bien gobernados los Estados, y principalmente las Repúblicas, en las cuales,

como se tienen por comunes sus bienes y rentas, le parece á cada uno del magistrado que puede fabricarse con ellas su fortuna, y unos con otros se excusan y disimulan; y como este vicio crece como el fuego con lo mismo que había de satisfacerse, y cuanto más se usurpa más se desea, cebada una vez la codicia en los bienes públicos pasa á cebarse en los particulares; con que se descompone el fin principal de la compañía política, que consiste en la conservación de los bienes de cada uno. Donde reina la codicia, falta la quietud y la paz; todo se perturba y se reduce á pleitos, á sediciones y guerras civiles; múdanse las formas de los dominios y caen los imperios, habiéndose perdido casi todos por esta causa. Ninguna cosa alborota más á los vasallos que el robo y sobornos de los ministros; porque le irritan con los daños propios, con las injusticias comunes, con la envidia á los que se enriquecen y con el odio al príncipe que no lo remedia. Si lo ignora, es incapaz; si lo consiente, flojo; si lo permite, cómplice, y tirano si lo afecta, para que como esponjas lo chupen todo y pueda exprimirlos después con algún pretexto. ¡ Oh infeliz el príncipe y el Estado que se pierden porque se enriquecen sus ministros! No por esto juzgo que hayan de ser tan escrupulosos que se hagan intratables; por-

que no recibir de alguno es inhumanidad, de muchos vileza y de todos avaricia».

«Las residencias, acabados los oficios, son eficaz remedio, temiéndose en ellas la pérdida de lo mal adquirido y el castigo; en cuyo rigor no ha de haber gracia, sin permitir que con el dinero usurpado se redima la pena de los delitos, como lo hizo el pretor Sergio Galba siendo acusado en Roma de la poca fe guardada á los lusitanos. Si en todos los tribunales fuesen hechos los asientos de las pieles de los que se dejaron sobornar, como hizo Cambises, rey de Persia, y á su ejemplo Rugero, rey de Sicilia, sería más observante y religiosa la integridad.»

Es preciso que la dignidad de todos, bien dirigida y determinada, dé fructíferos resultados. Nada de tolerar el robo con esa calma impasible que nos caracteriza.

Parece que *Catón* escribió para nosotros esta máxima: «Los que roban á los particulares pasan la vida atados de pies y manos; los ladrones públicos viven en medio del oro y de la púrpura».

Efectivamente, en la memoria de todos están esos nombres vilipendiosos que después de robarlos viven tranquilamente y hablan de su *moralidad*.

Para esos copio estas frases de *Setanti*: «El

rigor de justicia ejecutada en persona principal espanta como trueno y hiere como rayo».

«No hay mejores instrumentos para gobernar bien, decía *Tácito*, que los hombres de bien».

También decía *Montesquieu*: «El príncipe que desee saber el gran arte de reinar, no tiene más que llamar á su lado al honor y á la virtud».

Y *Silvela* dijo también que «todo advenimiento de una clase nueva á la política ha producido una alteración favorable á sus intereses en el régimen de la propiedad y de la distribución de la riqueza».

De donde se infiere que aquella gente nueva que sigue la carrera política debe ser muy vigilada, para que no sorprenda la buena fe de quien los empuja. No consiste la política en medrar, sino en gobernar. Para los hombres honrados dijo *Cicerón* que «si quieren pasar por íntegros no basta que muestren su probidad, es menester que se la exijan á los que están cerca de ellos».

«¿Qué prescribe la moral á los que ejercen alguna profesión? decía hace poco el ilustre *Pi y Margall*. Que recojan, organicen y elaboren todos los conocimientos que para bien desempeñarla se necesite, los amplíen y los refuercen por el constante estudio, los apliquen cui-

dadosa y reflexivamente á las tareas que se les encomiende ó á los servicios que se les pida, eviten hasta donde puedan el error, se decidan en sus dudas por lo que les dicten la razón y la conciencia y no exageren la importancia ni la recompensa de sus trabajos.»

También *Salmerón* aconseja que se eduque al pueblo para que «indague en su conciencia la ley de su vida, no codicie el poder sino por el derecho y para el derecho, afirme en él la universal alianza de todos los elementos é intereses sociales; busque, en suma, el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás, bienestar y poder, le vendrá por añadidura».

Es necesario, para la prosperidad de un pueblo, que exista la moral política en las clases directivas, y que los hombres sean suficientemente ilustrados para apreciar tan excelente virtud, agradeciéndola y premiándola, así como también se debe extremar el rigor en aquellos que aprovechan las circunstancias para enriquecerse á costa de los demás.

Los políticos que están muy atentos á las prosperidades de cualquier dinastía y á los provechos de su partido son funestos, y se les podría aplicar aquella frase de *Feuerbach*: «el progreso del Estado y el de la sociedad están en razón inversa».

Decía *Ruiz Zorrilla*: «Siempre he admirado á aquellos que ponen su inteligencia y su trabajo al servicio del pueblo».

Son dignos de admiración y respeto aquellos que defienden desinteresadamente la causa popular y se desviven por implantar una política social beneficiosa para todos.

Y para concluir, repitamos un precepto de *Salomón*: «Mejor es la buena fama que los perfumes exquisitos».

III

«La virtud tiene en todas las cosas mando y señorío; á ella ha de servir todo lo demás, según su fin propio.

»Virtud llamo dar á Dios y á los hombres aquello que debemos, que es honra, acatamiento y servicio á Dios, amor á las gentes y voluntad de bien obrar.

»Todas las demás cosas no serán malas en tanto que á esta virtud se encaminen.»

LUIS VIVES.

No entra por ahora en mis deseos, ni el espacio tampoco lo permite, entrar en disquisiciones filosófico-morales, para explicar la bondad y la maldad de las acciones humanas, y conocer la naturaleza de las virtudes y los vicios.

Obra más pequeña me propongo. Sólo apuntaré breves indicaciones acerca de la necesidad y grandeza de la virtud, con la autoridad de aquellos nombres inmortales que debemos respetar.

Nuestro gran historiador *Antonio de Solís* dijo que «no hay entendimiento tan incapaz que no conozca la fealdad de los vicios, por más que los abrace la voluntad y los desfigure la costumbre».

El doctor *Swift* decía que «los hombres tienen por lo común bastante religión para aborrecerse, mas muy raras veces la necesaria para amarse los unos á los otros».

El gran moralista *Olway* aseguró que «el bien supremo consiste en la buena conciencia, y la virtud es el único medio que nos guía á este fin».

«Por una ley constante, decía *Juvenal*, jamás puede el malvado gozar de una felicidad pura en este mundo.»

«Es la gloria, decía *Cicerón*, la verdadera recompensa de la virtud; nada hay más poderoso que ella para excitar á los hombres de un superior talento á las buenas y grandes acciones.»

«Es necesario, decía *Quilón*, olvidar el bien que se hace á otro y sólo tener presente el que se recibe.»

Tácito hace observar que «el desprecio de la reputación conduce al desprecio de la virtud».

«La palabra virtud, dice el citado *Vives*, tiene dos acepciones: una en cuanto es fin de todas las cosas, que es cumplida y singular perfección de nuestra naturaleza, y así se llama sumo bien y bienaventuranza, en que, sin mezcla de trabajo ni de pesadumbre, se consiguen deleites y gozos perpetuos é infinitos, que nacen del verdadero conocimiento y bienaventu-

rada contemplación y amor de Dios. Esta singular virtud, como quiera que aquí alcanzamos de ella tan poco, y que consiste en perfección, ni los hombres la pueden enseñar ni dar de gracia; solamente sin nosotros merecerla se da por la infinita misericordia de Dios y por su inmensa gracia, á quien, con grande humildad, la hemos de pedir.

»La segunda virtud es la que se emplea en los ejercicios comunes de la vida, se gana con buenas obras y consiste en una costumbre ó hábito, que casi se torna en naturaleza, de obrar siempre conforme á la razón, cuando la voluntad doma y sujeta las pasiones.»

Dice *San Francisco de Sales* que «hay algunas virtudes cuya práctica es casi universal, y que no sólo se han de ejercitar en sus propios actos, sino que también han de revestir de sus propiedades los actos de todas las demás virtudes. No suelen ofrecerse con frecuencia ocasiones de practicar la fortaleza, la magnanimidad y la magnificencia; pero la dulzura, la templanza, la urbanidad y la humildad son tales, que todas nuestras acciones deben tener como una tintura de ellas. Más excelentes son sin duda otras virtudes; pero es necesario el uso de éstas, así como el de la sal es más general y continuo que el del azúcar, á pesar de ser el azúcar

más excelente que la sal. Por tanto, de estas virtudes generales es necesario tener gran provisión y muy á mano, pues se han de estar usando casi de continuo».

«En cada estado se necesita ejercitar alguna especial virtud; unas virtudes son propias del prelado, otras del príncipe, otras del soldado, otras de la mujer casada y otras de la viuda; y aunque todos deben tener todas las virtudes, no deben todos practicarlas igualmente, sino dedicarse cada uno con particular esmero á las que sean propias de su estado y vocación.»

«Entre las virtudes que no pertenecen á nuestras particulares obligaciones, se han de preferir siempre las más excelentes y no las más visibles. Ordinariamente, los cometas parecen mayores que las estrellas y abultan más á nuestra vista; sin embargo, no son comparables con las estrellas ni en grandeza ni en calidad, y si parecen más grandes es porque están más cerca de nosotros y en un fluido mucho más grosero que el que circunda las estrellas. Del mismo modo hay ciertas virtudes, las cuales, por estar más cerca de nosotros y ser más sensibles y materiales, si se puede hablar así, son muy estimadas y preferidas siempre á las demás por el común de las gentes, que de ordinario prefieren la limosna temporal á la espiritual, el cili-

cio, el ayuno, la desnudez, la disciplina y las mortificaciones corporales á la dulzura, bondad, modestia y otras mortificaciones del corazón; con todo, son éstas mucho más excelentes.»

«Es muy útil escoger cada uno el ejercicio particular de alguna virtud, no para descuidarse de las demás, sino para tener ocupado el espíritu con más arreglo y orden.»

«El rey San Luis visitaba como por obligación los hospitales, y servía con sus propias manos á los enfermos; San Francisco amaba sumamente la pobreza, hasta llegar á llamarla su señora; Santo Domingo, la predicación que dió nombre á su Orden; San Gregorio el Magno tenía especial gusto en regalar á los peregrinos, á ejemplo del patriarca Abraham, y recibió como él al Rey de la gloria en figura de peregrino; Tobías ejercitaba la caridad enterrando los muertos; Santa Isabel, siendo tan gran princesa, amaba sobremanera el desprecio de sí misma; Santa Catalina de Génova, después de viuda, se dedicó á servir en el hospital.»

«Cuando nos hallamos tentados de algún vicio, es necesario hacer todo lo posible para practicar la virtud contraria, dirigiendo á ella las demás; pues de esta manera venceremos á nuestro enemigo, sin dejar por eso de adelantar en todas las demás virtudes.»

El conocimiento de nuestros deberes y la práctica de ellos nos perfeccionan constantemente; cada hombre en sociedad debería decirse: «Yo soy hombre, y los hombres que me rodean son mis semejantes en todo. Yo soy sensible, y todo me demuestra que los otros son, del mismo modo, sensibles al placer y al dolor; yo busco el primero y temo el segundo; los otros, pues, semejantes á mí, deben tener los mismos deseos y los mismos temores. Yo aborrezco á los que me hacen mal ú oponen obstáculos á mi felicidad; conque yo también seré odiado y aborrecido de aquellos á cuyos deseos me oponga con mi voluntad y mis acciones. Yo amo á los que contribuyen á mi felicidad; yo estimo á los que me procuran una existencia agradable; por ellos no habría cosa que no hiciese; luego para ser estimado y querido de los otros mis semejantes, debo igualmente contribuir á su bienestar y á su felicidad».

En estas reflexiones tan sencillas y naturales ha de fundarse la moral.

«Considere el hombre lo que él es y lo que desea, y hallará que la naturaleza misma le inclina á la virtud y le enseña el modo de merecer el amor de los hombres.»

Aconseja *Séneca* que «la virtud es un arte que se debe aprender», porque como dice *Cice-*

rón, «la virtud es la perfección de la naturaleza».

«Quien busca la felicidad, escribió *Castelar*, en el desmedido logro de las desapoderadas ambiciones y no en la satisfacción de los afectos tiernos y sencillos, es como quien creyera satisfacer la sed en el oleaje amargo de los mares y no en el agua de clarísima recatada fuente.»

IV

«Amad á vuestros enemigos; haced bien á los que os aborrecen; bendecid á los que os maldicen, y orad por los que os calumnian. Como queréis que os hagan los hombres, así haceldes también vosotros. Venid á mí todos los que andáis trabajados y cansados, que yo os aliviaré. Amaos los unos á los otros Sed perfectos como nuestro Padre que está en los cielos.»

JESUCRISTO.

¡Qué hermosa y qué dulce es la moral de Cristo! Hay un puro amor, un fuego vivo en sus consejos. La fraternidad universal tiene en Cristo su más firme sostén.

En nuestros actuales tiempos de crisis religiosa, en que el poder tradicional reacciona con detrimento futuro de sus intereses, y el espíritu frío y reflexivo de la época examina á fondo las grandes cuestiones, son las palabras de Jesús dulce estímulo para los que esperan un estado de cosas perfectamente en armonía con el espíritu del siglo, y saben entrever nuevos horizontes de prosperidad para una religión que se cimentó con sangre en el Calvario.

La doctrina de Cristo es eterna, por lo mismo que es eterna la moral.

«¡ Sólo el cristianismo, decía *Pidal*, mira como dado á Dios un vaso de agua dado á un pobre y lo recompensa con el cielo!»

«La religión y la moral, si no son una cosa misma, lo parecen al menos, dijo *Cánovas del Castillo*. Y en verdad nada hay más raro que hallarlas por separado en lós hombres.»

León XIII, que como dijo el cardenal Monescillo ha logrado con su sabia política mantener el espíritu de concordia entre reyes y pueblos, dijo que «en tan grande y universal extravío de opiniones, deber es de la Iglesia tomar el patrocinio de la verdad y extirpar de los ánimos el error; deber que está obligada á cumplir siempre é inviolablemente, porque á su tutela ha sido confiado el honor de Dios y la salvación de las almas».

En estas memorables palabras del sucesor de San Pedro están contenidas las modernas aspiraciones de los pueblos cultos.

Pero resulta que cada pueblo recibe una aplicación especial de la idea general de *León XIII*, y en unas naciones resulta la Iglesia más en armonía con el espíritu general que en otras.

España, con su atraso intelectual, no recibe perfecta aplicación de las palabras del Pontífice, y los espíritus ilustrados encuentran falta de ambiente en el espacio religioso, pues como dijo

Clemente XIV, «es imposible hacer entrar en razón á los que han adoptado una opinión exclusivamente ajustada á sus intereses». También aconsejó el citado Papa que huyéramos de los santurrones como de los hombres relajados, porque «muchos pecadores pasan su vida ofendiendo á Dios y confesándose».

«Para domeñar las almas bárbaras, decía *Schopenhauer*, y apartarlas de la injusticia y de la crueldad, no es útil la verdad, porque no pueden concebirla; lo útil es el error, un cuento, una parábola. De ahí procede la necesidad de enseñar una fe positiva.»

«La moral del Cristianismo es infinitamente superior á las de todas las demás religiones que antes aparecieran en Europa. Pero ¿quién podría creer que la moralidad de los europeos haya mejorado en la misma proporción, ni siquiera que sea actualmente superior á la de los otros países? Esto sería un gran error; porque entre los mahometanos, los guebros, los indostánicos y los buddhistas se encuentran por lo menos tanta honradez, fidelidad, tolerancia, dulzura, beneficencia, generosidad y abnegación como entre los pueblos cristianos. Además, sería larga la lista de las crueldades bárbaras que han acompañado al Cristianismo. Cruzadas injustificables, exterminio de gran parte de los primi-

tivos habitantes de América y colonización de esta parte del mundo con esclavos negros, arrancados sin derecho ni sombra de derecho de su suelo natal, y condenados toda su vida á un trabajo de galeotes; persecución infatigable de los herejes, tribunales de Inquisición que claman venganza al cielo, noche de San Bartolomé, ejecución de diez y ocho mil holandeses por el Duque de Alba, etc., etc., otros tantos hechos poco favorables que dejan en la incertidumbre acerca de la superioridad del Cristianismo.»

Podrá indicarse que los procedimientos de la Iglesia han sido una necesidad de las circunstancias y del tiempo, que sabe y tiene condiciones para ir al lado del progreso, pero hay que reconocer sus extravíos y sus virtudes.

Grande es la Iglesia; Jesucristo la fundó, pero la Iglesia ha tenido también hombres muy pequeños.

Decía *San Pablo*: «Habéis de tener en vuestros corazones los mismos sentimientos que Jesucristo tuvo en el suyo». Si los que han dirigido los destinos del mundo hubieran tenido en cuenta el consejo de *San Pablo*, no se hubiera evangelizado á los pueblos por la fuerza de las armas, sino que la bondad de la doctrina cristiana se hubiera impuesto por el amor.

Antiguo es predicar desde la cátedra sagrada aquellos procedimientos en armonía con ciertos intereses temporales; el notable historiador lisbonense *Melo*, dice en la «Guerra de Cataluña»: «El púlpito, lugar dedicado á las verdades, así se ofende de la lisonja como de la imprudencia; de ordinario aquel grano corresponde en gran cosecha sembrado en ánimos sencillos; miren los labradores del Señor qué semilla escogen».

«Nada daña tanto á la sabiduría cristiana, dijo *León XIII*, como no ser conocida, pues siéndole bien entendida, basta ella sola para rechazar todos los errores.»

Es *León XIII* una de esas grandes figuras que aparecen de tarde en tarde en la humanidad para señalarnos el recto camino. Instrúyanse los hombres en todas las ciencias, y entiendan la religión, que es buena, y mejor si la explican hombres como el actual Pontífice, pues el hombre, en la variedad infinita de sus conocimientos, no puede formarse un cuerpo de doctrina especial que le separaría de la vida de relación.

«Nadie se aparte del camino de la verdad, sigue diciendo *León XIII*. Los que sólo tienen por guía á la razón, muy difícil si no imposible es que puedan tener unidad de doctrina, porque

el arte de conocer las cosas es por demás difícil y se distrae por la variedad de opiniones, y no pocas veces le engaña la imaginación; á lo cual se agregan los deseos desordenados, que muchas veces ó quitan ó por lo menos disminuyen la facultad de ver la verdad. Por esto, en el gobierno de los pueblos, se procura muchas veces que estén unidos por la fuerza aquellos cuyos ánimos están discordantes.»

«Se fia la paz pública y la conservación del orden á sola la fuerza material, pero la fuerza sin la salvaguardia de la religión es por extremo débil; á propósito para engendrar la esclavitud más bien que la obediencia, lleva en sí misma los gérmenes de grandes perturbaciones.»

Es la religión cristiana la religión de la verdad; sigamos todos por el buen camino, pero cuiden los encargados de dirigir al pueblo de no extraviarle una vez más; enséñenle para que crea más y mejor, y en vez de un pueblo fanático, harán el pueblo escogido de Dios.

Dijo *Palissot* que «el fanatismo es á la religión lo que la hipocresía es á la virtud».

Los hombres, decía *Roque Barcia*, debemos «realizar el bien de todos dentro del derecho de todos; he aquí la última, la suprema definición de la libertad. Ser liberales de otra manera, no

es ser liberales, sino mercaderes, ó habladores, ó tontos. Esto es lo que dicen todos los pueblos, todos los siglos, todos los hombres».

«La humanidad entera, decía *Balmes*, se ha ocupado y se está ocupando de la religión; los legisladores la han mirado como el objeto de la más alta importancia; los sabios la han tomado por materia de sus más profundas meditaciones; los monumentos, los códigos, los escritos de las épocas que nos han precedido, nos muestran de bulto este hecho que la experiencia cuida de confirmar; se ha discurrido y disputado inmensamente sobre la religión; las bibliotecas están atestadas de obras relativas á ella, y hasta en nuestros días la prensa va dando otras á la luz en número muy crecido; cuando, pues, viene el indiferente y dice: todo esto no merece la pena de ser examinado; yo juzgo sin oír; estos sabios son todos unos mentecatos, estos legisladores unos necios, la humanidad entera es una miserable ilusa, todos pierden lastimosamente el tiempo en cuestiones que nada importan; ¿no es digno de que esa humanidad, y esos sabios, y esos legisladores se levanten contra él, arrojen sobre su frente el borrón que él les ha echado y le digan á su vez: ¿quién eres tú que así nos insultas, que así desprecias los sentimientos más íntimos del corazón y todas las

tradiciones de la humanidad? ¿qué así declaras frívolo lo que en toda la redondez de la tierra se reputa grave é importante? ¿Quién eres tú? ¿Has descubierto por ventura el secreto de no morir? Miserable montón de polvo, ¿olvidas que bien pronto te dispersará el viento? Débil criatura, ¿cuentas acaso con medios para cambiar tu destino en esa región que desconoces? La dicha ó la desdicha, ¿son para ti indiferentes? Si existe ese juez de quien no quieres ocuparte, ¿esperas que se dará por satisfecho si al llamarte á juicio le respondes: y á mí que me importan vuestros mandatos ni vuestra misma existencia? Antes de desatar tu lengua con tan insensatos discursos, date una mirada á ti mismo, piensa en esa débil organización que el más leve accidente es capaz de trastornar, y que brevísimo tiempo ha de bastar á consumir; y entonces siéntate sobre una tumba, recógete y medita.»

Verdaderamente que es necesaria la religión; el propio *Schopenhauer* lo declara en éstas palabras: «Las religiones son necesarias al pueblo, y son para él un inestimable beneficio. Hasta cuando pretenden oponerse á los progresos humanos en el conocimiento de la verdad, hay que hacerlas á un lado con todos los miramientos posibles».

Balmes presenta este ejemplo á los indiferentes en religión: «Un viajero encuentra en su camino un río caudaloso; le es preciso atravesarlo; ignora si hay algún peligro en éste ó aquél vado, y está oyendo que muchos que se hallan como él á la orilla ponderan la profundidad del agua en determinados lugares, y la imposibilidad de salvarse el temerario que á tantearlos se atreviese. El insensato dice: qué me importan á mí esas cuestiones, y se arroja al río sin mirar por dónde. He aquí el indiferente en materia de religión».

Ya dijo *Sócrates* que «vida sin examen no es vida». El notable dramaturgo *Tamayo y Baus* dijo también que «nada puede esperarse de los que en nada tienen fe».

Pero no obstante, y á pesar de que *San Pablo* dijo: «Examinadlo todo, retened lo bueno», hay que tener presentes también las palabras de *San Juan*: «Amados, no creáis á todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios».

Porque en la muchedumbre de opiniones se extravía el juicio, y hay que tener un gran discernimiento para no caer fácilmente en el error. *Tales de Mileto* dijo «que las muchas palabras no indican mucha sabiduría».

Decía *Feijoo* que «si á la pluralidad de voces se hubiese de fiar la decisión de la verdades, la

sana doctrina se había de buscar en el Alcorán de Mahoma, no en el Evangelio de Cristo. No los decretos del Papa, sino los del *musti*, habrían de arreglar las costumbres; siendo cierto que más votos tiene á su favor en el mundo el Alcorán que el Evangelio».

Dijo *Epicteto* en sus memorables máximas que «la primera cosa que es necesario aprender es que hay un Dios que gobierna todo por su providencia y á quien no pueden estar ocultos, no solamente nuestros actos, sino nuestros pensamientos y voliciones. Luego debe examinarse su naturaleza. Una vez bien determinada y conocida su naturaleza, es necesario que los que quieren agradarle y ofrecerle se esfuercen por parecerse á Él; que sean libres, fieles, bienhechores, misericordiosos, magnánimos. Todos los pensamientos, todas las palabras, todas las acciones, sean, pues, las acciones, palabras y pensamientos de un hombre que imita á Dios y que procura tener con Él alguna semejanza».

Kant decía: «Haz el bien por el bien, no emplees jamás la humanidad como un simple medio. Respétala como un fin». Y *Kempis* escribió: «Tú sabes excusar y disimular muy bien tus faltas, y no quieres oír las disculpas ajenas; más justo sería que te acusases á tí y excusases á tu hermano. Sufre si quieres que te sufran».

«Sé uno con toda la humanidad, dijo *Castelar*. Padece con los que han padecido, llora con los que han llorado, y si participas de todos sus dolores, participarás también de su gloria y vivirás de su vida.»

Y, por último, dijo el eminente *Krausse*: «La religión del amor, fundada por Jesucristo bajo la forma exterior de la Iglesia cristiana, ha traído entre todas las instituciones sociales el más precioso fruto de salud sobre la tierra. A esta religión debe la Europa que el puro humanismo sea hoy la base de su civilización, ejemplo y maestra de las restantes de la tierra. Jesucristo ha despertado el sentimiento de la dignidad humana en todo hombre, bajo todo cielo y en todos los estados sociales; ha encendido la celestial llama del amor entre los hombres: la caridad. Esta pureza de motivo, esta intimidad de sentimiento, esta disposición universal á amarse los hombres como hermanos en nombre de Dios padre no la conocieron los griegos, el pueblo más culto del mundo antiguo. Pero la idea cristiana y la sociedad religiosa fundada en esta idea admite en su disciplina y relaciones exteriores nuevos desarrollos y complementos en armonía con la historia progresiva humana. El renacimiento actual de la ciencia y el arte, los graves hechos de la historia presente

que llaman otra vez los hombres á Dios, y mueven á estudiar la ley divina en la historia, todo hace esperar en la sociedad religiosa un nuevo progreso bajo el espíritu y doctrina cristiana».

V

«Acabó Dios en el día séptimo la obra que hizo, y reposó el día séptimo de toda su obra. Y bendijo Dios el día séptimo.»

MOISÉS.

«Sed imitadores de Dios, como hijos amados.»

SAN PABLO.

El descanso dominical es uno de los aspectos más interesantes de la moral. El hombre necesita además del descanso nocturno, reparador de las fuerzas, el descanso del domingo para dedicarlo á las prácticas religiosas, al descanso de sus facultades y á la satisfacción y goce de la familia.

Santificar las fiestas es el tercer mandamiento de la ley de Dios, y en España, que es un país marcadamente católico, no se cumple la moral en el divino mandato.

La religión de muchos en España es el interés y la explotación de los subalternos, y ¡claro está! ¿cómo han de conceder el descanso total del domingo, si creen sus intereses perjudicados por esa libertad natural?

A todo conceder, y por cumplir aquellas formas exteriores que pondrían de relieve la miseria de sus sentimientos, conceden la indulgencia del descanso por la tarde.

Valiera más que no dejaran libertad alguna, pues de ese modo vendría más pronto toda la libertad á que el hombre tiene derecho, porque las enfermedades y aun la muerte prematura son los resultados del trabajo continuado.

Dijo *Isaías*: «Bienaventurado el hombre que guarda el día de reposo de no profanarlo, y que guarda su mano de hacer todo mal. Si al día de reposo llamas delicias, santo, glorioso del Señor, y lo venerares, no haciendo tus caminos ni buscando tu voluntad, entonces te deleitarás en el Señor, y te hará subir sobre las alturas de la tierra».

Dice *San Lucas* que «Jesucristo entró conforme á su costumbre el día de reposo en la Sinagoga».

«El día de reposo, dijo *Cristo*, por causa del hombre es hecho.»

Nehemías advirtió: «Cuando los pueblos de la tierra trajeren á vender mercaderías y comestibles en el día de reposo, nada tomaremos de ellos».

El Papa *León XIII* dice: «Ni el hombre mismo, aunque quiera, puede permitir que se

le trate de un modo distinto del que á su naturaleza conviene, ni querer que su alma sea esclava; pues no se trata aquí de derechos de que libremente pueda disponer el hombre, sino de deberes que le obligan para con Dios y que tiene que cumplir religiosamente. Síguese de aquí la necesidad de descansar de las obras ó trabajos en los días festivos. Lo cual no se ha de entender de una mayor facultad que al hombre se conceda de vagar ociosamente, y mucho menos de esa vacación, que muchos desean, fautora de vicios y promotora del derramamiento del dinero, sino del descanso completo de toda operación laboriosa, consagrado por la religión. Cuando al descanso se junta la religión, aparta al hombre de los trabajos y negocios de la vida cotidiana para levantarle á pensar en los bienes celestiales y á dar el culto que de justicia debe á la eterna Divinidad. En esto principalmente consiste, y este es el fin primario del descanso que en los días de fiesta se ha de tomar; lo cual Dios sancionó con una ley especial en el antiguo Testamento: «Acuérdate de santificar el día de sábado»; y con su mismo ejemplo lo enseñó, con aquel descanso misterioso que tomó cuando hubo fabricado al hombre, y reposó el día séptimo de toda la obra que había hecho».

«Por lo que toca á la defensa de los bie-

nes corporales y externos, sigue diciendo *León XIII*, lo primero que hay que hacer es librar á los pobres obreros de la crueldad de hombres codiciosos, que á fin de aumentar sus propias ganancias abusan sin moderación alguna de las personas, como si no fueran personas, sino cosas. Exigir tan gran tarea que con el excesivo trabajo se embote el alma y sucumba al mismo tiempo el cuerpo á la fatiga, ni la justicia ni la humanidad lo consienten. En el hombre toda su naturaleza, y consiguientemente la fuerza que tiene para trabajar, está circunscrita con límites fijos, de los cuales no puede pasar. Auméntase, es verdad, aquella fuerza con el uso y ejercicio, pero á condición de que de cuando en cuando deje de trabajar y descanse.»

El doctor *Farr* dice: «La observancia del domingo debe contarse, no sólo entre los deberes religiosos, sino también entre los deberes naturales, si lo es el de la conservación de la vida, y el hombre que la destruye prematuramente es culpable de suicidio».

Gladstone, jefe del partido liberal inglés, dijo que «la larga experiencia de una vida laboriosa le había convencido de la necesidad del descanso del domingo, á fin de conservar las facultades y el cuerpo del hombre en un justo equilibrio».

Adam Smith dijo: «Un trabajo penoso, físico ó intelectual, continuado durante muchos días sin interrupción, produce, en la mayor parte de los hombres, gran deseo de descanso; deseo que llega á ser irresistible si no está reprimido por la fuerza ó por una necesidad cualquiera. Es la voz de la naturaleza, que quiere imperiosamente algún alivio, muchas veces por medio del reposo, pero otras por los placeres y las diversiones. Si no escuchamos esta voz, las consecuencias suelen ser peligrosas y en no pocos casos fatales; de tal manera que casi siempre, más pronto ó más tarde, causan una incapacidad particular para el oficio que se ejercía..... En toda clase de profesiones el hombre que trabaja con bastante moderación, para poder trabajar constantemente, no sólo conserva su salud más tiempo, sino también, en el curso del año, es el que ejecuta más cantidad de trabajo».

En el número de los que defienden el descanso dominical se encuentran *Le Play*, *Lord Beaconsfield*, *Macaulay*, *Proudhon*, *Brentano*, *Washington*, el *P. Ventura*, *Montalembert* y otros muchos. Y sin recurrir á los ilustres pensadores, el descanso dominical, como ley de la naturaleza, está defendido por todos los hombres de buena voluntad.

Cristóbal Botella, que se ocupa en su citada

obra, «El Socialismo», de las leyes de otros países referentes á este importantísimo tema, nos suministrará algunos datos curiosos:

«Suiza, en el art. 14 de su ley federal de 23 de marzo de 1877, prohíbe el trabajo industrial en domingo y en otros días feriados, con la única excepción de las industrias que por su naturaleza exijan labor constante y obtengan del Consejo federal la correspondiente autorización para no interrumpirla, y aun estas industrias exceptuadas tienen la obligación de dejar á los obreros un domingo libre cada dos semanas. Hay que advertir, además y por último, que las excepciones no rezan con los menores de diez y ocho años, ni con las mujeres, pues unos y otros deben descansar, en todo caso, los días de fiesta.»

«En Austria, el art. 75 de la ley de 8 de marzo de 1885 contiene exactamente las mismas reglas restrictivas de la legislación helvética, sin más diferencia que la de no limitar en favor de los menores ni de las mujeres las excepciones que admite el ministro de Comercio para determinadas industrias.»

«Los códigos penales de Suecia y Noruega prohíben el trabajo en domingo y días feriados, y el sueco señala, como excepciones al principio general, las que impongan labores impres-

cindibles, ó las que nazcan de la necesidad inexcusable de atender á la propia ó á la ajena subsistencia.»

«Dinamarca ofrece sobre este asunto leyes distintas, y aunque sus preceptos no son claros y terminantes, resulta como cosa evidente que esas leyes imponen en absoluto á los menores, y por regla general á los adultos, el descanso en domingos y fiestas de la Iglesia nacional.»

«Menos concretas y categóricas que la de Suiza son en este punto las legislaciones de Alemania, Hungría y Rusia, á pesar de apoyarse sus organismos políticos en principios más autoritarios.»

«Alemania no prohíbe á los mayores de edad que trabajen en domingos ni en días feriados. El art. 136 de la ley de 17 de julio de 1878 establece esa prohibición únicamente para los menores de diez y seis años. Pero esa misma ley consigna reglas explícitas á fin de que los patronos no puedan obligar á trabajar á los obreros en las festividades señaladas taxativamente por cada uno de los diversos Estados alemanes.»

«Hungría tampoco impone, en forma directa, el descanso dominical más que en favor de los niños, según la ley de 18 de mayo de 1872, que también establece que ha de conce-

dérseles el tiempo necesario para cumplir sus deberes religiosos en los demás días de fiesta. Una ley posterior, la de 21 de mayo de 1884, obliga á los patronos á facilitar á los aprendices y obreros mayores de edad vagar bastante para asistir á los oficios religiosos.»

«Rusia, en el *ukase* de 1.º de junio de 1882, establece, para los menores de quince años, el reposo semanal, y declara que los convenios particulares sobre el trabajo en domingo, celebrados entre patronos y trabajadores mayores de edad, no tendrán fuerza de obligar mientras no estén aprobados por los inspectores de fábrica del Gobierno.»

«Más precisas y enérgicas, en favor del descanso dominical, son las leyes de los Estados Unidos de América. Difícil es el examen y más difícil aún la exposición sintética de las legislaciones diferentes de los cuarenta y cuatro Estados autónomos que forman la unión americana, sobre todo siendo muy limitado el alcance de la jurisdicción federal, como lo es en todas las materias legislativas, y especialmente en las de esta índole. La legislación federal, allí donde alcanza, prohíbe el trabajo dominical, y lo prohíbe también, por modo más terminante y absoluto que los demás Estados, el de Nueva York, que castiga, según el Código penal de

1882, al profanador del domingo con cinco días de arresto y 10 *dollars* de multa. Incurren en esta falta los que ejecutan cualquier trabajo servil, y hasta los que realizan sus negocios ó toman parte en diversiones públicas, entre las cuales incluye la pesca expresamente el Código. Eleva las penas al extremo de imponer, á todo empresario que abra su teatro en domingo, una multa de 500 *dollars* por cada persona que asista al espectáculo. Realmente los Estados Unidos de América, con perfecta unanimidad en la idea, prohíben trabajar en días feriados, y cada uno de ellos desenvuelve de una manera especial, dentro de su propia legislación, el principio prohibitivo. Un hecho notable muestra hasta qué punto la santificación del domingo se considera en la República Norteamericana como una institución de carácter público: las famosas Exposiciones Universales de Filadelfia y Chicago permanecieron cerradas constantemente en los días festivos.»

«No es posible prestar atención al estudio del descanso dominical sin recordar leyes y costumbres inglesas. Anteriores á la Reforma hay *Actas* muy estrechas y severas de Eduardo III, Enrique VI y Eduardo IV. Posteriores á la Reforma existen otras emanadas unas veces de los reyes, como Isabel, Eduardo VI, Jacobo I,

Carlos I y II, y Guillermo III y Jorge III, y otras dictadas por los Parlamentos, entre las que figuran dos muy interesantes del *Parlamento largo*, una de 1644 y otra de 1650, prohibiendo trabajar y hasta *vanos y profanos* paseos en días festivos. Nadie ha derogado las antiguas leyes; pero no es necesaria su aplicación penal, pues el reposo hebdomadario vive de tal modo en las costumbres, que con razón ha dicho *Taine* que, en Inglaterra, ningún espectáculo sorprende tanto la atención de los extranjeros como el que ofrece Londres en los días de fiesta. Entre los preceptos legislativos modernos se encuentran algunos, como las *Actas* de 1880, que prohíben los entierros en domingo; la de 1872, que ordena no se computen en el tiempo de procedimientos electorales los domingos; la de 1874, que en los días de fiesta no permite vender licores al por menor más que á determinadas horas, y la de 27 de mayo de 1878, que dispone que no trabajen el domingo los niños, los adolescentes ni las mujeres en los establecimientos industriales, salvo los casos de necesidad diaria, de urgencia y de no permitir interrupción la industria.»

«Las leyes de Francia, Holanda y Bélgica mantienen entre sí cierta semejanza. Francia, en la de 19 de mayo de 1874, prohíbe trabajar

en los domingos y fiestas legales á los varones menores de diez y seis años, y á las hembras hasta la mayor edad. Holanda, en la ley de 5 de mayo de 1889, señala las mismas reglas para los niños y adolescentes, y extiende la prohibición para las mujeres hasta la mayor edad. En Bélgica, á pesar de que el art. 15 de la Constitución dice *que nadie puede ser obligado á observar los días de descanso*, la ley de 13 de diciembre de 1889 prescribe que los varones hasta los diez y seis años y las hembras hasta la mayor edad solamente pueden trabajar seis días á la semana, salvo las excepciones temporales ó condicionales concedidas por real disposición respecto á los que hayan cumplido catorce años.»

«Tales son las notas más salientes de las legislaciones modernas sobre el descanso en domingo.»

«En la mencionada Conferencia internacional de Berlín, los representantes de varios Estados defendieron con gran empeño principios rigurosos y severos en esta cuestión. Inglaterra y Suiza, á la vez que otras naciones, se mostraron partidarias decididas de la prohibición del trabajo en domingo á los obreros menores y mayores de edad.»

«Allí se evidenció el hecho de que todas las

naciones europeas, menos Italia, Portugal y España, han legislado modernamente acerca de la materia, reconociendo por modo unánime con sus propios actos, á pesar de la diversidad de sus criterios, el derecho incontrastable que corresponde al Estado para intervenir en este asunto, que importa á la vez, por causas distintas, á la religión, á la sociedad, á la economía y á la higiene.»

Después de esta ojeada por las diferentes legislaciones de los Estados más cultos, debemos declarar, por lo que á España se refiere, que las aplicaciones de la ley están en armonía con la cultura española.

No es extraño que en cierto modo haga cada cual lo que le parezca, y cada uno imponga la ley en su casa en perjuicio de los inferiores.

Si la ley no viene de arriba, mal pueden verificar la justicia los de abajo. La política española es pobre; todas son cuestiones de partido, es decir, cuestiones pequeñas, y en cambio, la cuestión general, el bien de todos, preocupa á muy pocos, y éstos generalmente no poseen ó la energía necesaria para realizar las ideas ó las condiciones morales precisas para imponerse en nombre de los más.

Por lo tanto, y en vista de los latrocinios morales que sufrimos todos los que ganamos el

pan «con el sudor de la frente», es preciso y debemos exigir por aquellos medios que la razón señala en armonía con la justicia que se nos devuelva un derecho sagrado, para que á su vez cumplamos nosotros el deber contraído con el Creador de dedicarle el día séptimo.

Si las leyes nos niegan un derecho tan sacrosantísimo, «la revolución será el resultado de las malas leyes», como decía *Pi y Margall*.

VI

«El arte es ante todo imaginación, y la imaginación es más que nada el *símbolo*. Tal es el secreto del arte.»

GONZÁLEZ SERRANO.

Declaro resueltamente que, en materia de arte, estoy de acuerdo con mi buen amigo y maestro *Ginard de la Rosa*. Lo mismo que él, «soy naturalista, romántico, clásico, partidario de todos los géneros, excepto del consabido género fastidioso de que hablaba Boileau».

Y además creo, como dice *González Serrano*, también maestro mío muy querido, que «el arte es ante todo imaginación, y la imaginación es más que nada el *símbolo*».

Cierto que sí; la humanidad necesita más que ideas, necesita *símbolos*; de aquí el arte.

Todas las grandes ideas son *símbolos*; la humanidad prefiere la sencilla idea de un Dios sentado en resplandeciente trono, juzgando á los mortales con voz de trueno, á la meditación metafísica de Santo Tomás, considerando y analizando la idea de Dios con aquella grandiosa

penetración y sublime acierto de la *Summa Teológica*.

Escribió *Cervantes* su inmortal *Quijote*, y al querer pintar un hombre retrató á todo el género humano. *Don Quijote* es un símbolo.

La Divina Comedia, *La Vida es Sueño*, *El Paraíso Perdido* y tantas obras más, son otros tantos símbolos.

Símbolo, el más grande, es la *Biblia*, y en general toda obra de la imaginación necesita encarnarse en un hecho positivo para que las gentes la reconozcan y estimen.

Sólo para Dios bastan los principios de las cosas para *conocerlas* en sus desarrollos infinitos y eternas formas; los hombres las *conocemos* en principio al crearlas por inspiración, pero no podemos contemplarlas sino relativamente por medio del *símbolo*.

Este es el secreto del arte, y puesto que el arte es así, declaremos también que no hay arte sin moral. Puede cualquiera hacer una obra que trate de actos abominables y los presente con elegante forma: ni eso es arte ni puede ser docente; necesita una obra que sea imperecedera llevar en sí el sello invisible de la moral.

«La distinción artística, decía *Alarcón*, no arguye contradicción, y si bien consideramos como *distintas* estas tres ideas supremas, bon-

dad, verdad y belleza, las contemplamos en una armónica unidad absoluta, donde no cabe antagonismo; afirmanse, por lo tanto, mutuamente, lejos de contradecirse, y refléjanse unas en otras como nobles hermanas de sorprendente parecido; lo cual explica que en todo espíritu sano causa igual complacencia la justicia que la hermosura, la gratitud ó el heroísmo que el descubrimiento de las verdades trabajosamente inquiridas, la santa caridad que los sublimes espectáculos de la naturaleza, resolviéndose siempre todos estos afectos en una sola emoción de misteriosa dulzura: en aquel llanto del alma que es la mejor ofrenda del entusiasmo.»

«El arte, para merecer tan noble dictado, necesita el aplauso colectivo, la sanción de la humanidad, la gloria pública, ¡la luz del cielo! Todo lo que eleva al hombre sobre la materia lo fortifica y lo mejora, bien sea la contemplación de la naturaleza muda, que apenas sabe balbucear su himno de agradecimiento al Criador, bien el divino arte de la música, que tanto habla al espíritu con los indeterminados acentos de su misterioso idioma.»

La belleza griega, considerada en abstracto, era altamente moral; el criterio gentilico buscaba en sus Venus aquella delectación sublime que producen las grandes emociones estéticas,

y ese placer sentido ante la belleza positiva es altamente moral. Si el que contempla esas creaciones sagradas del arte busca en la forma apetitos desordenados, no siente el arte ni puede gozar de la suprema belleza.

Por eso, y volviendo á *Alarcón*, «lo ha comprendido así la austera civilización emanada del Evangelio, y por eso ha considerado castas, espirituales y hasta religiosas esas desnudeces de ideales abstractos (expuestas hoy mismo á la admiración pública en los museos más insignes de la Cristiandad, principiando por el del Vaticano), que luego reprodujo el pincel cristiano para representar á nuestra madre Eva. Pero tan pronto como tales figuras trocaran su impersonalidad divina por una personalidad terrena; tan pronto como de conceptos genéricos bajasen á ser meros retratos de su respectivo original, sin ninguna especie de significación sagrada, la inverecundia del modelo se reflejaría en la obra de arte, la inmoralidad de la mujer trascendería á la estatua, sublevaríase la conciencia pública contra semejante escándalo, y, por acabada que fuese la efigie y célebre su autor, habría que esconderla en uno de esos calabozos de infamia que se llaman *museos secretos*, como se aprisiona á mujeres hermosísimas ó á hombres de reconocida ciencia cuandose ponen

en abierta pugna con los fundamentos sociales».

Dice *Pi y Margall*: «Se considera generalmente el arte en sí, y se da margen á muchas aberraciones. De aquí el arte por el arte, que lo reduce á la sola satisfacción del sentimiento de la belleza; de aquí la falta de pensamientos y el predominio de la forma sobre el fondo; de aquí que hombres con grandes dotes artísticas las consuman en temas frívolos y mueran sin dejar una obra que hable al entendimiento ni al corazón de los pueblos».

«El arte por el arte, dijo *Nocedal*, no es sino el *realismo*, como ahora se dice; el cual, definido por sus apologistas, consiste en que los hombres, desprendidos del mundo sobrenatural y viviendo en el mundo real, quieren contemplar, no ideas ni símbolos, sino personas y cosas, porque ellas no son un signo al través del cual se manifiesta el pensamiento místico, sino que tienen valor y belleza de por sí, y la mirada se fija sobre las cosas reales tales como ellas son con tal de estar bien copiadas é imitadas, sin que las abandone un punto para pasar adelante ni pensar más allá. Ó sea, como dice un gran orador cristiano, supresión del *más allá*; las perspectivas de lo ideal cerradas á la contemplación y á la expresión de los artistas. Es decir, obrás para los ojos, para los sentidos gro-

seros y deleznable, no para el alma nobilísima é inmortal. El que imita así á la naturaleza no piense que la imita exacta y completamente; por el contrario, la envilece y la mata. No quiere nadie que las artes y las letras prescindan del mundo real; pero queremos que no se prescinda de lo ideal, de lo sobrenatural que late y palpita en lo real. Quien no lo siente latir y palpitar, no es artista ni poeta.»

«Yerra el que da nombre de artista al servil imitador de la naturaleza; las artes no se limitan á imitar, sino que aspiran á interpretar la obra de Dios á los ojos de la muchedumbre. Así como saliéndose del cuerpo caduco el alma inmortal la materia se corrompe, del propio modo en prescindiendo de lo ideal, en no viendo en el mundo á su Criador, no se interpreta, se copia; no se pintan cuadros, se hacen fotografías á todo lo más; flores de un día, gustosas de ver á la mañana, marchitas y deshojadas á la tarde.»

«Yo me inclino á creer, ha dicho *Valera*, que es pedantería inocente la afirmación de que el teatro sea escuela de costumbres ó de que se enseñe moral en novelas, comedias, sainetes y otras obras de mero pasatiempo. Sin duda que estas obras deben ser morales. Con el pretexto de divertir, no estaría bien que un novelista ó un dramaturgo recomendase ó disculpase el

robo, el asesinato y el adulterio. Pero esto no quiere decir que su obra ha de ser docente, sino que no debe ser perversa ni indecente. Harto bien se nota que los preceptos de moral aplicados al arte nada tienen de exclusivos; no implican la relación entre la moral y la estética. Son los mismos preceptos que se impone toda persona bien educada cuando va de visita, de tertulia ó de paseo. El novelista ó el dramaturgo no enseña más que el paseante ó el tertuliano. La buena educación y el decoro se les presuponen. Sólo hay una diferencia: que el que escribe suele en todos tiempos usar de mayor libertad de lenguaje que el que va de visita.»

Sin embargo, *Ginard de la Rosa*, en su profundo estudio sobre Calderón, dice: «Raro es el poeta moderno que no se prometa en sus obras, cumpla ó no su propósito, un fin superior al de servir de deleite ó de distracción á los lectores, con lo que se conformaban nuestros antepasados. Homero cantaba para distraer al pueblo griego. Shakespeare se proponía provocar el terror del populacho de Londres. Cervantes mismo se contentaba con excitar la risa de su siglo.

»Calderón de la Barca es un genio á la manera de los modernos. No procede tan sólo por adivinación; junta á esta elevada facultad la canti-

dad de meditación compatible con las inspiraciones del poeta».

El artista es el precursor de la ciencia; el verdadero artista siente el más allá indeterminado bullir en su cerebro, y como no encuentra la solución científica para exponer sus inspiraciones, estalla en *símbolos* que admira la humanidad y la ciencia aprovecha para sus especulaciones, porque como dijo *Lange*:

«Si la realidad es una síntesis, la ciencia es un análisis».

Pero si esta realidad sintética, hija de la inspiración del artista, no está animada del espíritu moral que embellece todo lo creado, entonces no es obra de arte, porque como dijo *González Serrano*, «la inspiración debe bajar de los quintos cielos de abstractas y soñadas entidades *para volver á la realidad*, siquiera no sea á la escueta, uniforme y predeterminada fenomenología, sino á la realidad viva y compleja en que se suceden las luchas y contradicciones de los elementos que tejen en definitiva la trama de la vida individual y social».

«Yo quiero un arte, decía *Castelar*, que suba lo real á ideal y no un arte que baje los conceptos puros y las inspiraciones santísimas del espíritu á impurezas de la realidad; como quiero un árbol que trasustancie los estiércoles de sus

raíces en mieles, aromas, flores, frutos, y no un árbol que trasustancie las mieles, las frutas y las flores en estiércoles.»

Otra prueba de que el arte es *símbolo* la tenemos en *Feijoo* cuando dice: «En muchas producciones, no sólo de la naturaleza, aun más del arte, encuentran los hombres, fuera de aquellas perfecciones sujetas á su comprensión, otro género de primor misterioso, que cuanto lisonjea el gusto estropea el entendimiento, que palpa el sentido y no puede descifrar la razón; y así, al querer explicarlo, no encontrando voces ni conceptos que satisfagan la idea, se dejan caer desalentados en el rudo informe de que la cosa tiene *un no sé qué* que agrada, que enamora, que hechiza, y no hay que pedirles revelación más clara de este natural misterio».

Y es que la imaginación de algunos artistas *sube* hasta «los quintos cielos de abstractas y soñadas entidades, *para volver á la realidad*» en inspirada síntesis, y todos admiran el *no sé qué* de lo producido, que no es otra cosa sino el espíritu que alienta en ella, y que por su naturaleza indeterminada la mayoría no puede precisar, toda vez que «la imaginación, esa facultad potente productora de todos los adelantos de la civilización, no procede en sus evoluciones conforme á las leyes deductivas de la lógica. Com-

bina hechos y ve las cosas antes de nacer, como dijo *Benot*».

Por eso el arte, siente; la ciencia, explica.

«La importancia interna, decía *Schopenhauer*, es la única que vale para el arte, y la importancia externa para la historia.»

«Las obras de arte, ha dicho *Krausse*, traen, como Prometeo, á la tierra un rayo de la belleza infinita; son una viva y progresiva revelación de la divinidad entre los hombres. Es bello lo que en su límite y género es semejante á Dios, y refleja en sí con carácter individual la construcción del mundo, en unidad, en oposición, en armonía.»

«Amando desinteresadamente las obras del arte, extasiándonos mudos de encanto ante ellas, sentimos verdaderamente la presencia de Dios en nuestro espíritu y contemplamos la encarnación de lo infinito en lo finito.»

VII

«La historia es el testigo de los tiempos, antorcha de la verdad, escuela de la vida y mensajera de la antigüedad.»

CICERÓN.

Una de las mayores necesidades del hombre ilustrado es la historia, porque sin ella estaría atendido á los resultados de su propia experiencia.

Dijo *César Cantú*: «Cuanto más adelanta la humanidad en sus vías, siente con mayor fuerza la inmensa necesidad de lo verdadero, de lo bello, del bien, y ninguna ciencia la satisface tan completamente como la historia. Recién venidos á este mundo y á continuación de aquellos que le abandonaron sin conocerlo apenas, eslabones temporales ó transitorios de la cadena por la cual se perpetúa la especie en medio de la destrucción de los individuos, ¿cómo podríamos seguir acertado rumbo si no tuviéramos otro norte que el de la experiencia propia? Muy poco superiores á la masa bruta y quizá más desventurados que ella, acosados por el instinto del placer ó por el aguijón de la nece-

sidad, nos pareceríamos al tierno infante que nacido á media noche creyera, deslumbrado al asomar el astro del día, que llegaba en el momento de ser creado».

«Lo que hace que nos habituemos á la vida y lo que nos anticipa la experiencia, cuyas lecciones se compran á tan caro precio, es el estudio de los hombres y el de los libros: el uno real é inmediato, el otro más variado y extenso; insuficientes ambos si no caminan simultáneamente. Como la historia recoge en los libros los estudios hechos sobre el hombre, hermana por fortuna estas dos enseñanzas, y constituye el mejor tránsito de la teoría á la aplicación y á la sociedad desde la escuela.»

Efectivamente, y otro escritor cuyo nombre desconozco dijo: «La lectura de la historia hace al hombre más fuerte; la poesía le hace ser más despejado; las matemáticas, más penetrante; la filosofía natural, más profundo; la moral, más serio y reflexivo; la retórica y la dialéctica, más contencioso y más fuerte en las discusiones».

Séneca dijo que «la ruta del precepto es larga; la del ejemplo es corta».

Pero la historia sin la imprenta sería mucho menos importante, y su falta de difusión entre las gentes la haría inservible para los más, utilísima para aquellos que pudieran estudiarla.

«La invención de la imprenta, dijo *Victor Hugo*, es el mayor suceso de la historia, la revolución madre, el símbolo de la expresión de la humanidad que se renueva totalmente, el pensamiento humano que se despoja de una forma y adopta otra, el cambio de piel completo y definitivo de aquella serpiente simbólica que desde Adán representa la inteligencia. Bajo la forma impresa el pensamiento es más eterno que nunca, porque es volátil, impalpable, indestructible: se mezcla al aire.»

«Si la historia se reduce, sigue diciendo *Cantú*, á una vasta colección de hechos, de los cuales pretende el hombre sacar una regla para obrar en circunstancias iguales, la enseñanza que de esto resulte es tan incompleta como ociosa, puesto que ningún hecho se reproduce con los mismos accidentes.»

«Diversa y más alta importancia adquiere sin duda cuando se observan los hechos como una palabra sucesiva, que de una manera más ó menos clara revela los decretos de la Providencia, y cuando se los considera inseparablemente enlazados, no á una idea de utilidad parcial, sino á una ley eterna de caridad y de justicia. No es conveniente que la historia ponga de manifiesto y envenene con ahinco las llagas sociales, sino que debe hacer redundar en pro-

vecho de los hijos la cosecha de dolores padecidos por los padres y el ejemplo de las grandes catástrofes. Entonces ella nos eleva sobre la mezquina esfera de efímeros intereses, y señalándonos á todos como miembros de una asociación universal llamada á la conquista de la virtud, de la ciencia, de la felicidad, extiende nuestra existencia á todos los siglos, la patria al mundo entero, nos hace contemporáneos de los grandes hombres y nos lleva á conocer la necesidad de aumentar para la posteridad el legado que hemos recibido de nuestros progenitores.»

«Sería de inmensa utilidad la historia aun cuando no produjese otro beneficio que el de poner un freno al vil egoísmo, gangrena de la sociedad moderna, y el de estimular á acciones generosas.»

Verdaderamente que el ejemplo es la mejor enseñanza; 486 años antes de Jesucristo presentó en Roma Espurio Casio, patricio consular, la primera ley agraria, con el objeto de dividir las tierras conquistadas entre los pobres. En vista de esta acción generosa los poderosos tomaron una determinación criminal, y le dieron muerte haciéndole precipitar desde la roca Tarpeya.

Traslademos á nuestra época una acción se-

mejante, es decir, el bien ajeno, y observemos que en ninguna parte faltan rocas Tarpeyas desde donde precipitar á los bienhechores de la humanidad.

Otro ejemplo: la batalla de Maratón, ganada por los atenienses al mando de Milciades, experto y valeroso general, en que 10.000 hombres derrotaron á los persas, cuyas fuerzas ascendían á 100.000, libró á Atenas de la dominación pérsica.

Por tan señalado triunfo reclamó Milciades en la Asamblea una corona de olivo, pero *Socares* le contestó: «Obtendrás honores tú solo, cuando tú solo venzas».

Más ejemplos:

Desechado de sus caballeros Alonso el Sabio y perseguido por su hijo recurre á la protección de *Jusef*, Emir de Marruecos, quien se la otorgó diciéndole: «Os trato así porque sois desgraciado; y me uno á vos á pesar de la enemistad de nuestras religiones, para vengar la causa común de los reyes y de los padres de todo el orbe».

Carondas, legislador griego, vedó, so pena de la vida, que se entrara con armas en la Asamblea legislativa. Un día oyó ruido en la Asamblea y penetró en ella con la espada para enterarse de lo que sucedía, y como entonces se

acordase de la ley, él mismo se clavó la espada para castigar su infracción.

Aristides manejó el Tesoro griego y murió tan pobre que la República hubo de costear sus funerales.

A Sócrates y á Foción, dos grandes hombres de la antigüedad, les hicieron beber la cicuta. Un amigo preguntó á *Foción* en el trance fatal si quería encargarle alguna cosa para su hijo, y contestó: «Sí, dile que olvide la injusticia de los atenienses para con su padre».

«La historia, escribió *Lamartine*, es el mundo escrito, el género humano en relieve evocado de todos los sepulcros, recuperando el alma, la vida, el movimiento, la palabra, ante los hombres nacidos y por nacer, y representando por la instrucción, el estudio y el ejemplo del porvenir el drama eterno de la humanidad en este gran teatro rodeado de tumbas, cuyo polvo es la misma ceniza del hombre que ha existido antes que nosotros. La historia es ese espectáculo de las cosas humanas á que nos es permitido asistir mentalmente, ora con admiración, aplaudiendo, ora temblando horrorizados, á medida que se presente en escena la virtud ó el vicio, la civilización ó la barbarie, pero siempre sacando algún fruto para nuestro adelantamiento. La historia, en una palabra, es al pueblo lo que

la facultad del recuerdo á los individuos, el lazo de unidad y de continuidad entre nuestro sér de ayer y nuestro sér de hoy, nuestra base de toda experiencia y por medio de ésta el camino de la completa perfección. Sin la historia, pues, no hay moralización, ni adelantamiento, ni progreso de civilización para un pueblo; con la historia, casi es innecesario algún otro maestro; ella lo sabe todo, lo encierra todo, lo dice todo, y no con palabras fugaces que pasan por el oído sin dejar la menor memoria, sino con hechos palpables y patéticos. Hace de nuestro corazón, impresionado fuertemente, el actor simpático de las escenas pasadas, que se escriben en nuestros ojos con nuestras lágrimas y en nuestro corazón con los movimientos de nuestra vitalidad; nos transforma por el entusiasmo ó por la piedad que nos comunica en la persona de esos héroes, de esos sabios ó de esas víctimas que constituyen juntamente con nosotros una sola alma y un solo cuerpo; y como la distancia de los sucesos nos hace más imparciales y la imparcialidad más justos, sacamos moralmente más provecho de la historia que del espectáculo mismo de las cosas presentes. Nada nos induce á alterar nuestra conciencia ante unos seres que ya no existen. Carecemos en ella de un interés personal que nos corrompa, de una popularidad

que nos fascine, y contemplamos, sentimos y juzgamos con el desinterés y la infalibilidad de nuestra completa sana razón. La consecuencia de todas nuestras impresiones es el horror al mal y el entusiasmo por el bien. La virtud aumenta y se fortifica en las naciones adelantadas con esas impresiones y conclusiones históricas, pudiéndose decir, sin engañarse, que el pueblo más versado en historia es el que posee más virtudes.»

«Pero, añade después, la imparcialidad de la historia no es la del espejo, que sólo reproduce los objetos, es la del juez que ve, que escucha y que falla. La historia, para merecer este nombre, necesita una conciencia, porque más tarde viene á ser la del género humano. El relato vivificado por la imaginación, reflejado y juzgado por la prudencia, esa es la historia tal como la entendían los antiguos.»

«Entre los pasados, decía *Tácito*, así como había más inclinación para hacer cosas dignas de memoria, y más ocasión y aparejo para ella, y se podían hacer más al descubierto, así también cualquiera de famoso ingenio se movía á dejar memoria de la virtud, por el precio que sacaba de cumplir con la buena conciencia, y sin ser llevado de favor ni ambición. El que quiere hacer profesión de fe y de verdad inco-

rrupta, no debe escribir de alguno con afición ni con odio particular.»

«En cambio, dice *Menéndez Pelayo*, los modernos tienen la deplorable manía de sacrificar en sus pedantescas síntesis los hombres á las ideas, privando así á la historia de toda animación y de su más fructuosa enseñanza. Juzgaban los antiguos, por el contrario, que si la idea era materia propia del filósofo, el hombre debía ser el principal estudio del historiador.»

«Quieren los maestros del arte, decía *Solis*, que en las transiciones de la historia (así llaman el paso que se hace de unos sucesos á otros) se guarde tal conformidad de las partes con el todo, que ni se haga monstruoso el cuerpo de la historia con la demasía de los miembros, ni deje de tener los que son necesarios para conseguir la hermosura de la variedad; pero deben estar, según su doctrina, tan unidos entre sí, que ni se vean las ataduras ni sea tanta la diferencia de las cosas que se deje conocer la semejanza ó sentir la confusión. Y este primer de entretrejer los sucesos sin que parezcan los unos digresiones de los otros, es la mayor dificultad de los historiadores; porque si se dan muchas señas del suceso que se dejó atrasado, cuando le vuelve á recoger la narración se incurre en el inconveniente de la repetición y de

la prolijidad, y si se dan pocas se tropieza en la oscuridad y en la desunión; vicios que se deben huir con igual cuidado, porque destruyen los demás aciertos del escritor.»

Decía *Melo*: «Si siempre hubiésemos de escribir acciones serenas, justas y apacibles, más les dejáramos á los venideros envidia que advertimiento. Debe pintarse fielmente el defecto y la perfección. El severo espíritu de la historia no puede guardar decoro á la iniquidad. No sólo sirven á la república las obras heroicas; el pregón que acompaña al delincuente también es documento saludable, porque el vulgo entiende rudamente de las cosas; más se persuade del temor del castigo que se eleva á la esperanza del premio.»

«Los adelantos en el orden social, dijo *Rafael Delorme* en su notable obra «Los Aborígenes de América», no dejan nunca de estar influidos, regulados, si se me permite la frase, por la experiencia que en pasadas edades recogió la historia.»

Es la historia el ejemplo *vivo* de nuestras acciones, todos los actos de la historia son para nosotros elocuentes lecciones de moral.

Pero téngase en cuenta que el hombre no debe guiarse solamente de ideas generales, es necesario particularizar en el conocimiento de

las cosas; en historia, verbigracia, además de estudiar el desarrollo general de los acontecimientos, es preciso estudiar también humanidades. Porque si conocemos las causas y los efectos por la síntesis que el historiador nos ha dejado, es curioso adquirir aquellos otros pequeños conocimientos que nos hacen comprender mejor los hechos generales.

En la vida de los grandes hombres deben, pues, estudiarse y aprovechar los grandes ejemplos.

«La historia, escribió *Lamartine*, desarrolla en el pueblo una de las cosas que más le faltan: la conciencia.»

«La historia, escribió *Cantú*, es el desarrollo progresivo de la humanidad en el tiempo y en el espacio.»

«La humanidad, dijo *Krausse*, aspira en la historia moderna á obrar con reflexión y plan, y hasta con economía de tiempo, esas mismas revoluciones que en la historia pasada se han obrado por el instinto de los pueblos jóvenes *sin experiencia anterior*, sin reflexión ni plan y sin eficaz resultado. Esta es una señal de que *la humanidad se educa con su historia*, y que entra hoy en tiempos más serios y con horas contadas en el cumplimiento de su destino. Y este es el sentido positivo de las revoluciones mo-

derñas, como manifestaciones temporales de la idea y vida social.»

En el estudio de la historia adquiere el hombre conciencia de sí mismo, y por lo tanto sentido práctico para juzgar las cosas en su verdadero lugar y punto de vista.

El hombre que conoce la historia, podría escribir también estas palabras de *Víctor Hugo*: «El sentido común no es la perspicacia ni la razón; participa de ambas, con cierta mezcla de egoísmo. El sentido común no es una virtud; es el ojo del interés, que hubiera animado á Temístocles y mal aconsejado á Arístides. Ni Leónidas ni Régulo tuvieron sentido común; mas en presencia de monarquías egoístas y feroces, que arrastran en provecho propio á la guerra á los pobres pueblos, diezmando las familias, desolando á las madres é incitando á los hombres á matarse con estas altisonantes palabras: honor militar, gloria guerrera, obediencia á la consigna, etc., etc., el sentido común es un admirable personaje que se presenta en la escena de repente gritando al género humano:

«¡ Piensa en tu pellejo !»



EPILOGO

Llegado al fin de la obra, debo hacer al lector varias observaciones encaminadas á defender mi trabajo, no en cuanto se refiere á su mérito (que es insignificante), ni en cuanto á las ideas que expongo, sino en lo que se refiere á la manera con que barajo los hombres y las ideas, sin tener en cuenta la cronología, las tendencias y la disparidad de criterios en las escuelas antagónicas.

Como decía en el *Prólogo*, yo creo que todos los hombres tenemos algo que decir. En el viaje que hacemos por la vida, adquirimos algún conocimiento de lo que vemos, y aunque tenemos la evidencia de conocer el fondo de lo visible y de lo invisible, ridícula presunción del humano linaje, ello es que las observaciones que sugieren los co-

nocimientos de las cosas al pequeño número de sabios ó discretos son muy dignas de ser sabidas y meditadas.

Al exponer un tema, no he tenido aquel pulcro interés de guardar la acción del tiempo; me he separado en absoluto de la cronología, y no he tenido en cuenta más que una especial idea de fraternidad, y he citado á los hombres cuando la ocasión se me ha presentado.

Esta manera de hacer podrá hallar censuras en aquellos cultos y exigentes espíritus que estiman debe someterse todo á las reglas del arte, pero yo no escribo para aquellos elevados espíritus que saben discernir las grandes ideas y las entienden en sus justos estados. Es esta una obra popular, encaminada á difundir la instrucción entre aquellas clases que se hallan desposeídas de conocimientos científicos, clases abundantes en España desgraciadamente.

¿Acaso la humanidad no es la misma á través del tiempo y el espacio?

Lo accidental es nuevo siempre, el fondo es el mismo á través de los siglos; el

testigo mejor de lo que afirmo, la historia.

Considero el mundo de las ideas como real y existente en el espacio en que desarrollo los varios problemas; es decir, que en el acto de exponer todo *vive y palpita*; el mundo del pensamiento le considero un mundo aparte del mundo físico en que vivimos, y por lo tanto, si este libro es una asamblea donde las grandes inteligencias ilustran una materia determinada, en esta asamblea no existe la idea de tiempo y espacio: todos los hombres tienen derecho á la palabra.

Yo mismo reconozco que en este libro no hay aquella perfección que conviene en una obra de tal magnitud, por no haber sido hecha con aquel sosiego de ánimo que el erudito emplea en sus obras, además de que ya dejó sentado el gran *León XIII* que “los que sólo tienen por guía á la razón, muy difícil, si no imposible, es que puedan tener unidad de doctrina, porque el arte de conocer las cosas es por demás difícil, y se distrae por la variedad de opiniones, y no pocas veces le engaña la

imaginación; á lo cual se agregan los deseos desordenados, que muchas veces ó quitan ó por lo menos disminuyen la facultad de ver la verdad.”.

En una obra tan universal como ésta, es punto menos que imposible hallar aquella sencillez y calor del discurso propios de una obra verdaderamente original; pero ya que las partes no estén bien unidas entre sí, bueno será disculpar esa falta que conceptúo incorregible, so pena de hacer un libro infinitamente mayor, y entonces perdería ese carácter popular que yo deseo darle.

No conozco en España un libro de esta naturaleza; por eso no me ha servido de modelo lo pasado para lo presente.

Libros de máximas y pensamientos célebres se han escrito varios; yo mismo publiqué uno así hace poco tiempo, titulado *El Libro de Oro*; pero una obra que encierre en tratados especiales grandes ideas y opiniones encaminadas á un fin particular, arregladas y comentadas, no conozco ninguna. En España creo es el primer libro de estas condiciones.

Ya sé, y también lo advirtió Saavedra Fajardo, que son un peligro los preceptos universales, porque se expone al lector á no saber á qué opinión quedarse. Pero yo confío en la capacidad intelectual de mis lectores, y espero sabrán comprender que mi objeto ha sido establecer la oposición de criterios ilustres, para que el lector tenga la ventaja de resolver por sí las cuestiones que se suscitan.

Y como decía *Séneca*: "Yo tengo por más acertado en los estudios poner los ojos en la sustancia de las cosas. ¿Qué necesidad hay de adornar lo que no ha de durar muchos siglos?"

Sírvanme de disculpa estas palabras del sabio, y encuentre mi obra la benevolencia que deseo.



ÍNDICE DE AUTORES

PERSONAJES HISTÓRICOS Y MITOLÓGICOS QUE SE CITAN
EN ESTE LIBRO

A					
Abelardo,	76	Barthelemy,	40		
Abraham,	148	Beaconsfield (Lord),	167		
Adam Smith,	167	Beccaria,	40		
Adán,	76, 188	Becqner,	60		
Addison,	34	Benot,	47, 185		
Agustín (San),	15, 69	Bernard (Claudio),	58		
Alarcón (Pedro A. de),	63, 177, 179	Betsabé,	76, 80		
Almeida,	29, 126	Beyle,	64		
Alonso el Sabio,	190	Blanco Asenjo,	78, 79		
Anaxímenes,	59	Boileau,	176		
Ariosto,	21	Borja y Velasco,	39		
Aristides,	191, 197	Bossnet,	79, 133		
Aristóteles,	79, 137	Botella (Cristóbal),	102, 167		
Augusto,	13	Brentano,	167		
Aza (Vital),	5	Brillat-Savarín,	23		
B		Büchner,	54, 55		
Bacón,	5	Buffón,	5		
Bakounine,	103	Burger,	82		
Balmes,	135, 157, 159	Buri,	34		
Balzac,	34, 78	C			
Barado,	28	Caco,	46		
Barcia (Roque),	127, 156	Calderón de la Barca,	53, 67, 182		
Barrow (Isaac),	30	Cambises,	140		
		Camoens,	128		
		Campoamor,	21, 82		
		Cano (Leopoldo),	11		

Cánovas del Castillo, 63, 106, 152	Drestilla, 80
Cantú (César), 186, 188, 196	Duelós, 46, 64
Carlos I, 172	Dumas, 79
Carlos II, 172	Duque de Alba, 154
Carlyle, 31	
Carondas, 190	E
Casiano, 20	Echegaray, 128
Castelar, 62, 96, 150, 161, 183	Eduardo III, 171
Castro y Serrano, 19, 23	Eduardo IV, 171
Catalina, 80	Eduardo VI, 171
Catalina de Génova (Santa), 148	Eloísa, 76
Catón, 140	Empedocles, 57
Ceres, 23	Enrique VI, 171
Cervantes, 47, 54, 80, 128, 177, 182	Epicteto, 113, 160
César (Julio), 53	Epicuro, 27
César (Octavio), 92	Esopo, 23
Cicerón, 33, 86, 126, 133, 141, 145, 149, 186	Espina (Doctor), 22
Clemente XIV, 153	Espinel (Vicente'), 4, 27, 29
Cleopatra, 76, 90	Espronceda, 60, 77
Cloe, 88	Espurio Casio, 189
Collier (Jérémy), 30	Esquirós, 97
Cottin (Madama de), 34	Eurípides, 69
Cousin, 59	Eva, 12, 76, 179
CH	F
Champfort, 82	Farr, 166
D	Farrán, 122
Dafnis, 88	Fechner, 55
Dalila, 76	Federico el Grande, 108
Daniel, 13	Feijoo, 46, 75, 76, 159, 184
Dante, 14	Felipe II, 61
David, 68, 76, 80, 87	Fernández Flórez, 61
Delboeuf, 57	Feuerbach, 142
Delorme (Rafael), 195	Foción, 1, 191
Demócrates, 44	Francisco (San'), 148
Demóstenes, 1, 87	Francisco de Sales (San), 20, 146
Deville, 106	Frank (Sebastián), 55
Diógenes, 21, 43	Fulvia, 92
Domingo (Santo'), 148	G
	Galba (Sergio), 140
	Ginard de la Rosa, 176, 182
	Giordano Bruno, 56

ÍNDICE DE AUTORES

207

Girardín,	45
Gladstone.	134, 166
Goethe,	34
González Serrano,	61, 75, 176, 183
Gonzalo de Córdoba,	76
Gracián,	46
Gregorio el Magno (San),	148
Guillermo III,	172

H

Heine,	52
Helena,	12
Heráclito,	54, 59
Hércules,	46
Holbach,	44
Homero,	128, 134, 182
Horacio,	13
Houssaye (Arsène),	79
Hugo (Víctor),	43, 45, 61, 77, 83, 98, 109, 122, 188, 197
Huxley,	119

I

Isabel,	76
Isabel (La Reina),	171
Isabel (Santa),	148
Isaías,	164
Ixión,	120

J

Jacobo I,	171
Jerónimo (San),	79
Jesucristo,	12, 23, 77, 151, 154, 160, 161, 164
Jorge III,	172
Joubert,	126
Jovellanos,	45
Juan de la Cruz (San),	83
Juan Evangelista (San),	20, 68, 159

Julietta,	76
Júpiter.	54
Jusef,	190
Juvenal.	84, 145

K

Kant,	113, 160
Kempis,	160
Klopstok,	45
Krausse,	126, 161, 185, 196

L

Lactancio,	69
Lamartine,	96, 191, 196
Lamennais,	108
Lange (Federico),	105, 183
Laveleye,	105
Lavoisier,	125
León XIII,	152, 155, 164, 166, 201
León y Castillo,	98
Leónidas,	197
López García (Bernardo),	53
Lubbock (John),	30, 114, 127
Lucas (San),	164
Luis (San),	148
Luis de León (Fray),	84
Lutero,	114

M

Macaulay,	167
Macías,	128
Mahoma,	2, 160
Maquiavelo,	v, 137
Marat,	96
Marco Antonio,	76, 90
Marco Aurelio,	67
Mardj-Annadhir,	1v
Mariás (Las Santas),	12
Marsilla,	76
Maupertius,	43
Mecenas,	13

Medea,	80	Pidal,	152
Melo,	6, 155, 195	Pitágoras,	11
Menéndez Pelayo,	194	Platón,	86, 87, 114, 121
Michelet,	127	Play (Le),	167
Milá,	59	Plinio,	56, 69
Milciades,	190	Plutarco,	42, 79
Milton,	33, 128	Pope,	22
Mirabeau,	III, V, 97	Posada Herrera,	97
Moisés,	87, 163	Prometeo,	125, 185
Monescillo (Cardenal),	152	Propercio,	78
Montaigne,	60, 134	Proudhón,	95, 96, 167
Montalembert,	167		
Montesquieu,	V, 141		
		Q	
N		Quevedo,	88
Napoleón,	85, 109	Quilón de Esparta,	69, 145
Navarro y Rodrigo,	98		
Nehemías,	164	R	
Nicole,	7	Régulo,	63, 197
Nocedal,	180	Richter,	120
Núñez de Arce,	75, 85	Robert (Roberto),	99
		Robespierre,	109
O		Rochefoucauld (La),	78
Octavia,	90	Romeo,	76
Olózaga,	31	Rossmassler,	54
Olway,	135, 145	Rugero,	140
Ovidio,	78, 86	Ruiz Zorrilla,	143
		Ruskin,	117
P			
Pablo (San),	68, 86, 127, 154, 159, 163	S	
Palissot,	156	Saavedra Fajardo,	138, 203
Papillon,	123	Sagasta,	107
Pascal,	15	Saint-Just,	109
Pascual y Cuéllar,	61	Salgado,	64
Pedro (San),	152	Salmerón,	142
Pedro Malón de Chaide (Fray),	86	Salomón, V, 7, 44, 57, 80, 126, 143	
Pérez (Antonio),	61	Sansón,	76, 80
Petrarca,	30	Santos Alvarez (Miguel de los),	117
Pi y Margall,	63, 99, 141, 175, 180	Sarrasin,	6
		Scuderi,	6

ÍNDICE DE AUTORES

209

Schiller,	126
Schiwa,	65
Schopenhäuer,	65, 67, 88, 113, 116, 127, 153, 158, 185
Séneca,	19, 79, 114, 149, 187, 203
Setanti,	140
Shakespeare,	69, 78, 89, 182
Shlegel,	59
Silvela,	141
Sísifo,	120
Socares,	190
Sócrates,	IV, 15, 22, 51, 52, 60, 114, 159, 191
Solís (Antonio de),	144, 194
Solís (Dionisio),	64
Solón,	1
Stael (Mad de),	22
Sthendall,	21
Swift,	145

T

Tácito,	141, 145, 193
Taine,	172
Tales de Mileto,	2, 59, 159
Tamayo y Baus,	159
Tasso (Torcuato),	6, 82, 128
Telesio (Bernardo),	56
Temístocles,	197

Terencio,	63
Teresa de Jesús (Santa),	89
Tobías,	148
Tomás (Santo),	59, 115, 176
Trueba,	70, 127

U

Urias,	76, 80
--------	--------

V

Valera,	181
Velarde,	21
Ventura (El P.),	167
Venus,	86
Villèle,	97
Vives (Luis),	33, 34, 80, 144, 145
Volney,	99
Voltaire,	III, 2, 5, 46, 79, 121

W

Walter-Scott,	21, 90
Washington,	167

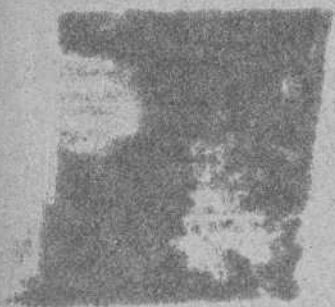
Z

Zoroastro,	3
Zorrilla,	42, 113
Zozaya (Antonio),	114
Zulema,	76



ÍNDICE GENERAL

PRÓLOGO.	I
Excelencias del callar.	1
Curiosidades del número 3.	9
Distracción y amenidad.	17
Utilidad de los libros.	25
Algo sobre la ignorancia.	37
Disquisición acerca de la muerte.	49
Observaciones sobre el amor.	73
A propósito de la revolución.	93
Bello es vivir.	111
Meditación acerca de la moral.	131
I.	133
II.	137
III.	144
IV.	151
V.	163
VI.	176
VII.	186
EPÍLOGO.	199
Índice de autores, personajes históricos y mitológicos que se citan en este libro.	205



LIBRERÍA EDITORIAL DE BAILLY-BAILLIÈRE E HIJOS

— Plaza de Santa Ana, núm. 10, Madrid. —

EL
LIBRO DE ORO

COLECCIÓN DE MÁXIMAS
SENTENCIAS, FRASES Y PENSAMIENTOS CELEBRES
DE LOS
MEJORES AUTORES ANTIGUOS Y MODERNOS

POR

JUAN DE LA PRESA

Madrid, 1896. Un tomo en 12.

PRECIOS	MADRID	PROVINCIA
	Pesetas.	Pesetas.
En rústica.	3,00	4,00
Encartonado.	5,00	5,50

Tejuán de Chamartín.—Imp. de Bailly-Baillière e Hijos.

92